

la GACETA



DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA JULIO 2014

J'accuse...!!

De cómo Piketty
revivió los debates
sobre la desigualdad



*Piketty ha transformado
nuestro discurso económico:
nunca más hablaremos de la riqueza
y la desigualdad de la misma forma
en que solíamos hacerlo*
—PAUL KRUGMAN

Nº 523

Nº 523

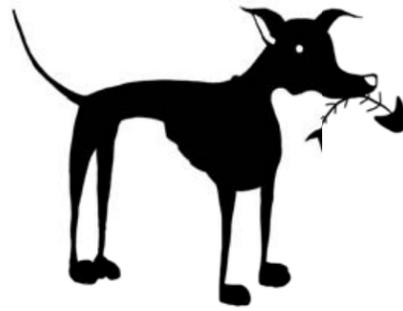
la GACETA

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

- 3 **Ella y su imagen**
MARTÍ SOLER
- 6 **El capital en el siglo XXI**
THOMAS PIKETTY
- 11 **Por qué estamos en una nueva edad dorada**
PAUL KRUGMAN
- 14 **Piketty y el espíritu de la época**
DANI RODRIK
- 15 **Thomas Piketty está en lo correcto**
ROBERT M. SOLOW
- 18 **Piketty o el cambio de paradigma**
ANDRÉS HOYOS
- 20 **Piketty y el debate público en México**
GERARDO ESQUIVEL
- 22 **Piketty y su contribución a la justicia tributaria**
ALEXIS GUARDIA B.
- 24 **La excepción latinoamericana**
JOSÉ NATANSON
- 26 **Una visita a Thomas Piketty**
NILS MINKMAR
- 28 **CAPITEL**
- 28 **NOVEDADES**
- 30 **Salvar el capitalismo de los capitalistas al gravar la riqueza**
THOMAS PIKETTY

JULIO DE 2014

EDITORIAL



J'accuse...!

Con menor virulencia y con fundamentos radicalmente distintos, Thomas Piketty ha hecho una denuncia tan poderosa como la que Émile Zola publicó en las páginas de *L'Aurore* en las postrimerías del siglo XIX. El profesor de la École d'Économie de Paris dista de ser un escritor consagrado dispuesto a arriesgar el pellejo por un caso de injusticia extrema, pero la suya es una voz que hoy resuena lo mismo entre los especialistas en distribución de la riqueza que en los corrillos políticos, una voz que alarma a los defensores a ultranza del sistema de libre mercado y que inspira a legisladores para emprender reformas fiscales, una voz que enhebra los métodos más enigmáticos de la econometría con el pintoresquismo decimonónico de Austen y Balzac, con quienes Zola compartió el deseo de describir las crueldades del mundo.

El capital en el siglo XXI es un ladrillo: lo es por su tamaño —la edición francesa casi alcanza las mil páginas, la de lengua inglesa se frena poco antes de las setecientas—, pero sobre todo porque será un elemento imprescindible para construir cualquier explicación futura sobre la inequidad propia del capitalismo. En noviembre de este año, el Fondo publicará en español este magnífico trabajo de historia económica y de análisis cuantitativo, razón por la cual este número de *La Gaceta* busca ofrecer a nuestros lectores diversos materiales sobre esta ya muy esperada obra. Además de un adelanto —el primero que se presenta en nuestra lengua— y un artículo del propio Piketty, damos a conocer aquí dos reseñas de ganadores del premio Nobel en economía, Robert Solow y Paul Krugman, más un breve comentario de un autor que hace unos años se sumó a nuestro catálogo, Dani Rodrik; hay además artículos de académicos y escritores de México, Colombia, Chile y Argentina sobre el modo en que las ideas pikettianas pueden influir en los renovados debates sobre la desigualdad. Sirva, pues, esta entrega como ejercicio de calentamiento en la lectura del “J'accuse...!” con que Thomas Piketty ha reconducido la atención mundial hacia los mecanismos económicos que podrían hacer de nuestro siglo una versión agravada del *ancien régime*. ◀

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

José Carreño Carlón
DIRECTOR GENERAL DEL FCE

Tomás Granados Salinas
DIRECTOR DE LA GACETA

Javier Ledesma
JEFE DE REDACCIÓN

Ricardo Nudelman, Martha Cantú,
Adriana Konzevik, Susana López,
Alejandra Vázquez
CONSEJO EDITORIAL

León Muñoz Santini
ARTE Y DISEÑO

Andrea García Flores
FORMACIÓN

Ernesto Ramírez Morales
VERSIÓN PARA INTERNET

Alma Meza
ASISTENTE EDITORIAL

Impresora y Encuadernadora
Progreso, SA de CV
IMPRESIÓN

Suscríbese en
www.fondodeculturaeconomica.com/editorial/laGaceta/
lagaceta@fondodeculturaeconomica.com
www.facebook.com/LaGacetaDelFCE

La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Bosques del Pedregal, 14738, Tlalpan, Distrito Federal, México. Editor responsable: Tomás Granados Salinas. Certificado de licitud de título 8635 y de licitud de contenido 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de julio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, el 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: pp09-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica. ISSN: 0185-3716

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: © ANDREA GARCÍA FLORES

*Para ejercer con justeza el oficio de editor se requiere afición por el lenguaje,
por la claridad de lo bien escrito. Esa búsqueda de las palabras justas la practicó
Martí Soler en su larga trayectoria como partero de libros ajenos. Acabamos de publicar
Variaciones de voz y cuerpo, un breve poemario en el que comparte sus exploraciones
en el terreno del amor y el goce, siempre con la certera sencillez
de versos como los que presentamos aquí*

Ella y su imagen

MARTÍ SOLER

Hay una mujer en el mundo
llena de humores varios;
me dice que no puede ser
y luego que sea paciente,
me habla de un lento aprendizaje
y después se precipita en mis brazos.

Miro sus labios musitar casi una plegaria
y no me deja alisar sus quejas, sus dolientes
quejas que la malquieren por dentro.
Veo extenderse su sonrisa
y acaba en un dejo melancólico
como una estría que se estructura
en un hálito de esperanza.

Miren su fotografía en la paz del bosque:
¿no les parece que está inmersa
en algo por lo que todo lo que la rodea
no puede más que buscar levantarla en alto?
La piedra, las hojas vivas que reverdecen,
las hojas muertas que pisoteamos,
la roca volcánica enfriada por los siglos,
la mirada de mi cámara desprejuiciada.

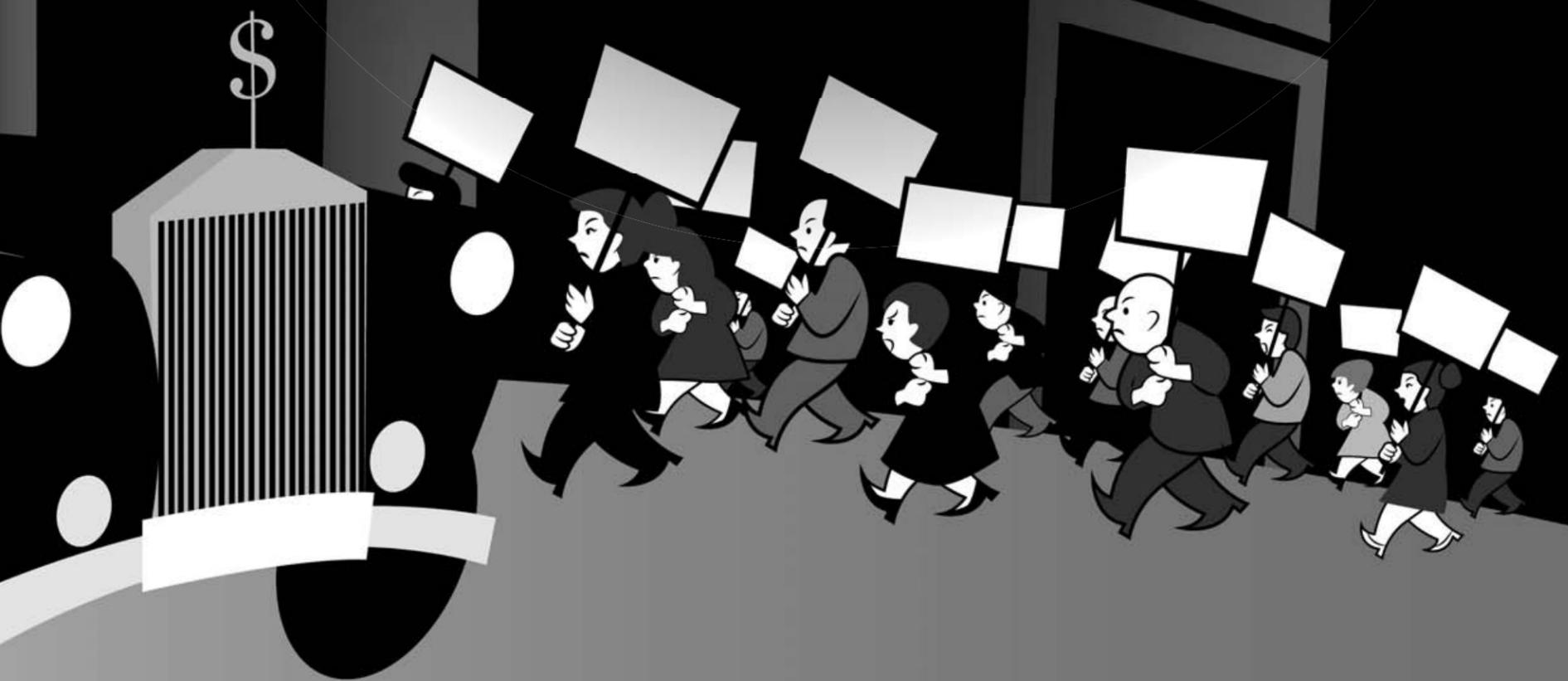
Hay una mujer en el mundo
llena de humores varios,
con labios que se entreabren
y ojos que se entrecierran,
y labios y ojos buscan algo bien adentro
que tiene entre las manos. ◀

J'acco



ulse...!!!

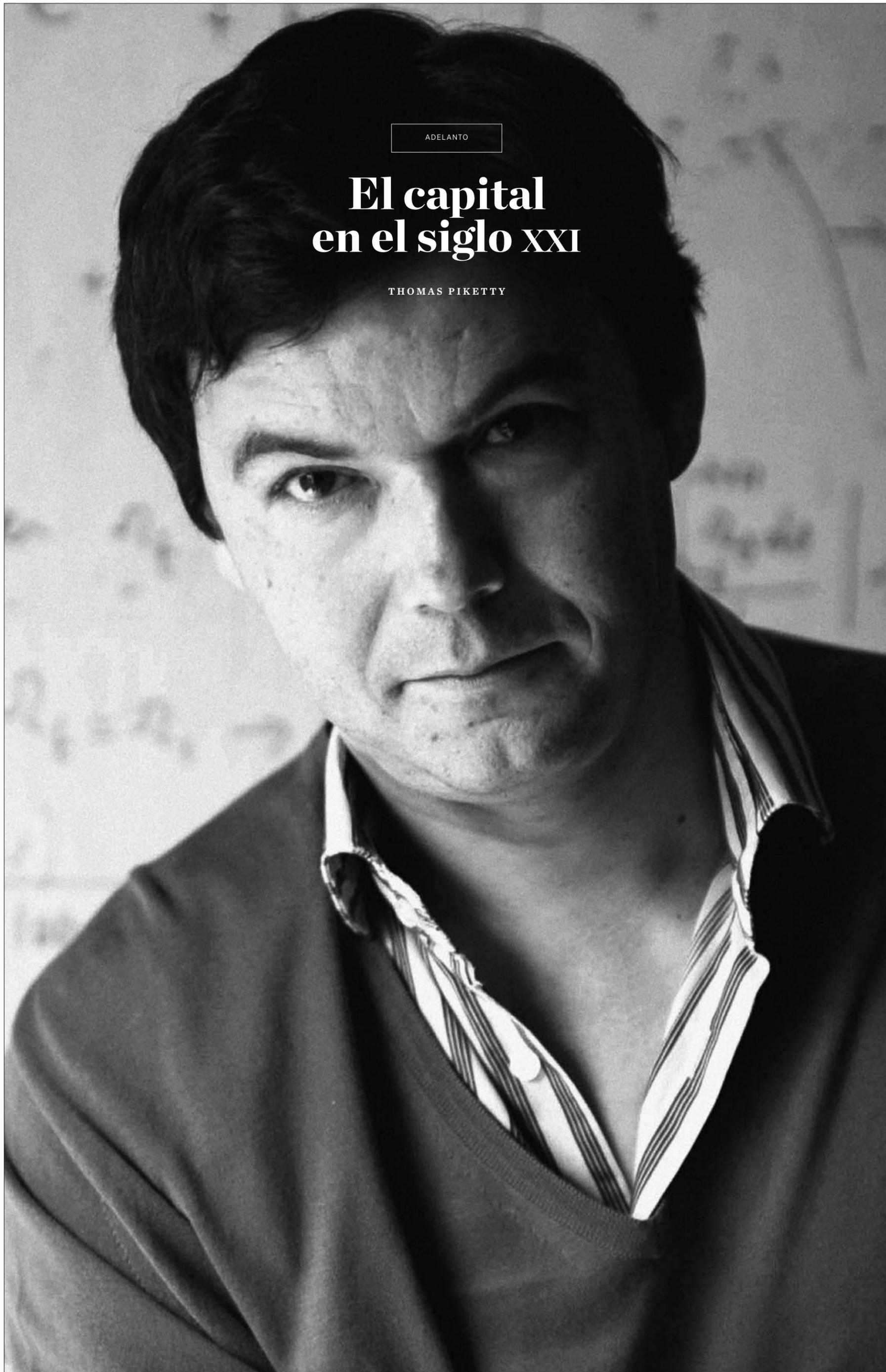
¿Por qué El capital en el siglo XXI está causando una conmoción política y académica en diversos países? Porque en ese extenso libro Thomas Piketty alza la voz para mostrar de manera contundente una más de las paradojas del capitalismo. Su denuncia ha encontrado eco —no sólo en sentido positivo— entre sus colegas, como se puede ver en esta selección de artículos, la mitad de ellos preparados especialmente para La Gaceta



ADELANTO

El capital en el siglo XXI

THOMAS PIKETTY



Leamos a Piketty. Al menos un fragmento de los cientos de páginas —y eso sin contar la copiosa información disponible en el sitio electrónico del autor— de El capital en el siglo XXI, obra que verá la luz en noviembre próximo con el sello del Fondo. Presentamos enseguida, como mero aperitivo, los primeros párrafos de un libro que ha reavivado, confiamos en que para bien, los debates sobre la desigualdad

INTRODUCCIÓN

La distribución de la riqueza es una de las cuestiones más controversiales y debatidas en la actualidad. Pero, ¿qué se sabe realmente de su evolución a lo largo del tiempo? ¿Acaso la dinámica de la acumulación del capital privado conduce inevitablemente a una concentración cada vez mayor de la riqueza y del poder en unas cuantas manos, como lo creyó Marx en el siglo XIX? O bien, ¿acaso las fuerzas que ponen en equilibrio el desarrollo, la competencia y el progreso técnico llevan espontáneamente a una reducción de las desigualdades y a una armoniosa estabilización en las fases avanzadas del desarrollo, como lo pensó Kuznets en el siglo XX? ¿Qué se sabe en realidad de la evolución de la distribución de los ingresos y de la riqueza desde el siglo XVIII, y qué lecciones podemos sacar para el siglo XXI?

Éstas son las preguntas a las que intento dar respuesta en este libro. Digámoslo de entrada: las respuestas presentadas son imperfectas e incompletas, pero se basan en datos históricos y comparativos mucho más extensos que todos los trabajos anteriores —abarcando tres siglos y más de veinte países—, y en un marco teórico renovado que permite comprender mejor las tendencias y los mecanismos subyacentes. El crecimiento moderno y la difusión de los conocimientos permitieron evitar el apocalipsis marxista, mas no modificaron las estructuras profundas del capital y de las desigualdades, o por lo menos no tanto como se imaginó en las décadas optimistas posteriores a la segunda Guerra Mundial. Cuando la tasa de rendimiento del capital supera de modo constante la tasa de incremento de la producción y del ingreso —lo que sucedía hasta el siglo XIX y amenaza con volverse la norma en el siglo XXI—, el capitalismo produce mecánicamente desigualdades insostenibles, arbitrarias, que cuestionan de modo radical los valores meritocráticos en los que se fundamentan nuestras sociedades democráticas. Sin embargo, existen medios para que la democracia y el interés general logren retomar el control del capitalismo y de los intereses privados, al mismo tiempo que mantienen la apertura económica y evitan reacciones proteccionistas y nacionalistas. Este libro intenta hacer propuestas en este sentido, apoyándose en las lecciones de esas experiencias históricas, cuyo relato constituye la trama principal de la obra.

¿UN DEBATE SIN FUENTE?

Durante mucho tiempo los debates intelectuales y políticos sobre la distribución de la riqueza se alimentaron de muchos prejuicios, y de muy pocos hechos.

Desde luego, cometeríamos un error al subestimar la importancia de los conocimientos intuitivos que desarrolla cada persona acerca de los ingresos y de la riqueza de su época, en ausencia de todo marco teórico y de toda estadística representativa. Veremos, por ejemplo, que el cine y la literatura —en particular la novela del siglo XIX—, rebosan de informaciones sumamente precisas acerca de los niveles de vida y fortuna de los diferentes grupos sociales, y sobre todo acerca de la estructura profunda de las desigualdades, sus justificaciones, y sus implicaciones en la vida de cada uno. Las novelas de Jane Austen y de Balzac, en particular, presentan cuadros pasmosos de la distribución de la riqueza en el Reino Unido y en Francia en los años de 1790 a 1830. Los dos novelistas poseían un conocimiento íntimo de la jerarquía de la riqueza en sus respectivas sociedades; comprendían sus fronteras secretas, conocían sus implacables consecuencias en la vida de esos hombres y mujeres, incluyendo sus estrategias maritales, sus esperanzas y sus desgracias; desarrollaron sus implicaciones con una veracidad y un poder evocador que no lograría igualar ninguna estadística, ningún análisis erudito.

En efecto, el asunto de la distribución de la riqueza es demasiado importante para dejarlo sólo en manos de los economistas, los sociólogos, los historiadores y demás filósofos. Atañe a todo el mundo, y más vale que así sea. La realidad concreta y burda de la desigualdad se ofrece a la vista de todos los que la viven, y suscita naturalmente juicios políticos tajantes y contradictorios. Campesino o noble, obrero o industrial, sirviente o banquero: desde su personal punto de vista, cada uno ve las cosas importantes sobre las condiciones de vida de unos y otros, sobre las relaciones de poder y de dominio entre los grupos sociales, y se forja su propio concepto de lo que es justo y de lo que no lo es. El tema de la distribución de la riqueza tendrá siempre esta dimensión eminentemente subjetiva y psicológica, que irreductiblemente genera conflicto político y que ningún análisis que se diga científico podría apaciguar. Por fortuna, la democracia jamás será reemplazada por la república de los expertos.

Por ello, el asunto de la distribución también merece ser estudiado de modo sistemático y metódico. A falta de fuentes, de métodos, de conceptos definidos con precisión, es posible decir todo y su contrario. Para algunos las desigualdades son siempre crecientes, y el mundo cada vez más injusto, por definición. Para otros las desigualdades son naturalmente decrecientes, o bien se armonizan de manera espontánea, y ante todo no debe hacerse nada que pudiera perturbar ese feliz equilibrio. Frente a este diálogo de sordos, en el que a menudo cada campo justifica su propia pereza intelectual mediante la del campo contrario, existe un cometido para un procedimiento de investigación sistemática y metódica, aun cuando no sea plenamente científica. El análisis erudito jamás pondrá fin a los violentos conflictos políticos suscitados por la desigualdad. La investigación en ciencias sociales es y será siempre balbuceante e imperfecta; no tiene la pretensión de transformar la economía, la sociología ni la historia en ciencias exactas, sino que al establecer con paciencia hechos y regularidades, y al analizar con serenidad los mecanismos económicos, sociales, políticos, que sean capaces de dar cuenta de éstos puede procurar que el debate democrático esté mejor informado y se centre en las preguntas correctas; además puede contribuir a redefinir siempre los términos del debate, revelar las certezas estereotipadas y las imposturas, acusar y cuestionarlo todo siempre. Éste es, a mi entender, el papel que pueden y deben desempeñar los intelectuales y, entre ellos, los investigadores en ciencias sociales, ciudadanos como todos, pero que tienen la suerte de disponer de más tiempo que otros para consagrarse al estudio (y al mismo tiempo recibir un pago por ello, un privilegio considerable).

Ahora bien, debemos advertir que durante mucho tiempo las investigaciones eruditas consagradas a la distribución de la riqueza se basaron en relativamente escasos hechos establecidos con solidez, y en muchas especulaciones puramente teóricas. Antes de exponer con más precisión las fuentes de las que partí y que intenté reunir en el marco de este libro, es útil elaborar un rápido historial de las reflexiones sobre estos temas.

MALTHUS, YOUNG Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Cuando nació la economía política clásica en el Reino Unido y en Francia a fines del siglo XVIII y principios del XIX, el tema de la distribución ya era el centro de todos los análisis. Todos veían claramente que habían empezado transformaciones radicales, sobre todo con un crecimiento demográfico sostenido —desconocido hasta entonces— y los inicios del éxodo rural y de la Revolución industrial. ¿Cuáles serían las consecuencias de esos trastornos en el reparto de la riqueza, la estructura social y el equilibrio político de las sociedades europeas?

Para Thomas Malthus, que en 1798 publicó su *Ensayo sobre el principio de población*, no había ninguna duda: la principal amenaza era la sobrepoblación. Sus fuentes eran escasas, pero las utilizó de la mejor manera posible. Influyeron en él sobre todo los relatos de viaje de Arthur Young, agrónomo inglés que recorrió los caminos del reino de Francia en 1787-1788, en vísperas de la Revolución, desde Calais hasta los Pirineos, pasando por la Bretaña y el Franco Condado, y quien relató la miseria de las campiñas francesas.

No todo era impreciso en ese apasionante relato, lejos de eso. En esa época, Francia era por mucho el país europeo más poblado, y por tanto constituía un punto de observación ideal. Hacia 1700, el reino de Francia contaba ya con más de 20 millones de habitantes, en un momento en que el Reino Unido constaba de poco más de ocho millones de almas (e Inglaterra de alrededor de cinco millones). Francia presenció el crecimiento de su población a un ritmo sostenido a lo largo del siglo XVIII, desde fines del reinado de Luis XIV al de Luis XVI, hasta el punto en que su población se acercó a los 30 millones de habitantes en la década de 1780. Todo permite pensar que, en efecto, ese dinamismo demográfico, desconocido durante los siglos anteriores, contribuyó al estancamiento de los salarios agrícolas y al incremento de la renta de la tierra en las décadas previas a la deflagración de 1789. Sin hacer de ello la causa única de la Revolución francesa, parece evidente que esta evolución sólo incrementó la creciente impopularidad de la aristocracia y del régimen político imperante.

Sin embargo, el relato de Young, publicado en 1792, estaba asimismo impregnado de prejuicios nacionalistas y de comparaciones engañosas. Nuestro gran agrónomo estaba muy insatisfecho con los mesones y con los modales de los sirvientes que le llevaban de comer, a los que describió con asco. De sus observaciones, a menudo bastante triviales y anecdóticas, pretendía deducir consecuencias para la historia universal. Sobre todo le preocupaba mucho la agitación política a la que podía llevar la miseria de las masas. Young estaba particularmente convencido de que sólo un sistema político a la inglesa —con Cámaras separadas para la aristocracia y el Estado llano, y el derecho de veto para la nobleza— permitiría un desarrollo armonioso y apacible, dirigido por personas responsables. Estaba convencido de que Francia estaba condenada al fracaso al aceptar en 1789-1790 que ocuparan un escaño unos y otros en un mismo Parlamento. No es exagerado decir que el conjunto de su relato estaba predeterminado por un temor a la Revolución francesa. Cuando se diserta sobre la distribución de la riqueza, la política nunca está muy distante, y a menudo es difícil evitar los prejuicios y los intereses de clase de la época.

Cuando en 1798 el reverendo Malthus publicó su famoso *Ensayo*, fue aún más radical en sus conclusiones. Al igual que su compatriota, estaba muy preocupado por las noticias políticas que llegaban de Francia, y consideraba que para asegurarse de que semejantes excesos no se extendieran un día al Reino Unido era urgente suprimir todo el sistema de asistencia a los pobres y controlar severamente su natalidad, a falta de lo cual el mundo entero caería en sobrepoblación, caos y miseria. Es ciertamente imposible entender las excesivamente sombrías previsiones malthusianas sin tomar en cuenta el miedo que abrumaba a una buena parte de las élites europeas en la década de 1790.

RICARDO: EL PRINCIPIO DE LA ESCASEZ

Retrospectivamente, es muy fácil burlarse de los profetas de la desgracia, pero objetivamente, es importante darse cuenta de que las transformaciones

económicas y sociales que estaban en curso a finales del siglo XVIII y principios del XIX eran bastante impresionantes, incluso traumáticas. En realidad, la mayoría de los observadores de la época —y no sólo Malthus y Young— tenían una visión por demás sombría, aun apocalíptica, de la evolución a largo plazo de la distribución de la riqueza y de la estructura social. Esto se aprecia sobre todo en David Ricardo y Karl Marx —sin lugar a dudas los dos economistas más influyentes del siglo XIX—, quienes imaginaban que un pequeño grupo social —los terratenientes en el caso de Ricardo, los capitalistas industriales en el de Marx— se adueñarían inevitablemente de una parte siempre creciente de la producción y del ingreso.¹

Para Ricardo, que en 1817 publicó sus *Principios de economía política y tributación*, la principal preocupación era la evolución a largo plazo del precio de la tierra y del nivel de la renta del suelo. Al igual que Malthus, casi no disponía de ninguna fuente estadística digna de ese nombre, pero eso no le impedía poseer un conocimiento íntimo del capitalismo de su época. Al pertenecer a una familia de financieros judíos de origen portugués, parecía tener menos prejuicios políticos que Malthus, Young o Smith. Influyó en él el modelo de Malthus, pero llevó el razonamiento más lejos. Se interesó sobre todo en la siguiente paradoja lógica: desde el momento en que el incremento de la población y de la producción se prolonga de modo duradero, la tierra tiende a volverse cada vez más escasa en comparación con otros bienes. La ley de la oferta y la demanda debería conducir a un alza continua del precio de la tierra y de las rentas pagadas a los terratenientes. Con el tiempo, estos últimos recibirían una parte cada vez más importante del producto nacional, y el resto de la población una fracción cada vez más reducida, lo que sería destructivo para el equilibrio social. Para Ricardo, la única salida lógica y políticamente satisfactoria es un impuesto cada vez más gravoso sobre la renta del suelo.

Esta sombría predicción no se confirmó: desde luego, la renta del suelo permaneció mucho tiempo en niveles elevados, pero en resumidas cuentas, a medida que disminuía el peso de la agricultura en el producto nacional el valor de las tierras agrícolas decayó inexorablemente respecto de las demás formas de riqueza. Al escribir en la década de 1810, sin lugar a dudas Ricardo no podía anticipar la amplitud del progreso técnico y del desarrollo industrial que se daría en el siglo que iniciaba. Al igual que Malthus y Young, no lograba imaginar una humanidad totalmente liberada del apremio alimenticio y agrícola.

No por ello su intuición sobre el precio de la tierra deja de ser interesante: el “principio de escasez” sobre el que se apoya puede potencialmente llevar a algunos precios a alcanzar valores extremos durante largos decenios. Esto bastaría para desestabilizar de modo profundo a sociedades enteras. El sistema de precios tiene un papel irremplazable en la coordinación de las acciones de millones de individuos, hasta de miles de millones de individuos en el marco de la nueva economía mundial. El problema estriba en que este sistema no conoce ni límite ni moral.

Cometeríamos un error al despreciar la importancia de este principio en el análisis de la distribución mundial de la riqueza en el siglo XXI; para convencerse de ello, baste con reemplazar en el modelo de Ricardo el precio de las tierras agrícolas por el de los bienes raíces urbanos en las grandes capitales, o también por el precio del petróleo. En ambos casos, si se prolongara para el periodo 2010-2050 o 2010-2100 la tendencia observada a lo largo de los años 1970-2010, entonces se llegaría a desequilibrios económicos, sociales y políticos de considerable amplitud —tanto entre países como en el interior de ellos—, que no distan de evocar el apocalipsis ricardiano.

Desde luego, en principio existe un mecanismo económico muy simple que permite equilibrar el proceso: el juego de la oferta y la demanda. Si un bien tiene una oferta insuficiente y si su precio es demasiado elevado, entonces debe disminuir la demanda de ese bien, lo que permitirá reducir el precio. Dicho de otra manera, si se incrementan los precios inmobiliarios y petroleros, basta con ir a vivir al campo, o bien utilizar una bicicleta (o ambas cosas al mismo tiempo). No obstante, además de que esto puede ser un poco mo-

lesto y complicado, semejante ajuste requeriría varias décadas, a lo largo de las cuales es posible que los dueños de los inmuebles y del petróleo acumulen créditos tan importantes sobre el resto de la población que a largo plazo se volverían propietarios de todo lo que se pueda poseer, incluso de la campiña y de las bicicletas.² Como de costumbre, es posible que lo peor nunca ocurra. Es demasiado pronto para anunciar al lector que tendrá que pagar su renta al emir de Qatar de aquí a 2050: este tema será examinado en su momento, y desde luego la respuesta que daremos será más matizada, aunque medianamente tranquilizadora. Pero es importante entender desde ahora que el juego de la oferta y la demanda no impide en lo absoluto semejante posibilidad, a saber una divergencia mayor y perdurable de la distribución de la riqueza, vinculada con los movimientos extremos de ciertos precios relativos. Éste es el mensaje principal del principio de escasez introducido por Ricardo. Nada nos obliga a dejarlo al azar.

En cierta forma, en este inicio del siglo XXI estamos en la misma situación que los observadores del siglo XIX: asistimos a transformaciones impresionantes y es muy difícil saber hasta dónde pueden llegar y qué aspecto tendrá la distribución mundial de las riquezas, tanto entre los países como en el interior de ellos, en el horizonte de algunas décadas.

MARX: EL PRINCIPIO DE ACUMULACIÓN INFINITA

Cuando Marx publicó en 1867 el primer tomo de *El capital*, es decir exactamente medio siglo después de la publicación de los *Principios* de Ricardo, había ocurrido una profunda evolución de la realidad económica y social: ya no se trataba de saber si la agricultura podría alimentar a una población creciente o si el precio de la tierra aumentaría hasta las nubes, sino más bien de comprender la dinámica de un capitalismo en pleno desarrollo.

El suceso más destacado de la época era la miseria del proletariado industrial. A pesar del desarrollo —o tal vez en parte debido a él— y del enorme éxodo rural que había empezado a provocar el incremento de la población y de la productividad agrícola, los obreros se apiñaban en cuchitriles. Las jornadas de trabajo eran largas, con sueldos muy bajos. Se desarrollaba una nueva miseria urbana, más visible, más chocante, y en ciertos aspectos aún más extrema que la miseria rural del Antiguo Régimen. *Germinal*, *Oliver Twist* o *Los miserables* no nacieron de la imaginación de los novelistas, ni así lo hicieron las leyes que en 1841 prohibieron el trabajo de niños menores de ocho años en las manufacturas en Francia, o el de los menores de 10 años en las minas del Reino Unido en 1842. El *Cuadro del estado físico y moral de los obre-*

ros empleados en las manufacturas, publicado en Francia en 1840 por el Dr. Villermé y que inspiró la tímida legislación de 1841, describía la misma realidad sórdida que *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado por Engels en 1845.³

De hecho, todos los datos históricos de los que disponemos en la actualidad indican que no fue sino hasta la segunda mitad —o más bien hasta el último tercio— del siglo XIX cuando ocurrió un incremento significativo del poder adquisitivo de los salarios. De la década de 1800-1810 a la de 1850-1860, los salarios de los obreros se estancaron en niveles muy bajos, cercanos a los del siglo XVIII y los siglos anteriores, e incluso inferiores en algunos casos. Esta larga fase de estancamiento salarial, que se observa tanto en el Reino Unido como en Francia, es impresionante particularmente debido a que el crecimiento económico se aceleró durante ese periodo. La participación del capital —beneficios industriales, renta del suelo, rentas urbanas— en el producto nacional, en la medida en que se le puede estimar a partir de las fuentes imperfectas de las que disponemos hoy día, se incrementó fuertemente en ambos países durante la primera mitad del siglo XIX.⁴ Disminuiría ligeramente en los últimos decenios del siglo XIX, cuando los salarios se recuperarían parcialmente del retraso en su incremento. Sin embargo, los datos que reunimos indican que no hubo disminución estructural alguna de la desigualdad antes de la primera Guerra Mundial. En el transcurso de 1870-1914, en el mejor de los casos se presenció una estabilización de la desigualdad en un nivel muy elevado, y en ciertos aspectos una espiral inequitativa sin fin, en particular con una concentración cada vez mayor de la riqueza. Es muy difícil decir a dónde habría conducido esta trayectoria sin los importantes choques económicos y políticos provocados por la deflagración de 1914-1918, que a la luz del análisis histórico, y con la retrospectiva de la que disponemos hoy día, se revelan como las únicas fuerzas que podían llevar a la reducción de las desigualdades desde la Revolución industrial.

Lo cierto es que la prosperidad del capital y de los beneficios industriales, en comparación con el estancamiento de los ingresos destinados al trabajo, era una realidad tan evidente en la década de 1840-1850 que todos estaban perfectamente conscientes de ello, aún si en ese momento nadie disponía de estadísticas nacionales representativas. Es en este contexto donde se desarrollaron los primeros movimientos comunistas y socialistas. La pregunta central es simple: ¿para qué sirvió el desarrollo de la industria, para qué sirvieron todas esas innovaciones técnicas, ese trabajo, esos éxodos, si al cabo de medio siglo de desarrollo industrial la situación de las masas siguió siendo igual de miserable, sin más remedio que prohibir en las fábricas el trabajo de los niños menores de ocho años? Parecía evidente el fracaso del sistema económico y político imperante. Esto llevó a plantearse la siguiente pregunta: ¿qué se puede decir de la evolución que tendría semejante sistema a largo plazo?

Marx se consagró a esta tarea. En 1848, en vísperas de la “Primavera de los pueblos”, ya había publicado el *Manifiesto comunista*,⁵ texto corto y eficaz que inicia con el famoso “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo”⁶ y concluye con la no menos célebre predicción revolucionaria: “[E]l desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables”.⁷

En las dos siguientes décadas, Marx se dedicó a escribir el voluminoso tratado que justificaría esta conclusión, y a fundamentar el análisis del capitalismo y de su desplome. Esta obra quedaría inconclusa: el primer tomo de *El capital* se publicó en 1867, pero Marx falleció en 1883 sin haber terminado los dos si-

1 Desde luego que existía una escuela liberal más optimista: al parecer Adam Smith pertenece a ella, y a decir verdad no se cuestionaba realmente sobre una posible divergencia de la distribución de la riqueza a largo plazo. Lo mismo sucedía con Jean-Baptiste Say (1767-1832), quien también creía en la armonía natural.

2 Desde luego, la otra posibilidad es incrementar la oferta, descubriendo nuevos yacimientos (o nuevas fuentes de energía, de ser posible más limpias), o mediante una densificación del hábitat urbano (por ejemplo, construyendo torres más altas), lo que plantea otras dificultades. En todo caso, esto también puede tomar decenios.

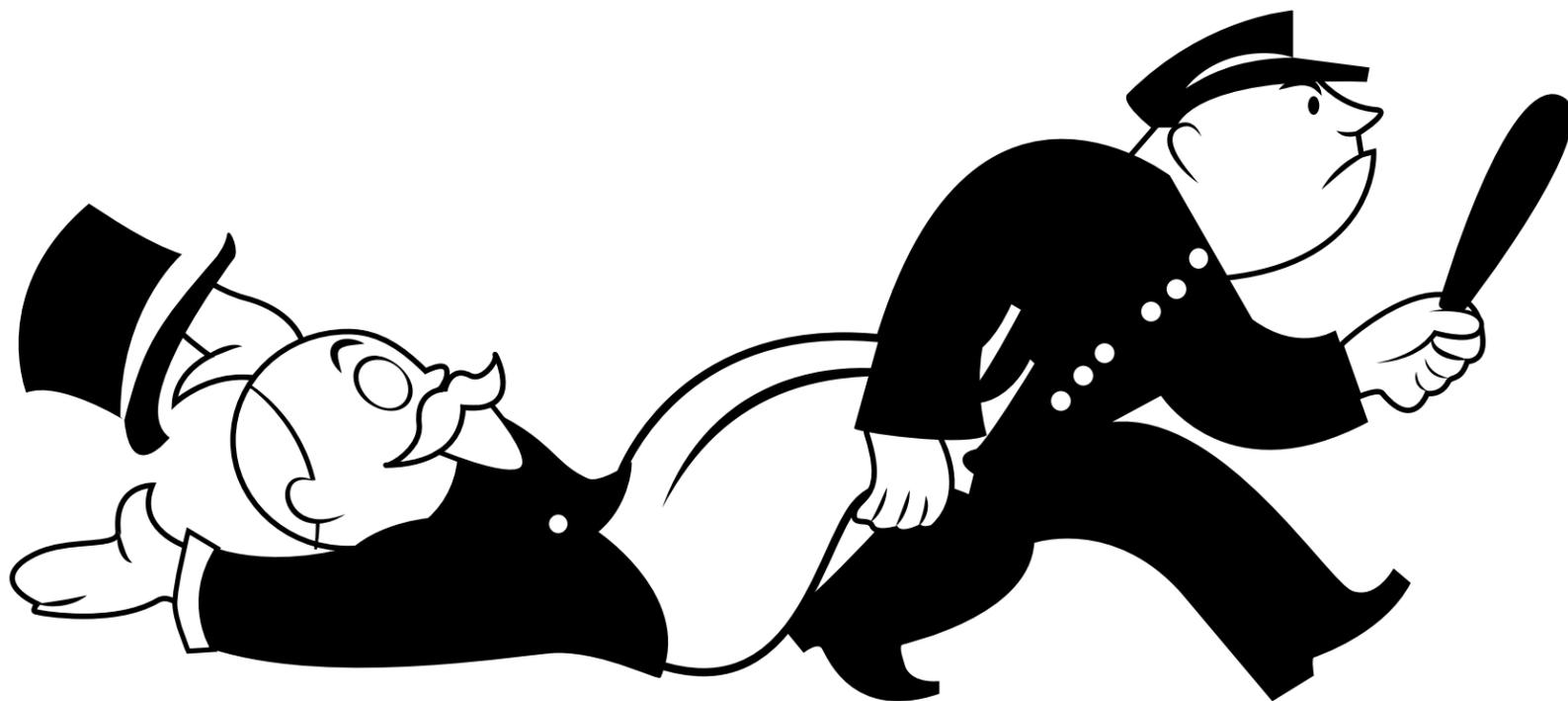
3 Friedrich Engels (1820-1895), quien se volvería amigo y colaborador de Marx, tuvo una experiencia directa con su objeto de estudio, pues en 1842 se instaló en Manchester y dirigió una fábrica de su padre.

4 Recientemente, el historiador Robert Allen propuso llamar “pauza de Engels” a ese largo estancamiento salarial.

5 K. Marx y F. Engels, *El manifiesto comunista*, Jesús Izquierdo Martín (trad.), Fondo de Cultura Económica, México, 2007, p. 155

6 Y la primera frase prosigue así: “Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes”. *Idem*. El talento literario y polémico de Karl Marx (1818-1883), filósofo y economista alemán, explica sin duda parte de su inmensa influencia.

7 *Ibid.*, pp. 167-168.



guientes tomos, que publicaría después de su muerte su amigo Engels, a partir de los fragmentos de manuscritos —a menudo oscuros— que dejó.

A semejanza de Ricardo, Marx basó su trabajo en el análisis de las contradicciones lógicas internas del sistema capitalista. De esta manera, buscó distinguirse tanto de los economistas burgueses (que concebían en el mercado un sistema autorregulado, es decir capaz de equilibrarse solo, sin mayor divergencia, similar a la “mano invisible” de Smith y a la “ley de Say”), como de los socialistas utópicos o proudhonianos quienes, según él, se contentaban con denunciar la miseria obrera, sin proponer un estudio verdaderamente científico de los procesos económicos operantes.⁸ En resumen: Marx partió del modelo ricardiano del precio del capital y del principio de escasez, y ahondó en el análisis de la dinámica del capital, al considerar un mundo en el que el capital es ante todo industrial (máquinas, equipos, etc.) y no rural, y puede, entonces, acumularse potencialmente sin límite. De hecho, su principal conclusión es lo que se puede llamar el “principio de acumulación infinita”, es decir la inevitable tendencia del capital a acumularse y a concentrarse en proporciones infinitas, sin límite natural; de ahí el resultado apocalíptico previsto por Marx: ya sea que haya una baja tendencial de la tasa de rendimiento del capital (lo que destruye el motor de la acumulación y puede llevar a los capitalistas a desgarrarse entre sí), o bien que el porcentaje del capital en el producto nacional aumente indefinidamente (lo que, tarde o temprano, provoca que los trabajadores se unan y se rebelen). En todo caso, no es posible ningún equilibrio socioeconómico o político estable.

Esta negra profecía de Marx no estuvo más cerca de ocurrir que aquella prevista por Ricardo. A partir del último tercio del siglo XIX, por fin los sueldos empezaron a subir: se generalizó la mejora del poder adquisitivo, lo que cambió radicalmente la situación, a pesar de que siguieron siendo muy importantes las desigualdades, y en algunos aspectos éstas no dejaron de crecer hasta la primera Guerra Mundial. En efecto, la Revolución comunista tuvo lugar, pero en el país más atrasado de Europa, aquél en el que apenas se iniciaba la Revolución industrial (Rusia), mientras los países europeos más adelantados exploraban otras vías —socialdemócratas— para la fortuna de sus habitantes. Al igual que los autores anteriores, Marx pasó totalmente por alto la posibilidad de un progreso técnico duradero y de un crecimiento continuo de la productividad, una fuerza que, como veremos, permite equilibrar —en cierta medida— el proceso de acumulación y de creciente concentración del capital privado. Sin duda carecía de datos estadísticos para precisar sus predicciones. Sin duda también fue víctima del hecho de haber fijado sus conclusiones desde 1848, aun antes de iniciar las investigaciones que podrían justificarlas. Es por demás evidente que Marx escribía en un clima de gran exaltación política, lo que a veces conduce a atajos apresurados que es difícil evi-

tar; de ahí la absoluta necesidad de vincular el discurso teórico con fuentes históricas tan completas como sea posible, a lo que en realidad Marx no se abocó.⁹ A esto se suma que Marx ni siquiera se cuestionó sobre cómo sería la organización política y económica de una sociedad en la que se hubiera abolido por completo la propiedad privada del capital —problema complejo, si lo hubiera— como lo demuestran las dramáticas improvisaciones totalitarias de los regímenes que intentaron llevarla a cabo.

Sin embargo, veremos que, a pesar de todos sus límites, en muchos aspectos el análisis marxista conserva cierta pertinencia. Primero, Marx partió de una pregunta importante (relativa a una concentración inverosímil de la riqueza durante la Revolución industrial) e intentó darle respuesta, con los medios de los que disponía: he aquí un proceder en el que los economistas actuales harían bien en inspirarse. Entonces, cabe destacar que el principio de acumulación infinita defendido por Marx contiene una intuición fundamental para el análisis tanto del siglo XXI como del XIX, y es en cierta manera aún más inquietante que el principio de escasez tan apreciado por Ricardo. Ya que la tasa de incremento de la población y de la productividad permanece relativamente baja, las riquezas acumuladas en el pasado adquieren naturalmente una importancia considerable, potencialmente desmedida y desestabilizadora para las sociedades a las que atañen. Dicho de otra manera, un bajo crecimiento permite equilibrar tan sólo frágilmente el principio marxista de acumulación infinita: de ello resulta un equilibrio que no es tan apocalíptico como el previsto por Marx, pero que no deja de ser bastante perturbador. La acumulación se detiene en un punto finito, pero ese punto puede ser sumamente elevado y desestabilizador. Veremos que el enorme incremento del valor total de la riqueza privada —medido en años de producto nacional—, que se observa desde la década de 1970-1980 en el conjunto de los países ricos —en particular en Europa y en Japón—, obedece directamente a esta lógica.

DE MARX A KUZNETS: DEL APOCALIPSIS AL CUENTO DE HADAS

Al pasar de los análisis de Ricardo y de Marx en el siglo XIX a los de Simon Kuznets en el siglo XX, se puede decir que la investigación económica pasó de un gusto pronunciado —y sin duda excesivo— por las predicciones apocalípticas a una atracción no menos excesiva por los cuentos de hadas, o por lo menos por los finales felices. Según la teoría de Kuznets, en efecto la desigualdad del ingreso se ve destinada a disminuir en las fases avanzadas del desarrollo capitalista, sin importar las políticas seguidas o las características del país, y luego tiende a estabilizarse en un nivel aceptable. Propuesta en 1955, se trata realmente de una teoría para el mundo encantado del periodo conocido como los “Treinta Gloriosos”:

para Kuznets basta con ser paciente y esperar un poco para que el desarrollo beneficie a todos.¹⁰ Una expresión anglosajona resume fielmente la filosofía del momento: “Growth is a rising tide that lifts all boats” [El crecimiento es una marea ascendente que levanta todos los barcos]. Es necesario relacionar también ese momento optimista con el análisis de Robert Solow en 1956 de las condiciones de un “sendero de crecimiento equilibrado”, es decir una trayectoria de incremento en la que todas las magnitudes —producción, ingresos, beneficios, sueldos, capital, precios de los activos, etc.— progresan al mismo ritmo, de tal manera que cada grupo social saca provecho del crecimiento en las mismas proporciones, sin mayor divergencia. Se trata de la visión diametralmente opuesta a la espiral desigualitaria ricardiana o marxista y de los análisis apocalípticos del siglo XIX.

Para entender bien la considerable influencia de la teoría de Kuznets, por lo menos hasta la década de 1980-1990, y en cierta medida hasta nuestros días, debemos insistir en el hecho de que se trataba de la primera teoría en este campo basada en un profundo trabajo estadístico. De hecho, habría que esperar hasta mediados del siglo XX para que por fin se establecieran las primeras series históricas sobre la distribución del ingreso, con la publicación en 1953 de la monumental obra de Kuznets *La Part des hauts revenus dans le revenu et l'épargne* [La participación de los ingresos elevados en el ingreso y el ahorro]. Concretamente, las series de Kuznets sólo se refieren a un país (los Estados Unidos) y a un periodo de 35 años (1913-1948). Sin embargo, se trata de una importante contribución que se basa en dos fuentes de datos totalmente inaccesibles para los autores del siglo XIX: por una parte, las declaraciones de ingresos tomadas del impuesto federal sobre el ingreso creado en los Estados Unidos en 1913; por la otra, las estimaciones del producto nacional de los Estados Unidos, establecidas por el propio Kuznets algunos años antes. Fue la primera vez que salió a la luz una tentativa tan ambiciosa de medición de la desigualdad de una sociedad.¹¹

Es importante entender bien que sin estas dos fuentes indispensables y complementarias es simplemente imposible medir la desigualdad en la distribución del ingreso y su evolución. Las primeras tentativas de estimación del producto nacional datan desde luego de finales del siglo XVII y de principios del XVIII, tanto en el Reino Unido como en Francia, y se multiplicaron a lo largo del XIX. Pero eran siempre estimaciones aisladas: habría que esperar el siglo XX y el periodo entre las dos Guerras para que se desarrollaran, a iniciativa de investigadores como Kuznets y Kendrick en los Estados Unidos, Bowley y Clark en el Reino Unido, o Dugé de Bernonville en Francia, las primeras series anuales del producto

⁸ Marx había publicado en 1847 *La miseria de la filosofía*, libro en el que ridiculizó *La filosofía de la miseria*, publicada por Proudhon algunos años antes.

⁹ Marx intentó a veces utilizar de la mejor manera posible el aparato estadístico de su época (que era mejor que el de la época de Malthus y Ricardo, aunque objetivamente seguía siendo bastante rudimentario), pero muy a menudo lo hizo de manera relativamente impresionista y, sin establecer de manera muy clara el vínculo con sus desarrollos teóricos.

¹⁰ Los Treinta Gloriosos es el nombre dado a menudo —sobre todo en Europa continental— a las tres décadas posteriores a la segunda Guerra Mundial, caracterizadas por un crecimiento particularmente fuerte.

¹¹ Simon Kuznets fue un economista estadounidense nacido en Ucrania en 1901, quien se mudó a los Estados Unidos a partir de 1922. Fue estudiante en Columbia, luego profesor en Harvard; falleció en 1985. Es autor tanto de las primeras cuentas nacionales estadounidenses como de las primeras series históricas sobre la desigualdad.

nacional. Esta primera fuente permite medir el producto total del país. Para medir los ingresos altos y su participación en el producto nacional, también es necesario disponer de las declaraciones de ingresos: esta segunda fuente fue suministrada, en todos los países, por el impuesto progresivo sobre el ingreso, adoptado por varios países alrededor de la primera Guerra Mundial (1913 en los Estados Unidos, 1914 en Francia, 1909 en el Reino Unido, 1922 en la India, 1932 en Argentina).¹²

Es esencial darse cuenta de que aún en ausencia de un impuesto sobre el ingreso existían todo tipo de estadísticas relativas a las bases tributarias en vigor en un momento dado (por ejemplo sobre la distribución del número de puertas y ventanas por jurisdicción en la Francia del siglo XIX, lo que además no deja de ser interesante). Estos datos, sin embargo, no nos dicen nada sobre los ingresos. Por otra parte, a menudo las personas interesadas no conocen bien su ingreso mientras no tengan que declararlo. Lo mismo sucede con el impuesto sobre las sociedades y sobre el patrimonio. El impuesto no sólo es una manera de hacer contribuir a unos y otros con el financiamiento de las cargas públicas y de los proyectos comunes, y de distribuir esas contribuciones de la manera más aceptable posible; también es una manera de producir categorías, conocimiento y transparencia democrática.

Lo cierto es que los datos que recolectó Kuznets le permitieron calcular la evolución de la participación en el producto nacional estadounidense de los diferentes deciles y percentiles superiores de la distribución del ingreso. Ahora bien, ¿qué encontró? Advirtió que entre 1913 y 1948 en los Estados Unidos se dio una fuerte reducción de las desigualdades en los ingresos. Concretamente, en la década de 1910-1920, el decil superior de la distribución, es decir el 10% de los estadounidenses más ricos, recibía cada año hasta el 45-50% del producto nacional. A fines de la década de 1940, la proporción de ese mismo decil superior pasó a aproximadamente el 30-35% del producto nacional. La disminución —de más de diez puntos del producto nacional— es considerable: es equivalente, por ejemplo, a la mitad de lo que recibe el 50% de los estadounidenses más pobres.¹³ La reducción de la desigualdad fue clara y contundente. Este resultado fue de importancia considerable, y tuvo un enorme impacto en los debates económicos de la posguerra, tanto en las universidades como en las organizaciones internacionales.

Hacia décadas que Malthus, Ricardo, Marx y muchos otros hablaban de las desigualdades, pero sin aportar ni la más mínima fuente, el más mínimo método que permitiera comparar con precisión las diferentes épocas y, por consiguiente, clasificar las diferentes hipótesis. Ahora, por primera vez, se proponía una base objetiva; desde luego imperfecta, pero con el mérito de existir. Además, el trabajo realizado estaba sumamente bien documentado: el grueso volumen publicado por Kuznets en 1953 expuso de la manera más transparente posible todos los detalles sobre sus fuentes y sus métodos, de tal modo que pudiera reproducirse cada cálculo. Y, por añadidura, Kuznets presentó una buena nueva: la desigualdad disminuía.

LA CURVA DE KUZNETS: UNA BUENA NUEVA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA FRÍA

A decir verdad, el propio Kuznets estaba perfectamente consciente del carácter accidental de la comprensión de los elevados ingresos estadounidenses entre 1913 y 1948, que debía mucho a los múltiples choques provocados por la crisis de la década de 1930 y la segunda Guerra Mundial, y que tenía poco que ver con un proceso natural y espontáneo. En su grueso volumen publicado en 1953, Kuznets analizó sus series de manera detallada y advirtió al lector del riesgo de cualquier generalización apresurada. Pero en diciembre de 1954, en el marco de la conferencia que dictó como presidente de la American Economic Association reunida en un congreso en Detroit, optó por proponer a sus colegas una interpretación mucho más optimista de los resultados de su libro de

1953. Esta conferencia, publicada en 1955 bajo el título “Crecimiento económico y desigualdad de ingresos” es la que daría origen a la teoría de la “curva de Kuznets”.

Según esta teoría, la desigualdad en cualquier lugar estaría destinada a seguir una “curva en forma de campana” —es decir, primero crecería y luego decrecería— a lo largo del proceso de industrialización y de desarrollo económico. Según Kuznets, a una fase de crecimiento natural de la desigualdad característica de las primeras etapas de la industrialización —y que en los Estados Unidos correspondería *grosso modo* al siglo XIX—, seguiría una fase de fuerte disminución de la desigualdad, que en los Estados Unidos se habría iniciado durante la primera mitad del siglo XX.

La lectura del texto de 1955 es esclarecedora. Tras haber recordado todas las razones para ser prudente, y la evidente importancia de los choques exógenos en la reciente disminución de la desigualdad estadounidenses, Kuznets sugirió, de manera casi anodina, que la lógica interna del desarrollo económico, independientemente de toda intervención política y de todo choque exterior, podría llevar igualmente al mismo resultado. La idea sería que la desigualdad aumenta durante las primeras fases de la industrialización (sólo una minoría está en condiciones de sacar provecho de las nuevas riquezas producidas por la industrialización), antes de empezar a disminuir espontáneamente durante las fases avanzadas del desarrollo (cuando una fracción cada vez más importante de la población se beneficia del crecimiento económico, de ahí una reducción espontánea de la desigualdad).¹⁴

Estas “fases avanzadas” se habrían iniciado a fines del siglo XIX o a principios del XX en los países industrializados, y la reducción de la desigualdad ocurrida en los Estados Unidos durante los años de 1913-1948 sólo sería el testimonio de un fenómeno más general, que en principio todos los países, incluso los países subdesarrollados sumergidos en ese entonces en la pobreza y la descolonización, deberían experimentar tarde o temprano. Los hechos puestos en evidencia por Kuznets en su libro de 1953 se volvieron súbitamente un arma política de gran poder.¹⁵ Kuznets estaba perfectamente consciente del carácter por demás especulativo de una teoría como ésta.¹⁶ Sin embargo, al presentar una teoría tan optimista en el marco de su *Presidential address* a los economistas estadounidenses, que estaban muy dispuestos a creer y a difundir la buena nueva presentada por su prestigioso colega, Kuznets sabía que tendría una enorme influencia: había nacido la “curva de Kuznets”. A fin de cerciorarse de que todo el mundo había entendido bien de qué se trataba, se esforzó además por precisar que el objetivo de sus predicciones optimistas era simplemente mantener a los países subdesarrollados en “la órbita del mundo libre”. En gran medida, la teoría de la “curva de Kuznets” es producto de la Guerra Fría.

Entiéndanme bien: el trabajo realizado por Kuznets para establecer las primeras cuentas nacionales estadounidenses y las primeras series históricas sobre la desigualdad es muy considerable, y es evidente al leer sus libros —tanto más que sus artículos— que tenía una verdadera ética de investigador. Por otro lado, el importante crecimiento que tienen todos los países desarrollados en la posguerra es un acontecimiento fundamental, y el hecho de que todos los grupos sociales hayan sacado provecho de él lo es aún más. Es comprensible que haya prevalecido cierto optimismo durante los años conocidos como los Treinta Gloriosos y que hayan perdido popularidad las predicciones apocalípticas del siglo XIX sobre la dinámica de la distribución de la riqueza.

Sin embargo, la mágica teoría de la “curva de Kuznets” fue formulada en gran medida por malas razones, y su fundamento empírico es muy frágil. Vere-

mos que la fuerte reducción de las desigualdades en los ingresos que se produce en casi todos los países ricos entre 1914 y 1945, es ante todo producto de las guerras mundiales y de los violentos choques económicos y políticos que éstas provocaron (sobre todo para los poseedores de fortunas importantes), y poco tiene que ver con el proceso apacible de movilidad intersectorial descrito por Kuznets.

REUBICAR EL TEMA DE LA DISTRIBUCIÓN EN EL CENTRO DEL ANÁLISIS ECONÓMICO

El tema es importante, y no sólo por razones históricas. Desde la década de 1970 la desigualdad creció significativamente en los países ricos, sobre todo en los Estados Unidos, donde en la década de 2000-2010 la concentración de los ingresos recuperó —incluso rebasó ligeramente— el nivel récord de la década de 1910-1920: es pues esencial comprender bien cómo y por qué la desigualdad disminuyó la primera vez. Desde luego, el fuerte desarrollo de los países pobres y emergentes —y sobre todo de China— potencialmente es una poderosa fuerza de reducción de la desigualdad en todo el mundo, a semejanza del crecimiento de los países ricos durante los Treinta Gloriosos. Sin embargo, este proceso genera fuertes inquietudes en el seno de los países emergentes, y más aún en el de los países ricos. Además, los impresionantes desequilibrios observados en las últimas décadas en los mercados financieros, petroleros e inmobiliarios, de manera bastante natural pueden suscitar dudas respecto del carácter ineluctable del “sendero de crecimiento equilibrado” descrito por Solow y Kuznets, y conforme al cual supuestamente todas las variables económicas clave crecen al mismo ritmo. ¿Acaso el mundo de 2050 o de 2100 será poseído por los *traders*, los súper ejecutivos y los poseedores de fortunas importantes, o bien por los países petroleros, o incluso por el Banco de China, o quizá lo sea por los paraísos fiscales que resguarden de una u otra manera al conjunto de esos actores? Sería absurdo no preguntárselo y suponer por principio que a largo plazo el desarrollo se “equilibra” naturalmente.

En cierta forma, en este inicio del siglo XXI estamos en la misma situación que los observadores del siglo XIX: asistimos a transformaciones impresionantes y es muy difícil saber hasta dónde pueden llegar y qué aspecto tendrá la distribución mundial de las riquezas, tanto entre los países como en el interior de ellos, en el horizonte de algunas décadas. Los economistas del siglo XIX tenían un inmenso mérito: situaban el tema de la distribución en el centro del análisis e intentaban estudiar las tendencias de largo alcance. Sus respuestas no siempre eran satisfactorias, pero por lo menos se hacían las preguntas correctas. En el fondo no tenemos ninguna razón para creer en el carácter autoequilibrado del crecimiento. Ya es tiempo de reubicar el tema de la desigualdad en el centro del análisis económico y de replantear las cuestiones propuestas en el siglo XIX. Durante demasiado tiempo, el asunto de la distribución de la riqueza fue menospreciado por los economistas, en parte debido a las conclusiones optimistas de Kuznets, y en parte por un gusto excesivo de la profesión por los modelos matemáticos simplistas llamados “de agente representativo”.¹⁷ Y para reubicar el tema de la distribución en el centro del análisis se debe empezar por reunir un máximo de datos históricos que permita comprender mejor las evoluciones del pasado y las tendencias en curso, pues al establecer primero pacientemente los hechos y las regularidades, al cotejar las experiencias de los diferentes países, podemos tener la esperanza de circunscribir mejor los mecanismos en juego y darnos luz para el porvenir. ◀

Traducción de Eliane Cazenave-Tapie Isoard.

Extracto de la introducción de El capital en el siglo XXI, de Thomas Piketty, cuya edición en español tenemos en preparación y saldrá a la luz en el otoño de 2014.

12 Ya que a menudo las declaraciones de los ingresos sólo atañen a una parte de la población y de los ingresos, es esencial disponer también de las cuentas nacionales para calcular el total de los ingresos.

13 Dicho de otra manera, las clases populares y medias —a las que se puede definir como el 90 por ciento de los estadounidenses más pobres— vieron que se incrementó claramente su participación en el producto nacional: de 50-55 por ciento en la década de 1910-1920 a 65-70 por ciento a finales de la década de 1940.

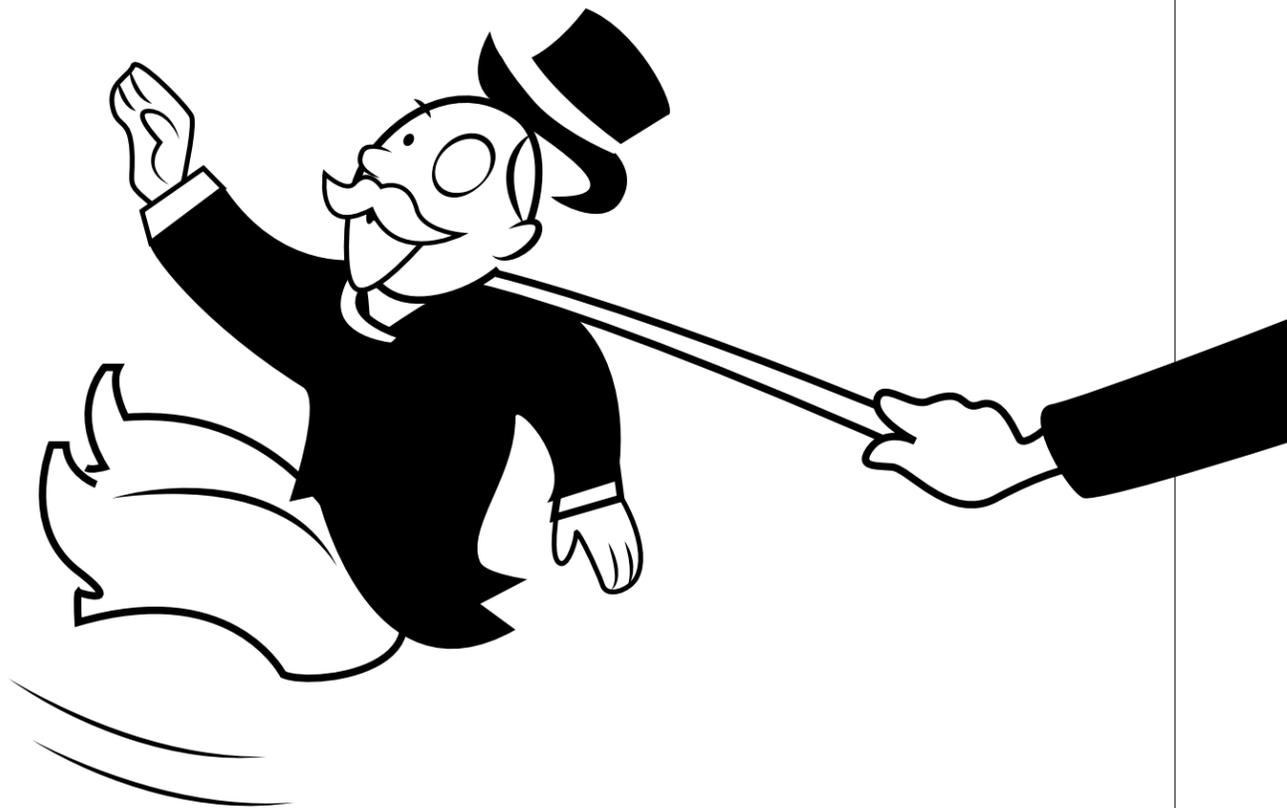
14 Esta curva también es conocida como “curva en U invertida”. El mecanismo específico descrito por Kuznets se basa en la idea de una progresiva transferencia de la población de un sector agrícola pobre hacia un sector industrial rico (al principio sólo una minoría goza de las riquezas del sector industrial, de ahí el incremento de la desigualdad, luego todo el mundo goza de ellas, por lo que se da una reducción de la desigualdad), pero es evidente que ese mecanismo muy estilizado puede adquirir una forma más general (por ejemplo, la forma de transferencias progresivas de mano de obra entre diferentes sectores industriales o entre diferentes empleos más o menos bien remunerados, etcétera).

15 Es interesante señalar que Kuznets no tenía ninguna serie que demostrara el incremento de la desigualdad en el siglo XIX, pero que ello le pareciera evidente (como a la mayoría de los observadores de la época).

16 Como lo precisa él mismo: “Esto es tal vez un 5 por ciento de información empírica y 95 por ciento de especulación, y posiblemente parte de esto no sea más que una ilusión”.

17 En esos modelos, que se impusieron tanto en la investigación como en la enseñanza de la economía desde la década de 1960-1970, se supone por regla general que cada uno recibe el mismo salario, posee la misma riqueza y dispone de los mismos ingresos, de tal manera que por definición todos los grupos sociales gozan del crecimiento en las mismas proporciones. Semejante simplificación de la realidad puede justificarse para estudiar ciertos problemas muy específicos, pero desde luego limita drásticamente al conjunto de las cuestiones económicas que pueden plantearse.

*En marzo de este año, cuando apenas comenzaba la “Pikettymania” —según la denominación de Business Week—, Paul Krugman consideró que *El capital en el siglo XXI* era “el libro de economía más importante del año (y tal vez de la década)”. Pocos días después publicó la reseña que reproducimos enseguida, donde detalla por qué juzga que la obra de Piketty transformará las discusiones en torno a la distribución del ingreso y la riqueza*



RESEÑA

Por qué estamos en una nueva edad dorada

PAUL KRUGMAN

El nombre de Thomas Piketty, profesor de la École d'Économie de París, no es muy conocido, aunque eso podría cambiar con la publicación de su magnífica y amplia meditación sobre la desigualdad: *El capital en el siglo XXI*. A pesar de ello, su influencia es profunda. Se ha convertido en lugar común decir que hoy vivimos una segunda Edad de Oro —o, como a Piketty le gusta llamarla, una segunda *Belle Époque*— definida por el increíble aumento del “1 por ciento”. No obstante, es sólo gracias al trabajo de Piketty que la frase se ha vuelto un lugar común. Para ser más precisos, él y algunos colegas (especialmente Anthony Atkinson, de Oxford, y Emmanuel Saez, de Berkeley) han abierto brecha en técnicas estadísticas que permiten rastrear la concentración del ingreso y la riqueza desde tiempos remotos: desde principios del siglo XX en el caso de los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y desde el siglo XVIII en el de Francia.

El resultado fue una revolución en nuestro entendimiento de las tendencias de la desigualdad a largo plazo. Antes de esta revolución, la mayoría de las discusiones sobre la disparidad económica por lo general ignoraban a los muy ricos. Algunos economistas (por no hablar de los políticos) trataron de callar por completo cualquier mención de la desigualdad: “De todas las tendencias perjudiciales para la economía sana, la más seductora, y en mi opinión la más venenosa, es centrarse en cuestiones de distribución”, declaró en 2004 Robert Lucas Jr., de la Universidad de Chicago, el especialista en macroeconomía más influyente de su generación. Pero incluso aquellos que estaban dispuestos a abordar la desigualdad en ge-

neral se centraban en la brecha entre los pobres, o la clase trabajadora, y los meramente acomodados, pero no los verdaderamente ricos; en universitarios cuyos salarios superan los de los trabajadores con menor nivel educativo, o en la relativamente buena fortuna de la quinta parte superior de la población en comparación con las cuatro quintas partes inferiores, y no en el rápido crecimiento de los ingresos de los ejecutivos y banqueros.

Por lo tanto, fue una revelación cuando Piketty y sus colegas mostraron que la verdadera gran noticia en el aumento de la desigualdad son los ingresos del ahora famoso “1 por ciento”, y de grupos aún más reducidos. Este descubrimiento llegó con una segunda revelación: la llamada segunda Edad de Oro, que podría haber parecido una exageración, en realidad estaba lejos de serlo. Particularmente en Estados Unidos la proporción del ingreso nacional que se concentra en ese 1 por ciento ha delineado un gran arco en forma de U. Antes de la primera Guerra Mundial, el 1 por ciento recibió alrededor de la quinta parte de los ingresos totales, tanto en la Gran Bretaña como en los Estados Unidos; para 1950 esa proporción se había reducido en más de la mitad. Sin embargo, a partir de 1980 el 1 por ciento ha visto cómo su parte del ingreso vuelve a aumentar, y en los Estados Unidos ya volvió a sus niveles de hace un siglo.

Aun así, ¿es cierto que la élite económica de hoy es muy diferente de la del siglo XIX? En aquel entonces, la gran riqueza solía ser heredada. ¿Acaso la élite económica de la actualidad no es gente que se ha ganado su posición? Pues bien, Piketty nos dice que esto no es tan cierto como podríamos pensar, y que en todo caso la situación podría no resultar tan duradera como sí lo fue la de la sociedad de clase media que se desarrolló durante una generación después de la segunda Guerra Mundial. La gran idea detrás de *El ca-*

pital en el siglo XXI es que no sólo hemos retrocedido a los niveles de desigualdad de ingresos del siglo XIX, sino que también estamos en el camino de regreso al “capitalismo patrimonial”, en el que los puestos de mando de la economía no están bajo el control de individuos talentosos, sino de dinastías familiares.

Es una afirmación extraordinaria y es precisamente por su carácter tan excepcional que debe ser examinada con cuidado y de forma crítica. Sin embargo, antes de abordar el asunto permítaseme decir de inmediato que Piketty escribió un libro verdaderamente espléndido. Es una obra que combina un gran alcance histórico —¿cuándo fue la última vez que escuchamos a un economista invocar a Jane Austen y a Balzac?— con un laborioso análisis de datos. Y aunque Piketty se burla de la profesión del economista por su “pasión infantil hacia las matemáticas”, subyace en su análisis un *tour de force* de la modelización económica, un enfoque que integra el análisis del crecimiento económico con el de la distribución del ingreso y la riqueza. El de Piketty es un libro que cambiará tanto la forma en que pensamos sobre la sociedad como la forma de hacer economía.

¿Qué sabemos acerca de la desigualdad económica y de cuándo data tal conocimiento? Hasta antes de que la revolución de Piketty se extendiera por el campo, la mayor parte de lo que sabíamos acerca de la desigualdad de ingresos y riqueza provenía de encuestas, en las que a hogares elegidos al azar se les pedía llenar un cuestionario y sus respuestas eran posteriormente computadas para producir un retrato estadístico del conjunto. El patrón de referencia internacional para este tipo de encuestas es la encuesta anual realizada en los Estados Unidos por la Oficina



del Censo. La Reserva Federal también realiza una encuesta trienal de la distribución de la riqueza.

Estas dos encuestas son una guía esencial para comprender la forma cambiante de la sociedad estadounidense. Entre otras cosas, desde hace tiempo han apuntado hacia un cambio drástico en el proceso de crecimiento económico de los Estados Unidos, un cambio que comenzó alrededor de 1980. Antes de eso, las familias de todos los niveles veían cómo sus ingresos aumentaban más o menos en la misma medida en que crecía la economía en su conjunto. Sin embargo, después de 1980 la mayor parte de las ganancias se fue al extremo superior de la distribución del ingreso y las familias situadas en la mitad inferior comenzaron a rezagarse.

Históricamente, otros países no han seguido con tanto interés el asunto de quién obtiene qué; no obstante, esta situación ha mejorado con el tiempo, en gran parte gracias a los esfuerzos del Luxembourg Income Study. Además, la creciente disponibilidad de datos provenientes de encuestas comparables entre naciones ha dado lugar a nuevos conocimientos importantes. En particular, ahora sabemos que los Estados Unidos tienen una distribución de ingresos mucho más desigual que otros países avanzados y que gran parte de esta diferencia en los resultados puede atribuirse directamente a la acción gubernamental. Las naciones europeas en general tienen ingresos muy desiguales en lo que a la actividad del mercado se refiere, igual que los Estados Unidos, aunque posiblemente no en la misma medida. Sin embargo, éstas llevan a cabo una redistribución a través de impuestos y transferencias mucho mayor que la de los Estados Unidos, lo que da como resultado mucha menos desigualdad en los ingresos disponibles.

Empero, a pesar de su utilidad, los datos de las encuestas tienen limitaciones importantes: tienden a subregistrar u omitir por completo el ingreso que corresponde al puñado de personas situadas en la parte superior de la escala de ingresos. Además, su profundidad histórica es limitada; incluso los datos de las encuestas realizadas en los Estados Unidos no van más allá de 1947.

Es aquí donde entran en escena Piketty y sus colegas. Ellos han recurrido a una fuente de información totalmente distinta: los registros de impuestos. Ésta no es una idea nueva; de hecho, los análisis tempranos de la distribución del ingreso se basaban en datos fiscales porque sus opciones eran limitadas. Sin embargo, Piketty *et al.* han encontrado la manera de combinar los datos fiscales con otras fuentes para producir información que complementa de manera crucial la evidencia presentada por las encuestas. En particular, los datos fiscales nos dicen mucho acerca de la élite, y las estimaciones basadas en los impuestos pueden llegar a momentos en la historia mucho más lejanos: los Estados Unidos han tenido un impuesto sobre la renta desde 1913, el Reino Unido desde 1909, Francia —gracias a la elaborada recaudación de impuestos inmobiliarios y el mantenimiento de registros— conserva datos sobre la riqueza que se remontan a finales del siglo XVIII.

El aprovechamiento de estos datos no es simple; sin embargo, al utilizar todos los trucos del oficio, además de algunas conjeturas eruditas, Piketty es capaz de producir una síntesis de la caída y el ascenso de la extrema desigualdad en el transcurso del siglo pasado.

Como ya he dicho, describir nuestra era actual como una nueva Edad de Oro o *Belle Époque* no es una hipérbole: es la llana verdad. Pero ¿cómo sucedió?

II

Piketty arroja de inmediato el guante intelectual ya desde el propio título de su libro: *El capital en el siglo XXI*. ¿Acaso a los economistas todavía se les permite hablar así?

No es sólo la obvia alusión a Marx lo que vuelve este título tan sorprendente. Al invocar el capital desde el principio, Piketty rompe filas con la mayoría de los debates modernos sobre desigualdad y se remonta a una tradición más antigua.

La suposición general de la mayoría de los investigadores de la desigualdad es que el ingreso obtenido —por lo general los salarios— es el protagonista de la acción, y que el ingreso proveniente del capital no es ni importante ni digno de análisis. Piketty muestra, en cambio, que aún hoy en día son los ingresos provenientes del capital, y no los salarios, los que predominan en la parte superior de la distribución del ingreso. También muestra que en el pasado —durante la *Belle Époque* europea y, en menor medida, en la Edad Dorada de los Estados Unidos— la apropiación desigual de los bienes, y no la paga desigual, fue el principal impulsor de las disparidades en la renta. Argumenta, además, que estamos en el camino de regreso a ese tipo de sociedad y, a decir verdad, no se trata de especulaciones fortuitas de su parte. Con todo, *El capital en el siglo XXI* es un trabajo empírico impregnado de consideraciones morales, en gran medida impulsado por un marco teórico que trata de unificar la discusión del crecimiento económico y la distribución tanto de los ingresos como de la riqueza. Básicamente, Piketty ve la historia económica como la historia de una carrera entre la acumulación de capital y otros factores que impulsan el crecimiento, sobre todo el crecimiento demográfico y el progreso tecnológico.

Sin lugar a dudas, ésta es una carrera que no puede tener un vencedor definitivo: a muy largo plazo, la reserva de capital y el ingreso total deben crecer más o menos al mismo ritmo, si bien un extremo u otro puede tomar la delantera por décadas enteras. En vísperas de la primera Guerra Mundial, Europa había acumulado capital equivalente a seis o siete veces el ingreso nacional. Sin embargo, durante las cuatro décadas siguientes una combinación de destrucción física y desvío de los ahorros hacia los esfuerzos bélicos cortó por la mitad esa relación. La acumulación de capital se reanudó después de la segunda Guerra Mundial, pero éste fue un periodo de crecimiento económico espectacular —los *Trente Glorieuses* o *Glorious Thirty*—, por lo que la proporción entre el capital y el ingreso se mantuvo baja. A partir de la

década de 1970, sin embargo, la desaceleración del crecimiento supuso un aumento de la proporción del capital, por lo que éste y la riqueza mostraron una tendencia constante hacia el regreso a los niveles de la *Belle Époque*; tal acumulación de capital, según Piketty, finalmente recreará la desigualdad característica de ese periodo, a menos que encuentre oposición por parte de una política fiscal progresiva.

¿Por qué? Todo se reduce a r frente a g : la tasa de rendimiento del capital frente a la tasa de crecimiento económico.

Casi todos los modelos económicos nos dicen que si g cae —algo que ha sucedido desde 1970, y se trata de un descenso que probablemente continúe debido a un menor crecimiento de la población en edad de trabajar y a un todavía más lento progreso tecnológico— r caerá también, aunque Piketty afirma que r caerá menos que g . Esto no tiene por qué ser cierto. Sin embargo, si reemplazar trabajadores con máquinas es suficientemente fácil —si, para usar la jerga técnica, la elasticidad de sustitución entre capital y trabajo es mayor que uno— el lento crecimiento, y el consiguiente aumento de la proporción entre capital e ingresos, de hecho ampliará la brecha entre r y g . Piketty argumenta que esto es lo que sucederá, según su análisis de los registros históricos.

De estar en lo correcto, una consecuencia inmediata sería la redistribución del ingreso: éste se apartará de la fuerza laboral y se allegará a los propietarios del capital. Durante mucho tiempo la sabiduría convencional ha dictado que no debemos preocuparnos por esa posibilidad, pues a lo largo del tiempo la proporción entre capital y trabajo, en los ingresos totales respectivamente, se ha mantenido muy estable. Sin embargo, a muy largo plazo la situación es diferente. En la Gran Bretaña, por ejemplo, la participación del capital en el ingreso —ya sea en forma de beneficios corporativos, dividendos, rentas o venta de propiedades— se redujo de alrededor de 40 por ciento antes de la primera Guerra Mundial a apenas 20 por ciento alrededor de 1970, y desde entonces ha dado saltos de regreso casi hasta la mitad. El arco histórico es menos claro en los Estados Unidos, aunque allí también hay en curso una redistribución a favor del capital. En particular, los beneficios empresariales se han disparado desde que comenzó la crisis financiera, mientras que los salarios, incluidos los salarios de los trabajadores altamente cualificados, se han estancado.

A su vez, una proporción cada vez mayor del capital aumenta directamente la desigualdad, puesto que la propiedad del capital siempre está distribuida de forma mucho más desigual que el ingreso laboral; los efectos, sin embargo, no terminan allí, pues cuando la tasa de rendimiento del capital es muy superior a la tasa de crecimiento económico “el pasado tiende a devorar al porvenir”: la sociedad tiende inexorablemente hacia la dominación por parte de la riqueza heredada.

Considérese, pues, cómo funcionaba esto en la Europa de la *Belle Époque*. En aquel entonces los propietarios del capital podían llegar a ganar entre 4 y 5

por ciento de sus inversiones, con el mínimo pago de impuestos; mientras tanto, el crecimiento económico se situaba sólo alrededor del 1 por ciento. Así, los individuos adinerados podían reinvertir con facilidad lo suficiente de sus ingresos para asegurarse de que su riqueza, y por lo tanto sus ingresos, creciera más rápido que la economía, lo que reforzaría su dominio económico, incluso mientras esquilaban lo suficientemente como para vivir en gran lujo.

¿Y qué sucedía cuando estos acaudalados individuos morían? Entregaban su riqueza —una vez más, con la mínima carga fiscal— a sus herederos. El dinero transferido a la siguiente generación representaba de 20 a 25 por ciento de los ingresos anuales; el grueso de la riqueza, en torno al 90 por ciento, se heredaba antes que provenir del ahorro de los ingresos obtenidos. Y esta riqueza heredada se concentraba en manos de una minoría muy reducida: en 1910 el 1 por ciento más rico controlaba 60 por ciento de la riqueza en Francia; en Gran Bretaña, controlaba 70 por ciento.

No es de extrañar, entonces, que los novelistas del siglo XIX estuvieran obsesionados con la herencia. Piketty analiza a profundidad la lección que el sinvergüenza Vautrin da a Rastignac en *Papá Goriot*, de Balzac, cuyo argumento es que la carrera más exitosa no podría proveer más que una fracción de la riqueza que Rastignac podría obtener de golpe al casarse con la hija de un hombre rico. Y resulta que Vautrin tenía razón: estar en lo alto del 1 por ciento con los herederos del siglo XIX, y simplemente vivir de su riqueza heredada, le daba a la persona alrededor de dos veces y media el nivel de vida que podría lograr escalando hasta el 1 por ciento de los trabajadores mejor remunerados.

Usted podría verse tentado a decir que la sociedad moderna no es así, pero tanto los ingresos de capital como la riqueza heredada, aunque menos importantes de lo que fueron en la *Belle Époque*, siguen siendo poderosos impulsores de la desigualdad, y su importancia va en aumento. En Francia —nos muestra Piketty— la porción heredada del total de la riqueza se redujo drásticamente durante la época entre guerras y el rápido crecimiento de la posguerra; alrededor de 1970 era inferior a 50 por ciento, pero hoy ha vuelto a 70 por ciento y sigue en aumento. En consecuencia, se ha producido una caída y luego un aumento en la importancia de la herencia como factor que concede el estatus de élite: el nivel de vida del 1 por ciento heredero cayó por debajo del correspondiente al 1 por ciento de los asalariados entre 1910 y 1950, pero comenzó a aumentar de nuevo después de 1970. No ha llegado a los niveles de Rastignac, pero, de nueva cuenta, es generalmente más valioso nacer en la familia adecuada (o casarse para conseguir a los suegros correctos), que tener el trabajo indicado.

Y esto podría ser sólo el comienzo. Las estimaciones de Piketty del *r* y el *g* globales en el largo plazo sugieren que la era de la igualdad ha quedado atrás, y que hoy las condiciones son idóneas para el reestablecimiento del capitalismo patrimonial.

Ante este panorama, ¿por qué la riqueza heredada juega un papel tan pequeño en el discurso público de hoy? Piketty sugiere que es el tamaño mismo de las fortunas heredadas lo que de alguna manera las hace invisibles: “La riqueza está tan concentrada que un gran segmento de la sociedad es prácticamente inconsciente de su existencia, por lo que algunos se imaginan que pertenece a entidades surrealistas o misteriosas”. Éste es un muy buen punto, aunque seguramente no es la explicación completa, pues el hecho es que el ejemplo más conspicuo de la elevada desigualdad en el mundo de hoy —el aumento del muy rico 1 por ciento en el mundo anglosajón, especialmente en los Estados Unidos— no tiene casi nada que ver con la acumulación de capital, al menos hasta ahora. Se relaciona más bien con las remuneraciones y los ingresos notablemente altos.

III

El capital en el siglo XXI es, como espero haber dejado claro, una obra impresionante. En momentos en que la concentración de la riqueza y los ingresos en manos de unos pocos ha resurgido como una cuestión política central, Piketty no sólo ofrece información muy valiosa de los acontecimientos y con una profundidad histórica inigualable, sino que también ofrece lo que equivale a una teoría de campo unificada de la desigualdad, una teoría que integra el crecimiento económico, la distribución del ingreso entre el capital y la fuerza de trabajo, y la distribución de la

riqueza y el ingreso entre los individuos bajo un mismo marco.

Y sin embargo, hay una cosa que empaña el logro, una suerte de prestidigitación intelectual, si bien una que en realidad no involucra ningún engaño o falta por parte de Piketty. Con todo, aquí está: la razón principal para que un libro como éste haya sido tan anhelado es el ascenso no sólo del 1 por ciento, sino específicamente del 1 por ciento estadounidense, aunque ese aumento ha ocurrido por razones que están más allá del alcance de la gran tesis de Piketty.

Piketty es, por supuesto, un economista demasiado bueno y demasiado honesto como para tratar de encubrir los hechos inconvenientes. “La desigualdad de los Estados Unidos en 2010 —declara— es cuantitativamente tan extrema como en la vieja Europa durante la primera década del siglo XX, pero la estructura de esa desigualdad es claramente muy distinta”. A decir verdad, lo que hemos visto en los Estados Unidos y comenzamos a ver en otros lugares es algo “radicalmente nuevo”: el ascenso de los “supersalarios”.

El capital sigue siendo importante; en los estratos más altos de la sociedad, el ingreso a partir del capital conserva su supremacía frente a los ingresos por sueldos, salarios y bonificaciones. Piketty estima que el aumento de la desigualdad de las rentas del capital representa alrededor de un tercio del aumento generalizado de la desigualdad en los Estados Unidos. No obstante, los ingresos salariales en la parte superior también se han disparado. Los salarios reales de la mayoría de los trabajadores de los Estados Unidos han aumentado poco o nada desde principios de 1970, pero los salarios del 1 por ciento de los asalariados se han incrementado 165 por ciento, y aun los salarios del 0.1 por ciento se han incrementado 362 por ciento. Si Rastignac viviera hoy, Vautrin tal vez podría admitir que de hecho es posible arreglárselas igual de bien convirtiéndose en gestor de fondos de inversión que casándose con alguien rico.

¿Cómo se explica este aumento espectacular de la desigualdad de ingresos en el que la mayor parte de las ganancias va a parar a manos de individuos en las esferas superiores? Algunos economistas estadounidenses sugieren que el aumento está impulsado por los cambios en la tecnología. En un famoso artículo de 1981 titulado “The Economics of Superstars” [La economía de las superestrellas], el economista de Chicago Sherwin Rosen sostiene que la tecnología moderna de las comunicaciones, mediante la ampliación del alcance de las personas con talento, crea mercados de tipo “el ganador se lo lleva todo” en los que un puñado de individuos excepcionales cosecha enormes frutos, incluso si sólo son ligeramente mejores en lo que hacen que sus rivales peor pagados.

Piketty no está convencido. Como él mismo señala, a los economistas conservadores les encanta hablar de la elevada remuneración que reciben artistas de un tipo u otro, como las estrellas de cine y los deportes, como una forma de sugerir que los altos ingresos en verdad son merecidos. Sin embargo, en realidad esos individuos representan sólo una pequeña fracción de la élite de las ganancias. En lugar de esto, lo que encontramos principalmente son ejecutivos de un tipo u otro: personas cuyo rendimiento es, de hecho, bastante difícil de evaluar o al que es complejo asignarle un valor monetario.

¿Quién determina lo que vale el director general de una empresa? Pues bien, por lo general existe un comité de compensaciones, designado por el propio director general, y de hecho —Piketty sostiene— los ejecutivos de alto nivel se asignan su propio sueldo, limitados por las normas sociales más que por algún tipo de disciplina de mercado, y atribuye los estratosféricos salarios en la parte superior a la erosión de tales normas. Por tanto, imputa los altísimos ingresos salariales en la parte superior a las fuerzas sociales y políticas, y no estrictamente a las económicas.

En aras de la justicia, Piketty sugiere entonces un posible análisis económico de este cambio de normas, con el argumento de que la caída de las tasas tributarias para los ricos ha incentivado en efecto a la élite de las ganancias. Si bien un alto directivo podría esperar mantener sólo una pequeña fracción de los ingresos obtenidos dándole la vuelta a las normas sociales y asignándose un gran sueldo, podría también decidir que el oprobio resultante no lo valdría. Córtese la tasa marginal de impuestos de manera drástica y la situación podría ser diferente. Además, a medida que aumenta el número de asalariados que desobedecen las normas, éstas terminarán por cambiar.

Hay mucho que decir acerca de este diagnóstico, que claramente carece del rigor y la universalidad de los análisis de Piketty sobre la distribución y la rentabilidad de la riqueza. Además, no creo que *El capital en el siglo XXI* responda adecuadamente a la crítica más elocuente de la hipótesis del poder de los ejecutivos: la concentración de ingresos muy altos en las finanzas, donde el desempeño en verdad puede, de cierto modo, ser evaluado. Mi mención de los gestores de fondos de inversión no fue en vano: a estas personas se les paga sobre la base de su capacidad para atraer clientes y lograr el rendimiento de las inversiones. Usted bien puede cuestionar el valor social de las finanzas modernas, pero los Gordon Gekkos que andan sueltos por ahí claramente son buenos en algo, y su ascenso no puede atribuirse sólo a las relaciones de poder, aunque supongo que se podría argumentar que la disposición a participar en tejemanejes moralmente dudosos, al igual que la disposición a desobedecer las normas de pago, es fomentada por lo bajo de las tasas marginales con que se determinan los impuestos.

En general, la explicación que Piketty ofrece sobre el aumento de la desigualdad salarial me convence, aunque provoca una decepción importante al no tomar en cuenta la desregulación. Pero, como ya he dicho, su análisis en esta parte carece del rigor de su análisis primario, por no hablar de su grande y estimulante elegancia intelectual.

Sin embargo, no debemos reaccionar de forma exagerada. Incluso si el aumento en la desigualdad de los Estados Unidos hasta la fecha ha sido impulsado principalmente por los ingresos salariales, la importancia del capital no ha sido menor; en cualquier caso, es probable que a partir de ahora la historia sea bastante diferente. Es probable que la generación actual de los más ricos en los Estados Unidos consista en gran parte en ejecutivos y no en rentistas —personas que viven del capital acumulado— pero estos ejecutivos tienen herederos, y en dos décadas los Estados Unidos podría ser una sociedad dominada por rentistas aún más desigual que la *Belle Époque* europea.

Pero esto no tiene por qué ser así.

IV

En ocasiones, Piketty casi parece ofrecer una visión determinista de la historia en la que todo fluye a partir de las tasas de crecimiento de población y el progreso tecnológico. En realidad, *El capital en el siglo XXI* deja claro que la política pública puede producir una enorme diferencia; que, incluso si las condiciones económicas subyacentes apuntan hacia la desigualdad extrema —a lo que Piketty llama “un cambio de dirección hacia la oligarquía”—, esta tendencia puede ser detenida e incluso revertida si la clase política así lo decide.

El punto clave es que, cuando hacemos la comparación fundamental entre la tasa de rendimiento de la riqueza y la tasa de crecimiento económico, lo que importa es el rendimiento de la riqueza después de pagar impuestos. Así, los impuestos progresivos —en particular, sobre el patrimonio y la herencia— pueden ser una poderosa fuerza para limitar las desigualdades y, de hecho, Piketty concluye su obra maestra con un alegato en favor de tal forma de tributación. Por desgracia, la historia que su propio libro abarca no alienta el optimismo.

Es cierto que durante gran parte del siglo XX la política fiscal fuertemente progresiva en verdad ayudó a reducir la concentración del ingreso y la riqueza, y es posible imaginar que los altos impuestos en la parte superior son el resultado político natural cuando la democracia enfrenta una gran desigualdad; sin embargo, Piketty rechaza esta conclusión. El triunfo de la política fiscal progresiva durante el siglo XX, afirma, fue “un resultado efímero del caos”. De no haberse dado en Europa las guerras y agitaciones de la moderna “Guerra de los Treinta Años”, sugiere, nada de esto habría ocurrido.

Como evidencia ofrece el ejemplo de la Tercera República francesa. La ideología oficial de la república era altamente igualitaria; pese a esto, la riqueza y los ingresos estaban casi tan concentrados, y los privilegios económicos tan dominados por factores hereditarios, como en la aristocrática monarquía constitucional al otro lado del Canal de la Mancha.

Al recibir las galeras para redactar la cuarta de forros de la edición estadounidense, aunque desde luego intuyó el valor del aporte de Piketty a los estudios especializados, el economista turco Dani Rodrik no podía prever la recepción y las repercusiones que la obra tendría en el gran público; en este breve recuento busca hallar un par de claves para entender el inusitado fenómeno editorial



Piketty y el espíritu de la época

DANI RODRIK

Sin importar a dónde vaya o con quién me encuentre, en estos últimos días siempre me preguntan lo mismo: ¿qué piensas de Thomas Piketty? En realidad son dos preguntas en una: ¿qué piensas de Piketty, el libro? y ¿qué piensas de Piketty, el fenómeno?

La primera pregunta es mucho más fácil de contestar. Por pura suerte, fui uno de los primeros lectores de la versión en inglés de *El capital en el siglo XXI*: la editorial de Piketty, Harvard University Press, me envió las galeras con la esperanza de que contribuyera con un comentario para la contraportada. Así lo hice con gusto, pues el alcance, la profundidad y la ambición del libro me parecieron impresionantes.

Por supuesto, ya estaba familiarizado con el trabajo empírico de Piketty sobre la distribución del ingreso, realizado conjuntamente con Emmanuel Saez, Anthony Atkinson y otros. Esta investigación ha comenzado ya a producir nuevos y sorprendentes descubrimientos sobre el aumento de los ingresos de los extremadamente ricos; ha mostrado que la desigualdad en muchas economías desarrolladas ha alcanzado niveles no vistos desde principios del siglo XX. Es un *tour de force* en sí misma.

Sin embargo, el libro va mucho más allá del trabajo empírico y narra una fábula con moraleja intrigante sobre la dinámica de la riqueza en el capitalismo. Piketty nos advierte que no debemos dejarnos engañar por la aparente estabilidad y prosperidad que constituía la experiencia común de las economías avanzadas durante unas pocas décadas de la segunda mitad del siglo XX. En su relato, son las fuerzas desniveladoras y desestabilizadoras las que pueden dominar en el capitalismo.

Tal vez más que el argumento en sí mismo, lo que hace de *El capital en el siglo XXI* una gran lectura es la sensación de presenciar una magnífica lucha mental en la que tratan de resolverse las grandes cuestiones de nuestro tiempo. El énfasis de Piketty en la naturaleza política de la distribución del ingreso; su sutil discusión de las leyes generales del capitalismo y el papel desempeñado por la contingencia, lo mismo que su voluntad de ofrecer soluciones audaces (si bien, para muchos, imprácticas) para salvar al capi-

talismo de sí mismo son tan refrescantes como raras para un economista.

Pues bien, me hubiera gustado afirmar proféticamente el enorme éxito académico y popular que el libro tendría al ser publicado; sin embargo, a decir verdad, la recepción del libro ha sido una gran sorpresa.

Para empezar, el libro difícilmente es una lectura fácil. Tiene casi 700 páginas (incluyendo las notas) y aunque Piketty no dedica mucho espacio a la teoría formal, tampoco queda exento de soltar una ecuación ocasional o letras griegas a lo largo del texto. Los críticos han hecho demasiado hincapié en las referencias de Piketty a Honoré de Balzac y Jane Austen; sin embargo, lo cierto es que el lector se encontrará principalmente con la prosa y la estadística seca de un economista, mientras que las alusiones literarias son pocas y distantes entre sí.

La respuesta de los economistas no ha sido uniformemente positiva. El argumento del libro gira en torno a una serie de identidades contables que relacionan el ahorro, el crecimiento y el rendimiento del capital con la distribución de la riqueza en una sociedad. Piketty da vida a estas relaciones abstractas al adjudicarles números reales y delinear su evolución a lo largo de la historia. No obstante, los economistas ya conocen bien este tipo de relaciones.

El pronóstico pesimista de Piketty se basa en una ligera extensión de este marco contable. Bajo supuestos posibles —es decir, que los ricos ahorran lo suficiente—, la proporción entre la riqueza heredada y los ingresos (o salarios) seguirá aumentando mientras que r —la tasa media de rendimiento del capital— exceda g —la tasa de crecimiento de la economía en su conjunto—. Piketty sostiene que ésta ha sido la norma histórica, salvo durante la tumultuosa primera mitad del siglo XX. Si eso es lo que nos depara el futuro, estamos frente a una distopía en la que la desigualdad se elevará a niveles nunca antes experimentados.

Con todo, en economía la extrapolación es peligrosa, y la evidencia que Piketty aduce para apoyar su argumento es poco concluyente. Como muchos han argumentado, el rendimiento del capital, r , bien podría comenzar a disminuir si la economía se vuelve demasiado rica en capital respecto del trabajo y otros recursos, y la tasa de innovación se ralentiza. De otra forma, y como ya otros han señalado, la eco-

nomía global podría tomar velocidad, impulsada por los avances en los países emergentes y en desarrollo. Es necesario tomar en serio la visión de Piketty, pero difícilmente es una ley inexorable.

Tal vez deberíamos buscar la fuente del éxito del libro en el espíritu de la época, pues es difícil creer que habría tenido las mismas repercusiones hace diez o incluso cinco años, en el periodo inmediatamente posterior a la crisis financiera mundial, a pesar de que entonces podrían haberse calculado argumentos y pruebas idénticas. El desasosiego en torno a la creciente desigualdad se ha ido acumulando desde hace mucho tiempo en los Estados Unidos donde los ingresos de la clase media han permanecido estancados o han disminuido pese a la recuperación de la economía. Al parecer ahora es aceptable hablar de la desigualdad en los Estados Unidos como una cuestión central que el país enfrenta. Esto también podría explicar por qué el libro de Piketty ha recibido mayor atención en los Estados Unidos que en su natal Francia.

El capital en el siglo XXI ha vuelto a avivar el interés de los economistas por la dinámica y la distribución de la riqueza, un tema que preocupó a autores clásicos como Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx. Ha traído al debate público detalles empíricos cruciales y un marco analítico simple pero útil. Cualesquiera que sean las razones de su éxito, ya ha hecho una contribución innegable a la profesión económica y al discurso público. ◀

Dani Rodrik es profesor de ciencias sociales en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, Nueva Jersey. Es autor de Una economía, muchas recetas. La globalización, las instituciones y el crecimiento económico, publicado por el FCE.

Traducción de Dennis Peña.

Reproducimos este artículo con autorización de Project Syndicate; se publicó el 13 de mayo de 2014.

El capital en el siglo XXI es una obra innovadora en varios aspectos —y no desde luego en abordar la desigual distribución de la riqueza—. Para Solow, es destacable su idea de medir la riqueza nacional en términos de la producción anual, lo que permite comparaciones diversas y reveladoras, pero sobre todo la detección las graves consecuencias de que el capital resulte más rendidor que el trabajo



ARTÍCULO

Thomas Piketty está en lo correcto

ROBERT M. SOLOW

La desigualdad de ingresos en Estados Unidos y otros países ha empeorado desde 1970; su aspecto más llamativo ha sido la creciente brecha entre los ricos y el resto de la población. Sin embargo, esta ominosa tendencia antidemocrática por fin ha logrado abrirse camino hasta la conciencia pública y la retórica política. Una política racional y eficaz que se ocupe de ella —si es que ha de haber una— tendrá que basarse en una comprensión de las causas del aumento de la desigualdad. Hasta ahora la discusión ha puesto sobre la mesa una serie de factores causales: la erosión del salario mínimo real, la decadencia de los sindicatos y la negociación colectiva, la globalización y la intensificación de la competencia de trabajadores de bajos salarios en países pobres, cambios y desplazamientos tecnológicos en la demanda que eliminan puestos de trabajo de nivel medio y polarizan el mercado laboral: en la parte superior estarían los trabajadores altamente escolarizados y capacitados, y en la parte inferior, la masa no calificada y de escasa educación.

Si bien cada una de estas posibles causas parece captar algo de la verdad, incluso tomadas en conjunto no ofrecen una imagen del todo satisfactoria. Sus deficiencias son al menos dos. En primer lugar, no explican la parte realmente extrema de la situación: la tendencia de los ingresos más altos —los del “1 por ciento”— a alejarse de los del resto de la sociedad; en segundo lugar, parecen un poco fortuitas, accidentales, sobre todo al considerar que sería más probable que una tendencia de cuarenta años, común en economías avanzadas como las de Estados Unidos, Europa y Japón, descansara sobre fuerzas más profundas dentro del capitalismo industrial moderno. Es

aquí donde aparece Thomas Piketty, un economista francés de cuarenta y tres años de edad, para llenar con creces esos vacíos. Yo tenía un amigo, un algebrista distinguido, cuyo adjetivo preferido de alabanza era “verdadero”. Él diría “x es un verdadero matemático”, o “es una verdadera pintura”. Pues bien, el de Piketty es un verdadero libro.

También es un libro largo: 577 páginas de texto apretado más 77 páginas de notas (hago votos por que se abata una dolorosa enfermedad sobre los editores que ponen las notas al final del libro, y no al pie de página, que es donde en realidad deben estar, y provocan así que lectores como yo se salten muchas de ellas). Existe también un amplio “anexo técnico”, disponible en línea, que contiene bases de datos, tablas, argumentos matemáticos, referencias a la bibliografía y enlaces a las notas de clase de la (evidentemente excelente) cátedra de Piketty en París.

La estrategia de Piketty es comenzar con una lectura panorámica de los datos a través del espacio y el tiempo, y luego trabajar a partir de allí. Él y un grupo de colegas, entre los que destacan Emmanuel Saez —otro joven economista francés, profesor en Berkeley— y Anthony B. Atkinson —de Oxford, pionero y eminencia gris en los estudios modernos sobre desigualdad— han trabajado duro para crear una enorme base de datos que sigue en constante ampliación y perfeccionamiento. Ésta es la base empírica del argumento de Piketty.

Todo comienza con la trayectoria temporal de la riqueza (o capital) total —pública y privada— en Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos, que se remonta a cuando los primeros datos estuvieron disponibles y en funcionamiento, hasta llegar al presente. Alemania, Japón, Suecia y, con menor frecuencia, también otros países se incluyen en la base de datos, cuando existen estadísticas satisfactorias. Si usted se pregunta por qué un libro sobre desigualdad debe

comenzar con la medición de la riqueza sólo es cuestión de esperar un poco.

Puesto que la esencia son las comparaciones a lo largo de grandes periodos y extensiones de espacio, surge un problema: encontrar unidades comparables a través de las que se pueda medir la riqueza o el capital total en, digamos, Francia en 1850, lo mismo que en los Estados Unidos en 1950. Piketty resuelve este problema dividiendo la riqueza medida en moneda local de ese tiempo entre el ingreso nacional, también medido en la moneda local de la época. La relación entre riqueza e ingresos adquiere entonces la dimensión “años”. Así, esta comparación nos indica que, de hecho, la riqueza total en Francia en 1850 ascendió al equivalente de siete años de ingreso, pero en el caso de los Estados Unidos en 1950 sólo al equivalente de cuatro años de ingreso. Esta visualización de la riqueza nacional o el capital con respecto al ingreso nacional es crucial para el funcionamiento de todo el razonamiento. La referencia a la relación capital-producto o capital-ingreso es un lugar común en economía; hay que acostumbrarse a ella.

Aquí hay, sin embargo, una pequeña ambigüedad. Piketty utiliza “riqueza” y “capital” como términos intercambiables. Sabemos cómo calcular la riqueza de una persona o de una institución: se suma el valor de todos sus activos y se resta el total de las deudas. (Los valores son los precios de mercado o, en su defecto, alguna aproximación.) El resultado es el patrimonio o la riqueza neta. Al menos en inglés, esto a menudo recibe el nombre de capital de una institución o persona. Sin embargo, *capital* tiene otro significado no del todo equivalente: un “factor de producción”, un elemento esencial en el proceso de producción en forma de fábricas, maquinaria, equipos, edificios de oficinas o viviendas (que producen “servicios de alojamiento”). Este significado puede divergir de “riqueza”. De forma trivial, existen activos que tienen valor y son par-

te de la riqueza pero no producen nada: obras de arte, acumulaciones de metales preciosos, etcétera. (Podría decirse que los cuadros colgados en la sala de una casa producen “servicios estéticos”, pero por lo general no se les considera en el ingreso nacional.) De forma más significativa, el valor de mercado de las acciones —la contrapartida financiera del capital productivo de una empresa— puede fluctuar de manera violenta, con más violencia aún que el ingreso nacional. En una recesión, la relación entre riqueza e ingreso es proclive a caer de manera considerable, aunque puede ser que el capital productivo, e incluso su esperado poder de compra en el futuro, haya cambiado muy poco o nada en absoluto. No obstante, en cuanto que nos adherimos a las tendencias a largo plazo, algo que por lo general Piketty hace, podemos pasar por alto esta dificultad sin temor alguno.

Los datos resultantes muestran un patrón claro. En Francia y Gran Bretaña el capital nacional se mantuvo relativamente estable en alrededor del equivalente a siete veces el ingreso nacional de 1700 a 1910, luego cayó fuertemente desde 1910 hasta 1950, probablemente como consecuencia de las guerras y la depresión, alcanzando un mínimo de 2.5 en la Gran Bretaña y poco menos de 3 en Francia. Después la relación entre capital e ingreso comenzó a subir en los dos países, y en 2010 llegó a poco más de 5 en la Gran Bretaña y a poco menos de 6 en Francia. La trayectoria en Estados Unidos fue un poco diferente: empezó justo por encima de 3 en 1770, subió a 5 en 1910, se redujo ligeramente en 1920, se recuperó a un máximo de entre 5 y 5.5 en 1930, cayó por debajo de 4 en 1950 y de nuevo volvió a 4.5 en 2010.

La relación entre riqueza e ingreso en Estados Unidos siempre ha sido menor que en Europa. Y la razón principal en los primeros años fue que el valor de la tierra se incrementó menos en los espacios abiertos de América del Norte. Por supuesto, había mucho más tierra, pero era demasiado barata. Sin embargo, a partir del siglo xx la relación más baja entre capital e ingreso en Estados Unidos probablemente comenzó a reflejar el mayor nivel de productividad: una determinada cantidad de capital podía generar una mayor producción que en Europa. No es de extrañar que las dos guerras mundiales causaran mucho menos destrucción y disipación de capital en Estados Unidos que en Gran Bretaña y Francia. La observación importante del argumento de Piketty es que, tanto en estos tres países como en otros lugares, la relación entre riqueza e ingreso ha ido en aumento desde 1950, y casi ha vuelto a los niveles del siglo xix. Piketty vaticina que este aumento continuará en el siglo actual, con consecuencias de peso que serán discutidas a medida que avanzamos en el texto.

A decir verdad, el autor predice, sin mucha confianza y sin engañarse a sí mismo, que la relación mundial entre capital e ingreso se incrementará: de poco menos de 4.5 en 2010 a poco más de 6.5 a finales de este siglo. Esto haría que el mundo entero volviera al punto en el que se encontraban unos cuantos países europeos ricos en el siglo xix. ¿De dónde proviene esta conjetura? O, en términos más generales, ¿qué determina la relación a largo plazo entre capital e ingreso de una economía? Ésta es una pregunta que ha sido abordada por los economistas por más de 75 años, que han producido una respuesta estándar que Piketty adopta como “ley” económica a largo plazo. A grandes rasgos es la siguiente.

Imaginemos una economía con una renta nacional de 100 y un crecimiento de 2 por ciento anual (tal vez con traspies ocasionales, sin mayores consecuencias). Supongamos que ahorra e invierte con regularidad (es decir, que suma a su capital) 10 por ciento del ingreso nacional. Así, en el año en que sus ingresos llegan a 100 añade 10 a sus reservas de capital. Queremos saber si la relación entre capital e ingreso puede permanecer inalterada durante el próximo año, es decir, si puede estabilizarse para el largo plazo. Para que eso ocurra, el numerador de la relación entre capital e ingreso debe crecer a la misma tasa de 2 por ciento del denominador. Ya hemos dicho que crece en 10 por ciento; para que esa cifra fuera 2 por ciento del capital, éste debería ser de 500, ni más ni menos. Encontramos así una historia coherente: el ingreso nacional de este año es de 100, el capital es de 500, y la proporción es de 5. El próximo año el ingreso nacional es de 102, el capital es 510, y la proporción sigue siendo 5, y este proceso puede repetirse de forma automática, siempre y cuando la tasa de crecimiento se mantenga en 2 por ciento anual y la tasa de ahorro/inversión sea de 10 por ciento del in-

greso nacional. Existe, también, otro aspecto más dramático: si el capital y la fuerza laboral se combinan para generar una producción nacional de acuerdo con la ley de los rendimientos decrecientes, entonces, siempre que esta economía se ponga en marcha, será conducida por su propia lógica interna a esta relación única entre capital e ingreso que se reproduce a sí misma.

Un análisis cuidadoso de este ejemplo mostrará que equivale a una declaración general: si la economía crece a g por ciento anual, y si cada año ahorra s por ciento del ingreso nacional, la relación entre capital e ingreso que se auto reproduce es s/g (10/2 en el ejemplo). Piketty sugiere que el crecimiento global de la producción se frenará en el próximo siglo, de 3 a 1.5 por ciento anual. (Ésta es la suma de las tasas de crecimiento demográfico y de productividad; de ambas él espera que disminuyan.) Piketty sitúa la tasa ahorro/inversión de todo el mundo en torno a 10 por ciento, y espera que la relación entre capital e ingreso se incremente y en algún punto se acerque a 7 (o 10/1.5). Como ya se verá, esto no es poca cosa. Él es muy consciente de que los supuestos subyacentes podrían resultar equivocados; nadie puede ver lo que pasará en un siglo, pero existe la posibilidad de que la situación marche por este camino.

Si un pequeño —muy pequeño— grupo de propietarios de riqueza llega a recaudar una parte creciente de la renta nacional, es probable que también domine la sociedad de otras maneras.

La clave de la riqueza en una economía capitalista es que se reproduce a sí misma y por lo general obtiene un rendimiento neto positivo. Ése es el siguiente punto de la investigación. Piketty desarrolla estimaciones de la tasa “pura” de rendimientos (después de ajustes de menor importancia) en la Gran Bretaña remontándose a 1770 y en Francia remontándose a 1820, pero no para los Estados Unidos. Y concluye:

El rendimiento puro del capital ha oscilado alrededor de un valor central de 4 a 5 por ciento al año, o, de manera más general, en un intervalo de 3 a 6 por ciento anual. No ha habido una tendencia pronunciada a largo plazo ni hacia arriba ni hacia abajo [...] Sin embargo, es posible que el rendimiento puro sobre el capital haya disminuido ligeramente a muy largo plazo.

Sería interesante disponer de cifras similares para los Estados Unidos.

Ahora bien, si se multiplica la tasa de rendimiento del capital por la proporción entre capital e ingreso, se obtiene la participación del capital en el ingreso nacional. Por ejemplo, si la tasa de rendimiento es de 5 por ciento anual y la reserva de capital equivale a 6 años de renta nacional, la renta del capital será de 30 por ciento del ingreso nacional y por lo tanto los rendimientos del trabajo constituirán el 70 por ciento restante. Por fin, después de toda esta preparación, comenzamos a hablar de desigualdad, y en dos sentidos distintos. En primer lugar, hemos llegado a la distribución funcional de los ingresos: la división entre las rentas del trabajo y los ingresos de la riqueza. En segundo lugar, en todas las instancias la riqueza está más concentrada entre los ricos que las rentas del trabajo (a pesar de que la historia reciente de los Estados Unidos es bastante extraña al respecto); siendo esto así, mientras más grande sea la proporción de los ingresos de la riqueza, más desigual será también la distribución del ingreso entre las personas. En una sociedad la desigualdad interpersonal es la que más importa, para bien o para mal.

A menudo este asunto no queda claro, por lo que es digno de una breve digresión. La participación del trabajo en la renta nacional es aritméticamente equivalente al salario real dividido por la productividad del trabajo. ¿Preferiría usted vivir en una sociedad en la que el salario real se elevara rápidamente, pero la participación del trabajo estuviera en descenso (porque la productividad aumenta aún más rápidamente), o en una en la que el salario real se hubiera estancado, junto con la productividad, volviendo así inmutable la participación del trabajo? En términos estrictamente económicos, sin duda la primera opción sería mejor: usted se come su salario, no su porción del ingreso nacional. Sin embargo, en la segunda opción podría haber ventajas políticas y sociales. Si un pequeño —muy pequeño— grupo de propietarios de riqueza llega a recaudar una parte creciente de la renta nacional, es probable que también domine la sociedad de otras maneras. Esta dicotomía no tiene por qué surgir, pero es bueno tenerla presente.

Suponga que aceptamos la bien informada conjetura de Piketty acerca de que la relación entre capital e ingreso aumentará durante el próximo siglo antes de estabilizarse en un valor alto cercano a 7. ¿Se deduce entonces que la participación del capital en la renta también se hará más grande? No necesariamente; recordemos que es necesario multiplicar la relación entre capital e ingresos por la tasa de rendimiento, y que la misma ley de los rendimientos decrecientes sugiere que la tasa de rendimiento del capital caerá. A medida que la producción adquiere un mayor coeficiente de capital, se hace cada vez más difícil encontrar usos rentables para el capital adicional, o maneras fáciles de sustituir el capital por trabajo. Que la participación del capital caiga o se eleve depende de si la tasa de rendimiento tiene que caer proporcionalmente más o menos de lo que se eleva la relación entre capital e ingreso.

Se ha llevado a cabo una gran cantidad de investigaciones en torno a este asunto dentro de la economía; sin embargo, hasta la fecha no existe respuesta del todo concluyente. Esto sugiere que el efecto final sobre la participación del capital, sin importar el lugar al que se dirija, será pequeño. Piketty opta por un aumento en la participación del capital, y yo también me inclino hacia esa postura. El crecimiento de la productividad ha precedido al crecimiento de los salarios reales en la economía estadounidense durante las últimas décadas, sin indicios de un cambio, por lo que la participación del capital ha aumentado y la del trabajo ha caído. Tal vez la participación del capital pasará de 30 a 35 por ciento, con todos los desafíos a la cultura democrática y a la política que esto conlleva.

Hay una implicación más fuerte en esta línea de argumentación, y con ella llegamos al corazón de la tesis de Piketty. Hasta donde yo sé, nadie antes que él ha hecho esta conexión. Recordemos, pues, lo que se ha establecido hasta ahora. Tanto la historia como la teoría sugieren que en una economía capitalista industrial existe una tendencia lenta a estabilizar la relación entre capital e ingreso, y con ella también la tasa de rendimiento del capital. Esta tendencia puede verse perturbada por depresiones graves, guerras y trastornos sociales y tecnológicos, pero vuelve a reafirmarse en condiciones de estabilidad. En el largo periodo de la historia evaluado por Piketty, la tasa de rendimiento del capital suele ser mayor que la tasa subyacente de crecimiento, siendo la única excepción sustancial el lapso entre 1910 y 1950. Piketty atribuye esta rareza a los trastornos y los altos impuestos causados por las dos guerras mundiales, así como a la depresión que ocurrió entre ellas.

No hay razón lógica alguna para que la tasa de rendimiento supere la tasa de crecimiento: una sociedad o los individuos que pertenecen a ella pueden decidir ahorrar e invertir tanto como para situar ellos mismos (y la ley de los rendimientos decrecientes) la tasa de rendimiento por debajo de la de crecimiento a largo plazo, lo que sea que eso quiera decir en este caso. Se sabe que esta posible situación es socialmente perversa en el sentido de que dejar que la reserva de capital disminuya hasta que la tasa de rendimiento caiga de nuevo e iguale la tasa de crecimiento daría pie a un nivel de consumo por persona permanentemente alto, y por tanto a un mejor estado social. Sin embargo, no hay una mano invisible que aleje las economías de mercado de esta perversidad; no obstante, se ha evitado caer en ello, probablemente debido a que las tasas de crecimiento históricas han sido bajas y el capital ha sido escaso. Podemos tomar, por ello, como algo normal que la tasa

de rendimiento del capital supere la tasa de crecimiento subyacente.

Ahora podemos dirigir nuestra atención a lo que está sucediendo dentro de la economía. Supongamos que ésta llega a un “estado estacionario” al estabilizarse la relación entre capital e ingreso. Aquellos cuyos ingresos provienen en su totalidad del trabajo pueden esperar que sus salarios e ingresos se eleven casi tan rápido como aumenta la productividad a través del progreso tecnológico. Eso es un poco menos que la tasa de crecimiento global, que incluye también la tasa de crecimiento de la población. Ahora imaginemos a alguien cuyo ingreso proviene enteramente de la riqueza acumulada. Él o ella gana r por ciento al año (estoy omitiendo los impuestos, pero no por mucho tiempo). Si el sujeto es muy rico, es probable que consuma sólo una pequeña fracción de sus ingresos. El resto se ahorra y se acumula, y su riqueza se incrementará casi un r por ciento cada año, al igual que sus ingresos. Si usted deposita \$100 en una cuenta bancaria que paga 3 por ciento de interés, su saldo se incrementará en 3 por ciento cada año.

Éste es el punto central de Piketty, y su nueva y poderosa contribución a un viejo tema: mientras la tasa de rendimiento supere la tasa de crecimiento, el ingreso y la riqueza de los ricos crecerán más rápido que el ingreso típico proveniente del trabajo. (Parece no haber tendencia compensatoria alguna que apunte hacia la reducción de la participación total del capital; la tendencia podría ir ligeramente en la dirección opuesta.) Esta interpretación de la tendencia observada hacia el aumento de la desigualdad, y especialmente el fenómeno del “1 por ciento”, no tiene sus raíces en fallo alguno de las instituciones económicas, sino que se basa principalmente en la capacidad de la economía para absorber cantidades crecientes de capital sin una caída sustancial de la tasa de rendimiento. Éstas podrían ser buenas noticias para la economía en su conjunto, pero no lo son para la equidad dentro de la economía.

Necesitamos asignar un nombre a este proceso para futuras referencias; yo lo llamo la “dinámica de los ricos que se vuelven más ricos” y es un poco más complicado de lo que el libro de Piketty deja ver. Existe un poco de ahorro proveniente de las rentas del trabajo, y por lo tanto cierta acumulación de capital en manos de los obreros y empleados. Por su naturaleza, la rentabilidad de esta riqueza debe ser tomada en cuenta. Sin embargo, dada la pequeña cantidad inicial y la tasa de ahorro, relativamente baja respecto del grupo más acomodado, y dado el hecho de que los pequeños ahorros obtienen tasas de rentabilidad relativamente bajas, los cálculos muestran que este mecanismo no es capaz de compensar el aumento de la desigualdad prevista.

Existe otra consecuencia, también bastante oscura, de este recuento de tendencias subyacentes. Si las acumulaciones de riqueza ya existentes tienden a crecer más rápido que los ingresos provenientes del trabajo, lo más probable es que la participación de la riqueza heredada aumente respecto de las fortunas ganadas recientemente, las que se basan más en el mérito. Huelga decir que el hecho de que la suma de los ingresos salariales crezca sólo a un ritmo relativamente lento no excluye la posibilidad de que innovadores, gestores, empresarios y artistas extraordinariamente exitosos puedan acumular grandes cantidades de riqueza a lo largo de su vida y se unan a las filas de los rentistas. Sin embargo, un ritmo de crecimiento menor sin duda hace que este tipo de historias de éxito sean menos probables. Más adelante volveremos a este asunto. Empero, la aritmética sugiere que la concentración de la riqueza y su capacidad de crecer favorecerán el peso cada vez mayor de la herencia, en comparación con el talento.

Piketty se inclina por describir la distribución del ingreso y la riqueza de forma concreta, y no en términos de estadísticas sumarias; además, considera las proporciones del total reclamado por el “1 por ciento” (a veces también la décima parte superior de ese 1 por ciento), el 10 por ciento, el siguiente 40 por ciento, y la mitad inferior. (Piketty llama “clase media” al 40 por ciento entre el decil más alto y la mediana, si bien hay un elemento contradictorio en una clase media que se encuentra enteramente por encima de la mitad de la población, pero supongo que este uso no es peor que la costumbre estadounidense de describir a todo aquel que los evidentemente ricos y los miserablemente pobres como la clase media.)

Los datos son complicados y no fácilmente comparables a lo largo del tiempo y el espacio, pero aquí es

donde encontramos el verdadero “sabor” de la síntesis presentada por Piketty. La distribución del capital es, ciertamente, muy desigual. Hoy en día en los Estados Unidos el 10 por ciento superior posee alrededor de 70 por ciento de todo el capital, y la mitad de eso pertenece al “1 por ciento”; el siguiente 40 por ciento —que compone la “clase media”— posee alrededor de un cuarto del total (mayormente en forma de vivienda), y la otra mitad de la población no posee casi nada, un 5 por ciento de la riqueza total. Incluso esa cantidad de propiedad en manos de la clase media es un fenómeno nuevo en la historia. El típico país europeo es un poco más igualitario: el 1 por ciento superior posee 25 por ciento del capital total, y la clase media el 35 por ciento. (Hace un siglo la clase media europea no poseía riqueza en lo absoluto.) Si la propiedad de la riqueza de hecho se concentra más durante el resto del siglo XXI, el panorama se vuelve sombrío, a menos que se tenga un gusto por la oligarquía.

Probablemente los ingresos producto de la riqueza están aún más concentrados que la riqueza en sí misma ya que, como Piketty señala, los grandes paquetes de riqueza tienden a obtener rendimientos más altos que los paquetes de menor tamaño. Parte de esta ventaja proviene de las economías de escala, aunque ventajas adicionales pueden derivar del he-

Mientras la tasa de rendimiento supere la tasa de crecimiento, el ingreso y la riqueza de los ricos crecerán más rápido que el ingreso típico proveniente del trabajo.

cho de que los inversores más grandes tienen acceso a una gama más amplia de oportunidades de inversión que los menores. Las rentas del trabajo, naturalmente, están menos concentradas que los ingresos producto de la riqueza. En la imagen estilizada de Piketty de los Estados Unidos hoy en día, el 1 por ciento gana alrededor de 12 por ciento de todas las rentas del trabajo, el 9 por ciento siguiente gana 23 por ciento, la clase media obtiene alrededor de 40 por ciento y la mitad inferior un cuarto de los ingresos del trabajo. En Europa la situación no es muy diferente: el 10 por ciento cobra un poco menos y los otros dos grupos un poco más.

Ahora está claro: el capitalismo moderno es una sociedad desigual, y la dinámica de los ricos que se vuelven más ricos indica con claridad que cada vez lo será más. No obstante, aún queda un cabo suelto por atar, al que ya hemos hecho alusión, y que tiene que ver con la llegada de ingresos por salarios muy altos. En primer lugar, he aquí algunos hechos acerca de la composición de los ingresos más altos. Hoy en día, alrededor de 60 por ciento de los ingresos del “1 por ciento” en los Estados Unidos provienen de ingresos laborales, y no es sino hasta que llegamos a la décima parte superior del 1 por ciento que los ingresos del capital comienzan a predominar: 70 por ciento de los ingresos de la centésima parte superior del 1 por ciento se originan en el capital. La historia de Francia es similar, aunque la proporción de los ingresos del trabajo es un poco más alta en todos los niveles y, evidentemente, hay algunos ingresos salariales muy altos. Como si no lo supiéramos.

Este desarrollo es relativamente reciente. En la década de 1960, el 1 por ciento de los asalariados cobró un poco más de 5 por ciento de todos los ingresos salariales. Esta fracción se ha incrementado en forma constante hasta el día de hoy, cuando la parte superior del 1 por ciento de los asalariados recibe entre 10 y 12 por ciento de todos los salarios. Sin embargo, esta vez en Francia la historia es muy diferente. Allí la participación de los salarios totales que van al percentil más alto se mantuvo estable en un 6 por ciento

hasta hace muy poco, cuando se elevó a 7 por ciento. El reciente aumento de la desigualdad extrema en la parte superior de la distribución salarial puede ser ante todo un desarrollo estadounidense, y Piketty —quien con Emmanuel Saez ha hecho un estudio cuidadoso de las declaraciones de impuestos de altos ingresos en los Estados Unidos— lo atribuye a la aparición de lo que él llama “superdirectores”. La clase más alta en lo que a ingresos se refiere consiste en su mayoría en altos ejecutivos adscritos a grandes corporaciones que gozan de abundantes paquetes salariales. (Un número desproporcionado de éstos, aunque no todos ellos, proviene de la industria de servicios financieros.) Con o sin la opción de compra de acciones, los grandes paquetes salariales se convierten en riqueza y en el ingreso futuro de la riqueza. Así, el hecho es que gran parte de la desigualdad de mayores ingresos (y riqueza) en los Estados Unidos es impulsada por el auge de estos superdirectores.

Hasta el día de hoy este fenómeno no goza de mucha comprensión, y el libro de Piketty tiene poco que añadir. Desde luego, Piketty es consciente de que la remuneración de los ejecutivos en la parte superior por lo general la determinan de forma holgada los consejos de administración y comités de remuneraciones, conformados por personas similares a los ejecutivos a los que están pagando. Sin duda hay un elemento del efecto del Lago Wobegon: cada junta quiere creer que “sus” altos ejecutivos son mejores que la media y merecen ser remunerados por encima de ella.

Por supuesto, es posible que los superdirectores en verdad lo sean, y sus elevadísimas pagas no hagan sino reflejar sus grandes contribuciones a las ganancias corporativas. Incluso es posible que el aumento de su dominio desde 1960 tenga una causa identificable a lo largo de esa misma tónica. Sin embargo, esta explicación sería más difícil de mantener si el fenómeno resultara ser exclusivamente estadounidense. No ocurre en Francia o, a simple vista, en Alemania o Japón. ¿Es posible que sus altos ejecutivos carezcan de un gen determinado? Si es así, sería un campo fértil para los trasplantes.

Otra posibilidad, tentadora, aunque todavía bastante vaga, es que la compensación a la alta dirección, o por lo menos a parte de ella, en realidad no pertenece a la categoría de las rentas del trabajo, sino que representa más bien una especie de complemento del capital, y debe tratarse, en parte, como una forma de compartir el ingreso de éste. Surge aquí un rompecabezas cuya solución podría arrojar algo de luz sobre el reciente aumento de la desigualdad en la parte superior de la pirámide en los Estados Unidos, si bien el rompecabezas puede no ser resoluble porque la variedad de circunstancias y resultados es demasiado grande.

En cualquier caso, es bastante claro que la clase de los superdirectores pertenece social y políticamente a los rentistas, y no al cuerpo más grande de los profesionales asalariados e independientes o a los mandos intermedios. Así, el panorama del siglo XXI esbozado por Piketty queda aún por ser atendido: desaceleración del crecimiento de la población y de la productividad; una tasa de rendimiento del capital notablemente superior a la tasa de crecimiento; una relación entre riqueza e ingresos que se eleva una vez más a los niveles del siglo XIX; probablemente la participación de capital un tanto mayor en el ingreso nacional; predominio cada vez mayor de la riqueza heredada sobre la riqueza proveniente del trabajo, y una mayor brecha entre los ingresos más altos y todos los demás. Tal vez un poco de escepticismo sea prudente. Por ejemplo, la tasa de rentabilidad a largo plazo, históricamente estable, ha sido el resultado equilibrado de la tensión entre los rendimientos decrecientes y el progreso tecnológico; tal vez un menor ritmo de crecimiento en el futuro la debilite de forma drástica. Quizá. Pero supongamos que Piketty tiene razón en todo. ¿Qué debemos hacer, si es que podemos hacer algo?

Piketty se inclina fuertemente hacia un impuesto progresivo anual sobre la riqueza, en todo el mundo de ser posible, para evitar la huida a falsos paraísos fiscales. Él reconoce que un impuesto global es un objetivo imposible, pero piensa que es posible implementar un impuesto sobre el patrimonio regional en un área del tamaño de Europa o los Estados Unidos. Un ejemplo del tipo de programa de tasas que tiene en mente es 0 por ciento sobre fortunas por debajo

Piketty o el cambio de paradigma

ANDRÉS HOYOS

En una de las primeras notas en nuestra lengua sobre el libro de Piketty, Andrés Hoyos confesó “No sé quién adquirió los derechos en español, pero da envidia”. Resolvimos, amistosamente, darle el objeto visible a su ciega emoción, y lo invitamos a desahogarla con este artículo especial para La Gaceta, con el que, de pasada, incluimos a Colombia en nuestro brevísima muestra de voces latinoamericanas en torno a la obra



Thomas Piketty, el brillante hijo de dos *soixante-huitards* de los que poco le gusta hablar, tuvo la suerte de encontrar una amplia y fértil zona oscura en el corazón mismo de la disciplina de su predilección, la economía. Sin embargo, Piketty también es uno de esos intelectuales forzados por la vida a escoger su propio camino, hasta el punto de que su ya célebre *El capital en el siglo XXI* no sería lo que es sin esa fortaleza de criterio, quizá la virtud más sobresaliente de este libro que está marcando la época, no sólo en materia de economía, sino del resto de las ciencias sociales.

Echemos un vistazo al estado de cosas hacia 2007. La economía era un reino muy exclusivo, una suerte de falansterio presidido por un consejo de sabios sobre todo estadounidenses, dotados muchos de ellos del premio Nobel. Predominaba en el lugar la teoría neoclásica con sus variantes. En macroeconomía se hacían análisis comparativos detallados entre países y situaciones diversas y se discutía una multitud de temas de política pública, pero la que mandaba era la microeconomía y los modelos matemáticos derivados de ella. Los *leitmotivs* eran la competencia perfecta, la mano invisible, la teoría de juegos y la tendencia natural al equilibrio entre la participación del capital y el trabajo en la distribución de la riqueza. Aunque debatían y a veces tenían fuertes discrepancias, en una cosa sí parecían estar de acuerdo: que era preferible sustraer a la economía de las garras del tiempo para poder sacar conclusiones estables de aplicación general sobre su funcionamiento, conclusiones que no se vieran afectadas por la perspectiva histórica, considerada la gran limitación de los precursores de la época de la economía política, en particular, de Marx. Un corolario destacable era la poca importancia que atribuían a los cambios poblacionales, los cuales dejaban más que todo en manos de demógrafos y actuarios, pues consideraban que la población es una variable subsidiaria que, a lo sumo, afectará los costos de operar la economía en el futuro.

Por fuera del falansterio había, por supuesto, miles de heterodoxos, los cuales tenían la mala costumbre de saltarse el aspecto econométrico de los problemas, es decir, que no aplicaban a sus propuestas unas matemáticas rigurosas. De ahí que para los habitantes del falansterio fuera fácil descartar la mayoría de lo que se salía de su recetario. Conminados a explicar por qué algo no se debía hacer —por ejemplo, aplicar impuestos al patrimonio— decían que porque no era lo “técnico” y, si uno preguntaba más, le daban explicaciones técnicas. El propio Piketty lo describe en forma lapidaria: “la disciplina económica aún no ha salido de su pasión infantil por las matemáticas y las especulaciones puramente teóricas, y a menudo muy ideológicas, en detrimento de la investigación histórica y del cotejo con las demás ciencias sociales”.

Todo era felicidad, si no fraternidad, en el falansterio, hasta que un primer evento puso en crisis su arrogante seguridad: la llamada Gran Recesión que se desató en diciembre de 2007. Aunque con medidas, por lo demás heterodoxas, derivadas de las teorías de Keynes se pudo evitar la catástrofe, el daño que aun así se produjo fue colosal. Lo peor era que una crisis en esa escala y de esas características no estaba prevista en los anales del falansterio, hasta el punto de que ninguno de los grandes gurús que lo habitaban, con premio Nobel y todo, la vio venir. Mientras ellos pensaban que la economía podía existir por fuera del tiempo, vino el tiempo con su vendaval y volteó todo patas arriba, minando la confianza en el corazón mismo de la profesión.

Ya estaban reparando el daño de la Gran Recesión, cuando llegó la traducción del libro de Piketty a perturbar la calma y a poner en desorden los viejos paradigmas. Los gurús neoclásicos no pueden descartar de tajo los análisis del francés con la disculpa de que no son técnicos, pues de tiempo atrás Piketty ha demostrado ser un técnico extremadamente competente. Thomas incluso fue un joven profesor en MIT pese a que luego se devolvió a Francia desilusionado con lo que había encontrado allí. Y así, con cuentas muy claras, exhaustivas y hasta sencillas, este libro terminó por poner en suspensión gran parte del corpus ortodoxo. No quiere esto decir que la técnica o las explicaciones técnicas sean irrelevantes, sino que hay que revisar la base sobre la cual su relevancia se construye.

Aparte de contar con casi 700 páginas en la edición inglesa, *El capital en el siglo XXI* es un libro ambicioso: su cometido es reubicar a la economía como una ciencia social e histórica, no exacta y afectada por las decisiones políticas; es decir, revivir la descartada noción de “economía política”. La idea central del economista francés fue muy clara: investigar con la perspectiva de tiempo más amplia que fuera posible la evolución de la riqueza, la renta y la desigualdad en el mundo para ver si se pueden sacar conclusiones pertinentes, se ajusten o no a los modelos preconcebidos.

Dicho y hecho, Piketty alargó los plazos, revisó a fondo la información de veinte países sobre pago de impuestos, entre muchas otras variables, y al analizar los resultados, muchas viejas certidumbres se vinieron abajo. Aunque es fácil decirlo ahora, este enfoque no se intentaba como un todo desde que Marx escribió *El capital* en el siglo XIX. Claro que había centenares, quizá miles, de libros pertinentes sobre la evolución de la riqueza y la desigualdad, pero se había perdido la visión panorámica, justamente por la obsesión con el *close-up*. Con ser obvio, hay que afirmarlo: nunca ha existido una economía que no se halle inscrita en el tiempo, de suerte que al sacarla de allí para sistematizarla, los teóricos muchas veces la deformaban, vaya a saberse si con intenciones ideológicas o no.

No voy aquí a hacer un catálogo de las conclusiones sorprendentes que la perspectiva histórica le permite sacar a Piketty, las cuales argumenta con una apabullante cantidad de detalles, incluidos en unos extensos apéndices disponibles en línea. Basta con citar la principal de todas: que la disminución de la desigualdad que se vio en el siglo XX en los países hoy desarrollados fue excepcional y se debió a la irreplicable combinación de unas tasas de crecimiento económico y de población muy altas, combinadas con una inmensa destrucción de riqueza, causada por las dos guerras mundiales y por la gran depresión de 1929, pero que es muy poco probable que estos factores se reproduzcan en el futuro. De hecho, se esperan tasas de crecimiento de la economía y de la población bajas en los países desarrollados. Por ende, si el capital mantiene, como es muy probable, una rentabilidad del 4-5% y el crecimiento económico y de población promedio no llegan al 2%, habrá una inmensa acumulación de riqueza cada vez en menos manos. Este regreso paulatino al capitalismo patrimonial ya lleva treinta años. La riqueza se está privatizando aceleradamente en los países ricos, al tiempo que el Estado es hoy y ha sido por bastante tiempo, pobre, al punto de que hoy varios deben más de lo que tienen. La tendencia actual favorece al famoso 1% más rico de la población que figura en los debates de la política americana, y aún más al 0.1%. Una forma de sintetizar lo que Piketty ve venir es, en sus palabras, que “el pasado devora al porvenir”.

Así pues, *El capital en el siglo XXI* abrió la caja de Pandora que durante años el *establishment* gringo había mantenido celosamente cerrada. Supimos, por ejemplo, que la tendencia hacia el equilibrio en la distribución de la riqueza nunca existió; fue mero *wishful thinking*. ¿Se trató de una construcción intelectual interesada? El libro no aborda este espinoso asunto. De más está decir que Piketty, al debilitar la ortodoxia, también levanta la veda a las soluciones heterodoxas en materia de política pública, muy en particular en materia fiscal. Su énfasis: hay que gravar la riqueza, además de los ingresos y las ganancias, una opción considerada antitécnica hasta la aparición del libro. Piketty no es enemigo de la globalización ni de la libertad de comercio, pero sí dice que se verían fuertemente afectadas y que podrían colapsar si no corren parejas con un sistema impositivo progresivo diseñado para reducir el daño que afecta a los más débiles. Él entiende que lo que está proponiendo no es fácil y presenta así su principal idea: “Un impuesto global al capital es una idea utópica”.

La creencia neoliberal en un Estado mínimo no tiene ningún sentido para Piketty, aunque el prejuicio inverso tampoco resulta cierto. Según los datos del libro, el Estado en los países desarrollados a lo largo del XX no disminuyó, sino que creció, muchas veces al con base en endeudamiento; apenas se dio una estabilización del tamaño relativo a partir de 1980. Dicho esto, tiene que ser función del Estado atender por vía fiscal y del consecuente gasto público la desigualdad que en general avanza rauda en las sociedades sin grandes catástrofes y con bajo crecimiento per cápita.

Piketty propone estas políticas tributarias porque, sin que profundice mucho en ello, le parece que

la alta desigualdad es muy indigesta para la democracia. ¿Cuál es en últimas el problema con acumular billonarios (en dólares) por miles? Que no saben comer callados y, sobre todo, que no se contentan con lo que tienen y siempre quieren más. Estados Unidos es en esto el gran campo experimental y muestra que los más ricos han ido logrando en forma paulatina que la estructura tributaria los favorezca, a expensas de los más pobres. Al mismo tiempo, las clases medias prósperas, que fueron el gran invento sociológico del siglo XX con el que fue posible combatir el ideal comunista, han venido sufriendo: sus hijos ya no pueden ingresar a las grandes universidades y en general no tienen las mismas posibilidades de movilidad social que tuvieron antes.

Un aparte muy interesante del libro es el análisis del rendimiento de los *endowments* (¿dotaciones financieras?) de las grandes universidades estadounidenses, que supera con mucho el 4-5% que le sirve de referencia a Piketty para formular las perspectivas de su ya célebre ecuación “ $r > g$ ”, puesto que llega a un promedio impresionante del 8.2% sostenido por décadas después de todos los costos. Los de Harvard, Yale y Princeton son todavía más rentables y han promediado más del 10% sostenido. En contraste, los fondos de reserva petrolera de los Estados, para no hablar de las reservas internacionales, tienen rentabilidades en extremo bajas. ¿Por qué? ¿Estamos ante otra de esas explicaciones técnicas que hay que mandar a recoger?

El capital se concentra: eso está en su naturaleza; el trabajo se concentra menos: ha habido movimientos sindicales exitosos, numerosas asociaciones profesionales, aunque nada a gran escala. Claro, hubo un intento mucho más radical de concentrar el trabajo en gran escala, el comunismo, que no funcionó y fue archivado. La única manera de evitar que la concentración del capital haga un gran daño es política y tendrá que ser decidida democráticamente.

Queda dicho que el libro de Piketty es utópico y ambicioso al mismo tiempo. Su larga perspectiva no es sólo hacia el pasado, sino hacia el futuro. Él sabe muy bien que cualquier viraje de gran magnitud que se quiera dar al inmenso trasatlántico de la economía mundial tomará décadas. Claro, todo ha de comenzar por el diagnóstico correcto, sin el cual es imposible formular un tratamiento adecuado.

El libro de Piketty llega en un momento álgido. De un lado, el Tea Party, entre otros movimientos de extrema derecha, ha tenido un intenso protagonismo basado en su odio visceral a los impuestos; de otro, la crisis de 2007 y los pingües beneficios obtenidos luego por los banqueros que la causaron han desatado una reacción visceral de sentido contrario.

Pese a que el libro tiene setecientas páginas, el territorio cubierto es muy extenso y por ende hay temas que piden profundización. No encontré, por ejemplo, una explicación cabal del fenómeno de las monedas de reserva, en particular del dólar, que permiten a un país recibir créditos gratis del mundo al emitir unos billetes cuyo valor los demás aceptan de entrada. Tampoco vi una explicación concluyente de una idea que el libro sí formula, según la cual el crecimiento es más rápido en los periodos de superación del atraso, como el que ahora viven China y, en medida más moderada, los países de América Latina.

Por último, el libro de Piketty es una lectura obligada para la izquierda contemporánea, porque en sus páginas están en forma seminal o genérica las ideas y las explicaciones de los factores que podrían servir para atacar la desigualdad sin tener que acabar con la economía de mercado. La solución fiscal hace a un lado los viejos reproches morales vinculados a la riqueza. Los ricos no son malos *per se*; mientras el billonario pague lo justo —y lo que se debate es cuánto es lo justo—, puede hacer lo que quiera. Para la izquierda Piketty es una salida al eterno neomarxismo, esa suerte de refrito mohoso que no llevaba a ninguna parte. El francés ofrece un cambio de baraja. ¿Qué pasará cuando ciertos dogmáticos ilustrados lean este libro heterodoxo? No sé, pero quiero saberlo. ◀

Andrés Hoyos es uno de los fundadores de la prestigiada revista colombiana *El Malpensante*.

Economista de casa —es uno de los miembros del comité de El Trimestre Económico, además de revisor técnico de la edición que sacaremos de las prensas este otoño—, Gerardo Esquivel ha conocido en sus entrañas la obra de Piketty y ello, aunado a su profundo conocimiento de la realidad mexicana, lo vuelve una de las voces más autorizadas para decirnos qué podemos esperar del libro en nuestro contexto



ARTÍCULO

Piketty y el debate público en México

GERARDO ESQUIVEL

El Fondo de Cultura Económica publicará a fines de este año la versión en español del que sin duda será uno de los libros más importantes de los últimos tiempos: *El capital en el siglo XXI*, del economista francés Thomas Piketty. De esta obra, a la que algunos ya han descrito como “el libro de la década” o como la sucesora de otros libros tan importantes como *El capital* de Karl Marx o *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes, se han escrito ya innumerables reseñas y comentarios en diversos medios impresos y electrónicos. ¿Qué más se puede decir de este libro, sobre el que ya han escrito tantos reconocidos economistas y analistas en las últimas semanas?

En lugar de intentar ofrecer una síntesis o una reseña más de lo que dice el texto de Piketty, en este apunte comentaré brevemente las posibles implicaciones que podría tener la aparición de este

libro en el debate público en México. Me concentraré en cuatro posibles dimensiones (sin considerar que sean las únicas y ni siquiera las más importantes): primero, en la reincorporación a la discusión pública de un tema sumamente importante para el país y que por alguna razón se había ido soslayando en el debate nacional: la desigualdad; con respecto a este tema deberá discutirse sobre sus causas, su magnitud, sus implicaciones para el crecimiento (como causa y no sólo como efecto) y, en particular, sobre sus posibles soluciones; esto último es precisamente el segundo punto importante que debería introducirse en la discusión pública en México gracias al libro de Piketty: ¿cuáles son específicamente las medidas de política pública que podrían contribuir a reducir la desigualdad en México? En particular, la discusión puede y debe darse en torno a las medidas de política fiscal que el propio Piketty plantea como posibles soluciones al tema de la creciente desigualdad: impuestos a las herencias, impuestos más progresivos e impuestos a la riqueza; una tercera dimensión tiene que ver

con temas de transparencia e información, en particular, en torno al hecho de que México es uno de los pocos países que no han hecho pública la información de los ingresos e impuestos que pagan los contribuyentes nacionales; considero posible que este tema adquiera importancia en el futuro cercano y que haya una creciente demanda y exigencia de mayor transparencia en esta dimensión, no sólo por razones de equidad (sería deseable saber cuál es la tasa efectiva de impuestos que pagan los más ricos), sino también para mejorar el diseño de las políticas públicas (identificar las áreas de oportunidad para recaudar más, lo mismo que las fuentes de evasión fiscal más significativas); finalmente, me referiré a un tema que para muchos podría ser menor, pero que para mí en lo personal es muy significativo y que podría tener algunas implicaciones importantes en el mediano o largo plazo: ¿cómo debe ser la formación de los economistas?, ¿qué deben saber o estudiar los economistas mexicanos? Veamos cada una de estas posibles dimensiones con mayor detalle.

LA DESIGUALDAD

México ha sido históricamente un país con enormes desigualdades económicas y sociales. De hecho, ya a principios del siglo XIX el barón Alexander von Humboldt escribía en su famoso *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*: “México es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población...”

Tan ha estado presente el tema de la desigualdad en la historia de México que, a principios del siglo XIX, el líder insurgente José María Morelos y Pavón ya mencionaba en su escrito *Sentimientos de la nación* la necesidad de establecer leyes que “moderen la opulencia y la indigencia” en el país. ¿Qué quiere decir esto sino la idea básica de contribuir a reducir la enorme desigualdad que caracterizaba al México de entonces?

A pesar de que el problema de la desigualdad estaba y ha seguido estando presente en México —al grado de que el nuestro es, junto con Chile, uno de los dos países pertenecientes a la OCDE con mayor brecha entre pobres y ricos—, el tema poco a poco fue perdiendo peso en la discusión central en el país. En el mejor de los casos, el debate sobre la desigualdad fue sustituido por el de la pobreza y por las formas para mitigar este flagelo. Esto, sin embargo, es una discusión distinta al tema de la desigualdad, pues al sólo discutir la pobreza se olvida la otra parte de la distribución del ingreso, cuyas ganancias extraordinarias en parte podrían contribuir a explicar la situación en la parte baja de ésta.

Por ello, y por el enorme énfasis que pone Piketty en los problemas de la desigualdad y la distribución del ingreso, es posible que en el futuro cercano se empiece a discutir y a analizar con mayor profundidad el tema en México. ¿Cuál es su magnitud? ¿Cuál ha sido su evolución? ¿Por qué tenemos una desigualdad tan elevada? ¿Cuál es el papel de ésta en la explicación del bajo crecimiento de la economía mexicana? ¿Cómo afecta la desigualdad existente las decisiones de acumulación de capital físico y humano? ¿Cómo afecta la capacidad de compra de los mexicanos y cuál es su papel en la explicación de que tengamos un mercado interno tan débil? ¿Cómo afecta la desigualdad de resultados a la de oportunidades? ¿Qué políticas públicas específicas podrían ayudar a reducir al problema en el país? Estas y otras preguntas asociadas deberán estar presentes con mucha mayor frecuencia en el debate nacional como resultado directo de la aparición de un libro como *El capital en el siglo XXI*.

POLÍTICAS PARA COMBATIR LA DESIGUALDAD

Por lo antes dicho, uno de los temas que deberán abordarse con mayor rigor y seriedad en México, a raíz de la próxima publicación de la obra en español, es el de las políticas públicas que podrían seguirse para combatir y reducir la desigualdad en el país. El trabajo de Piketty presenta evidencia muy convincente de que las herencias, por ejemplo, son una fuente que tiende a perpetuar (y, bajo ciertas circunstancias, a incrementar) los niveles de desigualdad de la riqueza y, hasta cierto punto, del ingreso. En ese sentido, Piketty discute, entre otras medidas, la importancia de gravar de manera significativa las herencias. Lo anterior es particularmente relevante en países que, como México, se han mostrado reacios a avanzar en esta dirección y en donde la interpretación tradicional de este tipo de impuestos es que se trataría de una política injusta porque estaría gravando doblemente a un mismo ingreso (esto es porque, en principio, una persona ya habría pagado impuestos al momento de obtener los ingresos que después ahorró y que posteriormente optó por heredar a sus descendientes). Lo anterior, sin embargo, sería cierto únicamente en el caso en el que, en efecto, el ingreso original hubiese pagado impuestos al momento de ser recibido. Sin embargo, esto no es necesariamente cierto, pues es posible que una parte significativa de estas herencias haya sido a su vez el resultado de una herencia previa o que la fuente de ingreso original no estuviera gravada. Ése sería el caso, por ejemplo, de los ingresos por dividendos, las ganancias de capital de las acciones, la plusvalía de la propiedad inmobiliaria, etc. Por todo ello, esperaríamos (y me gustaría) que hubiese una discusión seria en el país sobre la posibilidad de adoptar un impuesto de esta naturaleza y de las modalidades que podrían implementarse en México.

Otro tipo de medidas que podrían considerarse como un mecanismo para reducir la desigualdad sería, por ejemplo, la instauración de una política tributaria mucho más progresiva que la que actualmente tenemos en México. Esto implicaría aumentar la tasa impositiva para los hogares de mayores ingresos y, quizá, aumentar en uno o dos tramos más el número de escalones de ingreso con tasas impositivas diferenciadas (es decir, que la gente que gana, por ejemplo, de 1 a 5 millones de pesos al año pague una tasa aún más alta que el resto de la población; que los que ganen de 5 a 10 millones paguen una tasa aún mayor que ésta, y así sucesivamente). De hecho, en los últimos años México se ha movido exactamente en la dirección opuesta, es decir, ha reducido el número de tramos de ingresos que se gravan y ha reducido la tasa impositiva más alta que se carga en el impuesto sobre la renta (con la excepción de la reforma fiscal reciente, en la que se dieron algunos pasos incipientes en la dirección inversa). Esta política coincide con una tendencia muy generalizada en el mundo que busca reducir la carga fiscal de los contribuyentes, que intenta simplificar la estructura impositiva y que trata de ser menos distorsionante en las decisiones de los agentes económicos (bajo la lógica, evidentemente, de que un mayor impuesto sobre la renta podría desincentivar a los individuos a trabajar más y ganar más, pues una parte cada vez mayor de estas ganancias adicionales se iría en forma de impuestos al gobierno). Por ello, el libro de Piketty debería llevarnos a replantear si este tipo de decisiones han sido las correctas o si es necesario empezar a revertirlas, es decir, si en lugar de empezar a movernos en la dirección de un impuesto parejo para todos (una especie de *flat tax*) más bien deberíamos empezar a construir (o reconstruir en algún sentido) una estructura impositiva mucho más progresiva, en la que los que ganan más paguen una parte más que proporcional de sus ingresos.

LA INFORMACIÓN FISCAL (INGRESOS DE LOS RICOS)

Un aspecto fundamental en la investigación y los resultados de Piketty es el hecho de que él pudo disponer de datos fiscales y/o construir con base en ellos que, por ser más precisos y representativos que las encuestas de ingresos y gastos de los hogares, le permitieron estimar con un mayor grado de certidumbre el nivel de ingresos de las personas más ricas de distintos países y en diversos puntos en el tiempo. En el caso de México, sin embargo, esta información no ha sido pública y el gobierno ha decidido reservarla bajo el argumento de preservar la confidencialidad de los contribuyentes. De hecho, México es posiblemente uno de los muy pocos países grandes y significativos en la economía mundial en los que esa información no está disponible.

Ya en el pasado algunos investigadores han solicitado al gobierno que les permita acceder a la información relevante que se requiere para poder estimar con certidumbre la verdadera distribución del ingreso en México. Conozco de primera mano casos de académicos mexicanos que han pedido en reiteradas ocasiones a las autoridades fiscales nacionales el acceso a la información tributaria desagregada a nivel de contribuyente, sin que allí se incluyan los nombres de las personas involucradas para respetar al máximo los principios de confidencialidad. A pesar de ello, el gobierno mexicano ha sido hasta ahora reacio a revelar esta información. Esta situación, en parte, ha sido posible porque las personas involucradas o que conocemos de esta situación atípica, somos un grupo muy pequeño de especialistas interesados en estos temas. Sin embargo, conforme un mayor segmento de la población se entere de esta anomalía, es muy posible que la presión social sobre el gobierno mexicano crezca de manera significativa y que, eventualmente, lo orille a revelar la información equivalente a la que ya se conoce y difunde en muchas otras economías.

Esto sería sin duda un avance muy significativo, no sólo en términos de transparencia de información que, en principio, debería ser pública, sino que también nos podría revelar datos muy importantes en múltiples dimensiones: por ejemplo, sobre la verdadera magnitud de la concentración del ingreso en México (que hasta ahora depende de las estimaciones basadas en la Encuesta de Ingresos y Gastos de los Hogares, la cual tiende a subrepresentar a los hogares de mayores ingresos), sobre la tasa impositiva efectiva que pagan las personas de mayores ingresos

en el país (que muy probablemente es inferior a la tasa promedio debido a las múltiples exenciones de las que suelen beneficiarse), sobre sus fuentes de ingreso, sobre la posibilidad de identificar áreas de oportunidad para aumentar la recaudación en el país, etcétera.

LA FORMACIÓN DE LOS ECONOMISTAS

Otra dimensión en la que seguramente influirá la aparición de *El capital en el siglo XXI* será la discusión sobre la formación y orientación de los estudiantes especializados en el área de economía. Cabe señalar que Piketty es sumamente crítico hacia la formación e intereses de investigación de los economistas actuales, a los cuales no tiene ningún problema en criticar de manera abierta. Por ejemplo, en la introducción del libro dice lo siguiente:

la disciplina económica aún no ha salido de su pasión infantil por las matemáticas y las especulaciones puramente teóricas, y a menudo muy ideológicas, en detrimento de la investigación histórica y del cotejo con las demás ciencias sociales. Con mucha frecuencia, los economistas se preocupan ante todo por pequeños problemas matemáticos que sólo les interesan a ellos, lo que les permite darse, sin mucha dificultad, apariencias de cientificidad y evitar tener que contestar las preguntas mucho más complicadas que les hace la gente que los rodea.

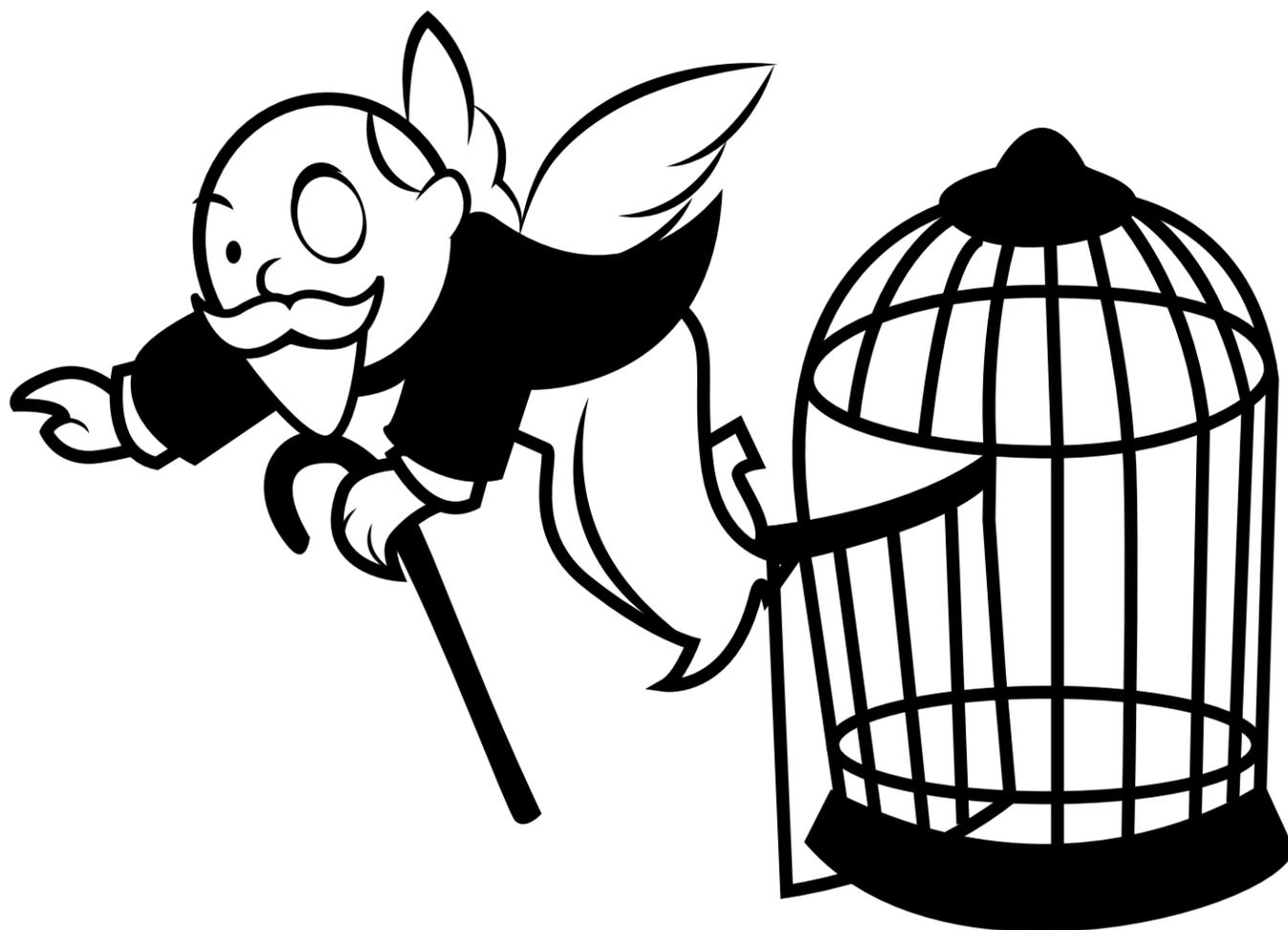
Esta dura crítica nos debería llevar a reflexionar, como economistas y como formadores de las nuevas generaciones, si lo que les estamos enseñando a los jóvenes es lo que se necesita y si les estamos dando o no las herramientas que se requieren para que, en efecto, los economistas del futuro puedan plantearse y responderse preguntas relevantes. Aquí la crítica me parece que apunta en dos direcciones diferentes: por un lado, al uso y dependencia excesiva de las matemáticas, lo cual puede ser parcialmente cierto, sobre todo en lo que se refiere a la formación de economistas en los posgrados de esta disciplina, en los que muchas veces predomina el énfasis en la enseñanza de teoría y cuestiones técnicas y en la que con frecuencia se carece de una perspectiva un poco más amplia de los temas estudiados; por otro lado, el libro de Piketty apunta en una dirección distinta: a la soberbia de los economistas, a la falta de investigación histórica y a su falta de relación con otras ciencias sociales.

Esta crítica, que también considero muy válida y muy pertinente, nos debe llevar a reconsiderar la formación de los economistas en todos los niveles. Hoy en día existen programas de licenciatura en economía en México en los que los temas de historia económica y de pensamiento económico están prácticamente ausentes, y en los que la vinculación con otras ciencias sociales se ve como algo innecesario o de relativamente menor importancia. El trabajo de Piketty es precisamente una reivindicación de una formación más integral, con mucho mayor énfasis en la historia económica y en las lecciones que podemos derivar de ella, de la forma de incorporar estas experiencias para realizar un análisis de mucho más largo plazo y de mayor profundidad. Por todo ello, creo que la obra de Piketty debería llevarnos a reconsiderar la formación que estamos ofreciendo a nuestros estudiantes de economía, en la que quizá deba revalorarse la enseñanza de los clásicos y de la historia económica, pero también de otras ciencias sociales que podrían ayudarle a los futuros economistas a tener una perspectiva más amplia de la que hoy tienen.

En cualquier caso, ya sea en éstas o en otras dimensiones, sin duda la próxima publicación del libro de Thomas Piketty en español, por parte del Fondo de Cultura Económica, será muy estimulante y enriquecedora para el debate público en México. Por ello, no podemos sino congratularnos y congratular a esta institución por la muy oportuna edición de tan importante libro. Por supuesto, invitamos a los potenciales lectores a estar muy atentos de la aparición de esta obra y de los debates que sin duda generará en el país. ◀

Gerardo Esquivel, uno de los más reputados economistas mexicanos, es profesor-investigador del Centro de Estudios Económicos de El Colegio de México.

Pese a ser uno de los países latinoamericanos con mejor desempeño económico en los últimos años, Chile se cuenta todavía entre los países miembros de la OCDE con mayor índice de desigualdad. Nos pareció oportuno, por tanto, invitar a quien fuera representante de su país ante esa institución a compartirnos su lectura de las propuestas pikettianas a la luz de las peculiaridades de la economía más pujante del Cono Sur



ARTÍCULO

Piketty y su contribución a la justicia tributaria

ALEXIS GUARDIA B.

Hace mucho tiempo que no se veía que un libro de investigación económica provocara un revuelo y un debate tan grandes como los que estamos presenciando con *El capital en el siglo XXI* del economista francés Thomas Piketty. El tema central de su estudio es el análisis de la dinámica de la distribución del ingreso y la riqueza en conjunto con la evolución del crecimiento, especialmente en economías desarrolladas, a lo largo de un periodo de más de 200 años. Para ello Piketty, junto con otros investigadores, ha logrado reunir una enorme base empírica sobre el tema distributivo, que llega hasta nuestros días; esta tarea se considera la etapa previa a su interpretación para el siglo que vivimos. El economista Xavier Sala-i-Martin, profesor en Harvard, crítico de las conclusiones de Piketty, acotaba recientemente que este autor “debe ser felicitado por hacer accesibles todos esos datos; en total, hay 75 bases de datos (repito, 75 bases de datos) al alcance de la comunidad universitaria de todo el mundo”.

Una de las conclusiones que Piketty expone en su libro, a partir de la base empírica señalada, es que hace más de dos décadas que la desigualdad de ingresos viene creciendo rápidamente en los Estados Unidos y el Reino Unido, al igual que en otros países desarrollados en los que, sin embargo, tal concentración es más lenta. A ello añade el agravante de que también se registra una mayor concentración de cierto tipo de riqueza: la que se va heredando. El autor estima que 60 por ciento de los millonarios heredó su fortuna.

Naturalmente una afirmación de este tipo constituye en el terreno de las ideas económicas una crítica no menor a las concepciones hayekeanas, que señalan que el ingreso o el patrimonio que se reparte en una economía de mercado corresponde al esfuerzo individual o al mérito. Pero, ¿qué sucede si aquellos que poseen grandes patrimonios los deben no a sus méritos o el esfuerzo individual sino a la propia acumulación de patrimonio y a su transmisión por la herencia? Por otra parte, según Piketty “los que ganan supersalarios buscan justificarse con base en el mérito. Pero cuando comparamos las empresas que pagan 10 millones de dólares a sus ejecutivos en lugar de un millón e intentamos ver el desempeño de

esas empresas no hay nada excepcional. Por encima de cierto nivel de salarios se trata simplemente de captación de renta, el mérito poco tiene que ver”.

Es cierto que la tendencia distributiva según Piketty no siempre ha sido como la que estamos viviendo actualmente. Sus propios datos señalan que varios países, entre ellos Francia, registraron un ciclo redistributivo después de la segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, al inicio de la primera Guerra Mundial en Francia el 10 por ciento de los más afortunados detentaba 90 por ciento del total del patrimonio del país; después de la segunda Guerra Mundial, durante el periodo de reconstrucción, hubo un crecimiento económico rápido y ello, aunado a la incorporación de un impuesto progresivo sobre los ingresos y la sucesión de patrimonios por herencia, cambió tal concentración a una cifra de 60 por ciento, en parte debido también a la emergencia de una clase media patrimonial y el desarrollo de un “Estado de bienestar”.

Ahora bien, la principal hipótesis interpretativa que Piketty deduce a partir de la importante base empírica que logra construir, es una relación particular entre la tasa de retorno del capital, r , y la tasa de crecimiento de la economía, g . Es decir el creci-

miento de la desigualdad de ingresos y riqueza (patrimonio) sería inherente al desarrollo capitalista porque $r > g$. A propósito de ello, Piketty afirmaba en *The New York Times*: “Si uno analiza el periodo desde 1700 hasta 2012 (para 30 países), se ve que la producción anual creció a un promedio de 1.6 por ciento. En cambio el rendimiento del capital ha sido de entre 4 y 5 por ciento”. Sabemos empíricamente, por otra parte, que las economías que se ubican en la frontera tecnológica (economías capitalistas maduras) tienen tasas de crecimiento más débiles.

Cualquier economista puede hacer un ejercicio macroeconómico simple con estos guarismos y concluirá que el *stock* de capital (la riqueza hereditaria) crece más rápidamente que el PIB y los salarios, y que estos últimos crecen menos que las utilidades. En nuestra opinión hay que considerar esta formulación una tendencia a largo plazo, pero no una ley general del capitalismo que invalide los ciclos como fenómenos que hacen salirse de dicha tendencia. Y que sin duda es la parte más relevante en el estudio del desarrollo capitalista. Durante muchos años los economistas discutieron la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, enunciada por Marx, la cual haría colapsar el capitalismo, pero al igual que los aviones, que por la fuerza de gravedad tienden a caerse pero no lo hacen comúnmente, pues existen fuerzas que contrarrestan tal propensión, en economía también actúan fuerzas contra las tendencias y es importante identificarlas. Piketty deja abierta esta posibilidad al señalar que las tendencias a la desigualdad pueden contrarrestarse en la medida en que se utilicen los impuestos como los instrumentos redistributivos que son, y que además el acceso a la educación y el conocimiento permiten acceder a mejores puestos de trabajo con mayores remuneraciones. Además, como lo señala el autor, cada país tiene una historia de combate a las desigualdades y de *shocks* políticos que terminan en distintos arreglos institucionales y por tanto no hay en este aspecto tan importante de la historia social determinismos economicistas de ninguna clase.

Las propuestas de Piketty en el ámbito estrictamente distributivo apuntan a establecer impuestos más elevados sobre las rentas personales más altas e impuestos progresivos sobre la riqueza o patrimonio, permitiendo así la participación a las capas medias. El impuesto patrimonial debería establecerse a escala global, es decir, mediante un acuerdo internacional de tributación. Todos estos impuestos (salvo el último) existen en los países desarrollados pero su importancia y sus tasas impositivas han ido disminuyendo en los últimos 25 años debido al proceso de desregulación de los mercados y a la política fiscal, en la que predomina una reducción de impuestos y se aprovecha el crecimiento económico para reducir el gasto público. Es la época en que el teorema de Laffer —demasiado impuesto mata el impuesto— fue transformado en un dogma. Los ejemplos clásicos son las políticas establecidas durante los gobiernos de Thatcher en Inglaterra y Reagan-Bush en los Estados Unidos. Naturalmente las propuestas de Piketty constituyen un giro sustantivo de dichas políticas.

Parece pertinente recordar brevemente la experiencia tributaria chilena. En efecto, desde la década pasada, mucho antes de conocer los trabajos de Piketty, se viene discutiendo entre los economistas de los gobiernos de la coalición de partidos que gobernó Chile entre 1990 y 2010 —la Concertación de Partidos por la Democracia— si los impuestos son o no instrumentos que pueden corregir la distribución de ingresos. La opinión más liberal aducía que ello no era necesario, pues son las políticas sociales focalizadas más el crecimiento económico las que podían corregir la distribución y a lo más se podía usar el impuesto al valor agregado para aumentar el financiamiento de tales políticas. La experiencia mostró que en ese periodo Chile creció, redujo la pobreza de manera significativa pero no cambió la mala distribución del ingreso. La OCDE se encargó de mostrar cómo el coeficiente de Gini de Chile —tanto antes de impuestos y transferencia como después de considerar ambas variables— experimentaba una variación mínima, al revés de lo que ocurría en el resto de los países miembros de esa institución.

Naturalmente hoy el escenario es distinto y se aprendió la lección. Actualmente está en curso en el Congreso chileno una reforma tributaria, sin duda la más profunda desde que se reestableció la democracia. Esta reforma tributaria se propone recaudar 3 por ciento del PIB para utilizar una parte importante

de esos recursos en una reforma educativa a fin de disminuir la desigualdad de oportunidades y aumentar la calidad de la enseñanza. Todo ello respetando el principio de que gastos permanentes adicionales deben estar financiados con ingresos tributarios permanentes. Pero lo que es más significativo, y en este sentido se puede decir que esta reforma tiene un lado pikettiano, es que la carga tributaria recaerá principalmente en el decil de ingresos superiores. El lema de esta reforma es “los que ganan más pagan más”, que no es otra cosa que reivindicar la equidad vertical que debe tener todo sistema tributario. En efecto, si antes de la reforma este decil contribuía con 10.2 por ciento de la recaudación impositiva, con la reforma lo haría con 23.8 por ciento.

Además esta reforma no sólo es un aumento de tasas impositivas, sino también un cambio en las modalidades de tributación, entre ellas la tributación de las empresas, que pasa de 20 a 25 por ciento y por otra parte se propone que las tasas se apliquen sobre sus utilidades devengadas y no sobre las utilidades retiradas como se hace hasta ahora. Estos cambios a las modalidades de tributación en el impuesto a la renta además van acompañados de impuestos para el cuidado del medio ambiente, revisión de franquicias o exenciones tributarias y medidas para reducir la evasión y la elusión.

Sin duda Piketty ha hecho una gran contribución al acercarse a los temas de la desigualdad de ingreso y riqueza, en principio mediante la observación de los hechos en las economías desarrolladas, a las cuales, sin embargo, aspiran a alcanzar las economías emergentes. El análisis minucioso de los mecanismos socioeconómicos que producen la desigualdad permite a este autor resituar el tema redistributivo dentro del ámbito de los impuestos y la eficiencia en su uso. Rompe así con la visión ideológica que predominó durante muchos años, según la cual sólo las fuerzas libres del mercado y la iniciativa individual podían generar en el largo plazo crecimiento con equidad. Los impuestos recuperan sus “cartas de nobleza” como instrumentos redistributivos sin poner en peligro los incentivos necesarios para crear riqueza en una economía capitalista. Es el regreso de la antigua visión socialdemócrata, arrinconada hasta hace poco por el neoliberalismo. Las imperfecciones del mercado y la mitología respecto al mérito y el riesgo especulativo quedan así desprovistas no sólo de toda justificación moral, sino también de toda fuerza argumentativa en el sentido de que las barreras que se erigen contra la desigualdad pueden terminar amenazando la cohesión social y el buen funcionamiento del sistema como tal. La realidad es exactamente la contraria. La desigualdad y los mecanismos que permiten su aumento progresivo constituyen el mayor riesgo contemporáneo de la cohesión social y de la estabilidad política a escala global. La obra de Piketty permite fundamentar esta conclusión. ◀



Alexis Guardia B., doctor en economía por la Universidad de París, ha sido director del Instituto Nacional de Estadística de Chile y representante de su país ante la OCDE.

▶ VIENE DE LA PÁGINA 13

Además, las políticas públicas no hacían casi nada para oponerse a la dominación económica de los rentistas y, en particular, los impuestos sobre el patrimonio eran ridículamente bajos.

¿Por qué los ciudadanos universalmente emancipados de Francia no votaban por políticos que enfrentaran a la clase rentista? Pues bien, tanto entonces como ahora las grandes riquezas compraban grandes influencias, no sólo sobre las políticas, sino también sobre el discurso público. Upton Sinclair pronunció la célebre frase: “es difícil conseguir que un hombre entienda algo cuando su salario depende de que no lo entienda”. Piketty, al mirar la historia de su propia nación, hace una afirmación similar: “La experiencia de Francia en la *Belle Époque* demuestra, por si hubiera dudas, que no hay hipocresía demasiado grande cuando las élites económicas y financieras tienen la obligación de defender sus intereses”.

Hoy en día podemos ver el mismo fenómeno. Y, de hecho, un aspecto curioso de la escena estadounidense es que en todo caso las políticas de desigualdad parecen llevarle la delantera a la realidad. Como ya lo hemos visto, en este punto la élite económica de los Estados Unidos debe su estado principalmente a los salarios y no a las rentas del capital. Sin embargo, la retórica económica conservadora ya destaca y celebra el capital en lugar del trabajo; celebra a los “creadores de empleo” y no a los trabajadores.

En 2012 Eric Cantor, entonces el líder de la mayoría republicana en la Cámara de Representantes, eligió conmemorar el Día del Trabajo —el Día del Trabajo!— con un tuit en honor a los propietarios de los negocios: “Hoy celebramos a los que han asumido un riesgo, trabajado duro, construido un negocio y se han ganado su propio éxito”. Tal vez doblegado por la reacción, según los informes, sintió la necesidad de recordar a sus colegas, al retractarse posteriormente a nombre del Partido Republicano, que la mayoría de las personas no son dueñas de sus propios negocios; no obstante, esto en sí mismo demuestra cuán plenamente ese partido se identifica con el capital, incluso hasta llegar a la virtual exclusión de la fuerza laboral.

La orientación hacia el capital tampoco es sólo retórica. Las cargas fiscales sobre los estadounidenses de altos ingresos han pesado en todos los ámbitos desde la década de 1970, pero las reducciones más grandes han recaído en las rentas del capital —incluida una fuerte caída de los impuestos a las empresas, lo cual beneficia indirectamente a los accionistas— y la herencia. En ocasiones parece como si una parte sustancial de la clase política estadounidense estuviera trabajando activamente para restaurar el capitalismo patrimonial del que habla Piketty. Y si ponemos atención en las fuentes de las donaciones a los partidos políticos —muchas provienen de familias adineradas—, esta posibilidad es mucho menos extravagante de lo que parece.

Piketty termina *El capital en el siglo XXI* con un llamado a las armas; un llamado, en particular, a gravar la riqueza —mundial de ser posible— para frenar el creciente poder de la riqueza heredada. Es fácil mostrarse escéptico ante la posibilidad de que algo así suceda, pero sin duda el diagnóstico magistral de Piketty de dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos hace tal cosa bastante más probable y convierte *El capital en el siglo XXI* en un libro muy importante en todos los frentes. Piketty ha transformado nuestro discurso económico: nunca más hablaremos de la riqueza y la desigualdad de la misma forma en que solíamos hacerlo. ◀

Paul Krugman, profesor de la Universidad de Princeton, fue galardonado en 2008 con el premio Nobel de economía; es columnista de *The New York Times*.

Traducción de Dennis Peña.

Reproducido con autorización de *The New York Review of Books*; publicado originalmente el 10 de abril de 2014.

El avispero agitado por Piketty se ubica sobre todo en los países desarrollados, donde el tema de la desigualdad del ingreso y la riqueza se discutía menos que en los países de América Latina, donde esa dolencia social ha estado en el centro del debate desde hace más tiempo. Sin embargo, el método y las propuestas del economista francés pueden nutrir las discusiones regionales sobre tan hiriente problema



ARTÍCULO

La excepción latinoamericana

JOSÉ NATANSON

En momentos en que los estudios de economía parecían hegemonizados por las investigaciones al estilo *Freakonomics*, el *bestseller* de Steven Levitt y Stephen J. Dubner que se vale de los rudimentos de la ciencia económica para analizar las peleas de Sumo o la relación entre los nombres de las personas y su estatus socioeconómico, Thomas Piketty ha escrito un libro-mundo, *El capital en el siglo XXI*, que produjo un sacudón en el debate intelectual como no se veía desde hace años. En una mi-

rada que abarca dos siglos y, si se consideran también sus trabajos previos, cuatro continentes, respaldada en una fabulosa base de datos construida por una red internacional de investigadores, Piketty llega a una conclusión muy concreta: en el largo plazo, la tasa de retorno del capital supera a la tasa de crecimiento del ingreso, por lo que la participación del capital en el producto total tiende a incrementarse. En otras palabras, el capitalismo concentra la riqueza en cada vez menos manos.

Y no se trata sólo del ingreso sino, sobre todo, de la riqueza (no sólo el flujo sino el *stock*), lo que genera un “capitalismo patrimonial” que en el breve —para la historia— lapso de unas décadas recuperará los ni-

veles del siglo XIX, una especie de neovictorianismo dominado por la riqueza no autogenerada de una élite cuyo poder se irá incrementando. Un mundo de herederos consentidos y dispendiosos.

La tesis de Piketty demoró tanto en llegar al centro del debate económico mundial debido al recuerdo todavía vívido de un periodo —el que va del *New Deal* (en Estados Unidos) o la finalización de la segunda Guerra Mundial (en Europa occidental y parte del mundo en desarrollo) hasta mediados de los años setenta del siglo pasado— en el cual esta tendencia a la concentración de la riqueza se interrumpió. Creo que vale la pena detenerse en este ciclo por ser de algún modo la excepción a la regla general des-

crita por Piketty. ¿Cómo se explica esta anomalía? La gigantesca destrucción de activos generada por las dos guerras, la depresión económica que estalló entre una y otra, y los esfuerzos de reconstrucción en clave keynesiana que siguieron a la finalización de la segunda explican estas tres o cuatro décadas excepcionales, los “años dorados” según la famosa definición de Eric Hobsbawm, en los que la economía mundial atravesó un periodo de crecimiento extraordinario con efectiva redistribución. A esta explicación habría que añadir un aspecto ajeno al análisis económico de Piketty pero igualmente decisivo: la amenaza expresada por el comunismo y sus mecenas en Moscú, Pekín o La Habana, que obligó al capitalismo —o, mejor dicho, a los capitalistas— a explorar esquemas de compromiso entre clases que alejaran el fantasma latente de una revolución trabajadora, expresados en los largos periodos de gobierno socialdemócrata en Europa pero también en los más breves y tormentosos populismos y desarrollismos latinoamericanos.

Ese mundo, por supuesto, ya no existe. La crisis disparada por el aumento de los precios del petróleo en los años setenta dio inicio a un proceso lento y accidentado pero bien real de reversión del consenso socialdemócrata —o, insisto, populista/desarrollista— de la posguerra, cuya expresión política fueron los triunfos de Margaret Thatcher en 1979 y Ronald Reagan en 1980. Más tarde, con la caída del Muro de Berlín y el fin de la amenaza socialista, desaparecieron los límites que en el pasado imponían algún tipo de contención geopolítica a un capitalismo cada vez más desregulado. Por eso ahora asistimos asombrados a un doble fenómeno: en el primer mundo, la erosión de los mecanismos de bienestar social contruidos desde los años treinta y cuarenta, de lo que la mayoría de los países europeos, en particular los pertenecientes a la periferia del euro, pueden dar cuenta; por otro lado, el avance de las relaciones de mercado a zonas del planeta hasta entonces sustraídas total o parcialmente de ellas, que van desde el interior de China hasta el noreste de Brasil, desde la India hasta Vietnam. Como los conquistadores del *Far West* o el general Roca, el capitalismo avanza hacia el desierto.

Pero la posguerra no es la única excepción a esta orientación general desigualadora. La evidencia sugiere que desde hace diez o quince años América Latina, y en particular Sudamérica, atraviesa, considerada globalmente, un periodo de reducción de sus históricamente altos niveles de desigualdad, que, como demuestra Piketty, se están incrementado tanto en el mundo desarrollado como en buena parte de los países periféricos, empezando por el más importante de todos: China.

En efecto, según datos de la CEPAL, el coeficiente de Gini latinoamericano pasó de 0.59 a mediados de los años noventa a 0.51 en la actualidad, es decir que se incrementó la desigualdad regional. Muy resumidamente, los motivos son dos: el primero es el *boom* de los *commodities*, que mejoró los ingresos de prácticamente todas las economías de la región (tirando por tierra a su vez una ley económica que parecía incontestable: la tesis cepaliana que pronosticaba un deterioro inexorable de los términos de intercambio de los países de la región). El segundo motivo, paradójicamente, es el fin del campo socialista, que distrajo la atención de los Estados Unidos respecto de su tradicional patio trasero y habilitó el ascenso de líderes —un indígena cocallero, un obrero de izquierda, un ex guerrillero— que en el pasado habrían sido bloqueados por vía de la desestabilización o el golpe de Estado. Fueron estos líderes los que, una vez en el poder, aplicaron una serie de políticas de inclusión social que contribuyeron a morigerar la desigualdad (y, de manera mucho más notable, a reducir la pobreza).

Aunque la foto de la desigualdad sigue situando a América Latina, pese a los avances, como la región más inequitativa del mundo, la película es más positiva. Comparativamente, el ritmo latinoamericano de reducción del coeficiente de Gini —a razón de 7 décimas al año en promedio— es superior al registrado durante el *New Deal* en los Estados Unidos (6 décimas anuales) y durante el periodo de entreguerras en el Reino Unido (5 décimas). La diferencia es que los Estados Unidos partían de un coeficiente de Gini de 0.50 y la Gran Bretaña de uno de 0.40, contra 0.59 de América Latina. En otros términos, no es que la velocidad sea lenta: el piso era muy bajo.

Por supuesto, la situación no es la misma en todos los países. La caída de la desigualdad fue especialmente notable en Bolivia, Ecuador y Venezuela, y menos marcada en Argentina, Uruguay y Brasil. Los

motivos podrían radicar en una mezcla de economía (los tres primeros países son exportadores netos de recursos naturales hidrocarburíferos, cuyos términos de intercambio mejoraron de manera especialmente notable) y política (los tres cuentan con gobiernos bolivarianos que han puesto un énfasis especial en las políticas sociales). Pero también hay que considerar —una vez más— el punto de partida: la desigualdad social era mucho más aguda en estos países antes de la llegada de la izquierda al poder que en los comparativamente más cohesionados Argentina y Uruguay (aunque no en Brasil).

Volvamos un momento a Piketty. Como suele ocurrir, la tendencia revelada en su investigación había sido detectada antes por la más sagaz y sensible de las antenas, la del mercado capitalista, que por supuesto se mueve más rápido que los análisis académicos y los diagnósticos políticos y ya había comenzado a crear una serie de productos dedicados especialmente a la nueva oligarquía de los superricos del mundo. Hoy, según datos publicados por *The New York Times* (14 de marzo de 2014), existen 167 mil personas con un patrimonio en activos de más de 30 millones de dólares (alguno de ellos compró el Ferrari Spider, el auto más caro de la historia, en 27.5 millones de dólares; la One Cornwall Terrace, una

Hoy existen 167 mil personas con un patrimonio en activos de más de 30 millones de dólares (alguno de ellos compró un automóvil en 27.5 millones de dólares; otro, una mansión londinense en 160 millones, y otro, doce botellas de vino en 476 mil dólares).

mansión frente al Regents Park londinense, en 160 millones, o las doce botellas de vino Domaine de la Romanée-Conti cosecha 1978, en 476 mil dólares). Incluso existe una empresa, Wealth-X, con sede en Singapur, dedicada a proveer información y servicios a la élite de supermillonarios. El fenómeno es tal que llega hasta el Partido Comunista de China, en cuya última asamblea se sentaron 90 delegados con fortunas de entre 300 y... ¡12 mil millones de dólares!

Estos datos anecdóticos demuestran que el mundo victoriano podría, como sugiere Piketty, estar volviendo, aunque todavía queda por investigar qué tipo de desigualdad será la del siglo XXI. Después de 150 años de construcción igualitarista, no podrá ser idéntica a la aristocracia del XIX: una desigualdad probablemente más conflictiva, marcada por la violencia social y que seguramente desbordará los nuevos guetos urbanos para derramarse al conjunto de la sociedad. Sea como fuere, parece difícil que alguien quede a salvo. Pero todo eso es futurología. Por el momento destaquemos la extraordinaria investigación de Piketty, su conclusión y sus excepciones (y las enseñanzas que arroja): tanto los “años dorados” del *New Deal* y la posguerra como el —más incipiente y probablemente frágil— ciclo latinoamericano actual demuestran que, dadas ciertas condiciones, la desigualdad puede atenuarse, algo que el mismo Piketty se encarga de subrayar cuando propone como solución política un impuesto global al capital, una sugerencia que debería comenzar a discutirse antes de que los superricos se vuelvan todavía más ricos e impidan cualquier iniciativa en este sentido. ◀

José Natanson, periodista y politólogo, es director de la edición sudamericana de Le Monde Diplomatique.

▶ VIENE DE LA PÁGINA 17

del millón de euros, 1 por ciento sobre fortunas entre uno y cinco millones de euros, y 2 por ciento por encima de cinco millones de euros. Recordemos que éste es un impuesto anual, no un gravamen de una sola vez. Él estima que instaurar este impuesto en la Unión Europea generaría ingresos equiparables al 2 por ciento del PIB, fondos que serían utilizados o distribuidos de acuerdo con una fórmula acordada. Piketty se inclina, al igual que yo, por un programa de tasas un poco más progresivo. Por supuesto, la administración de un impuesto de este tipo requeriría un alto grado de transparencia y de informes integrales por parte de las instituciones financieras y otras corporaciones. El libro analiza con cierto detalle cómo es que esto podría funcionar en el contexto europeo. Sin duda, y al igual que con cualquier impuesto, habría una lucha continua por cerrar vacíos legales y prevenir la evasión, pero eso es parte de cualquier proceso similar.

Un ingreso anual de alrededor de 2 por ciento del PIB no es ni algo trivial ni algo enorme. Sin embargo, la consecución de fondos no es el objetivo central de la propuesta de Piketty. Su punto es que son la diferencia entre la tasa de crecimiento y el rendimiento neto del capital los elementos que figuran en la creciente dinámica de desigualdad en la que los ricos se vuelven más ricos. Un impuesto sobre el capital, con una estructura de tasas como la sugerida, disminuiría la brecha entre la tasa de rendimiento y la de crecimiento en 1.5 por ciento y quizá debilitaría ese mecanismo de forma perceptible.

La propuesta de Piketty tiene sentido en términos técnicos, puesto que es un antídoto natural a la dinámica de desigualdad que él mismo develó. Tengamos en cuenta, también, que el proceso por el que los ricos se vuelven más ricos es una característica del sistema, puesto que funciona con base en riqueza ya acumulada y no mediante incentivos individuales para innovar o incluso para ahorrar. Mitigar la situación no necesariamente disminuiría su fuerza. Por supuesto, un menor rendimiento neto del capital podría hacer de la acumulación de grandes fortunas algo menos atractivo, aunque incluso no podemos saber algo así con certeza. En cualquier caso, sería una consecuencia tolerable.

Piketty escribe como si en el futuro cercano un impuesto sobre la riqueza pudiera tener viabilidad política en Europa, donde ya se tiene cierta experiencia con gravámenes sobre el capital. Por mi parte no tengo ninguna opinión al respecto. De este lado del Atlántico parece no haber ninguna posibilidad seria de tal resultado: somos políticamente incapaces de preservar incluso un impuesto al patrimonio que tenga verdaderas repercusiones. Si pudiéramos, ése sería un lugar razonable para empezar, por no hablar de un impuesto sobre los ingresos que fuera más abruptamente progresivo y que no favoreciera las rentas del capital como lo hace el sistema actual. Sin embargo, la tendencia intrínseca de la parte superior a superar a todos los demás no cederá ante medidas o “parches” de menor importancia. ¿Acaso no sería interesante que los Estados Unidos se convirtiera en la tierra de los libres, el hogar de los valientes y en el último refugio de la creciente desigualdad en la parte superior (y tal vez también en la parte inferior)? ¿Para usted eso funcionaría? ◀

Robert M. Solow, profesor emérito del MIT, ganó el premio Nobel de economía en 1987.

Traducción de Dennis Peña.

Reproducimos este artículo con autorización de The New Republic; publicado originalmente el 22 de abril de 2014.

El redactor en jefe del suplemento de uno de los principales diarios alemanes relata aquí una visita a Piketty en su modesto cubículo en las afueras de París. A la vez que nos lo revela de carne y hueso, desgrana algunos de los puntos centrales de sus propuestas a la luz de su relevancia para Europa y sobre todo para Alemania, que en estos tiempos parece ser, intelectualmente, una “vecina distante” de Francia



ARTÍCULO

Una visita a Thomas Piketty

NILS MINKMAR

Hace unas semanas, tras la aparición de la edición estadounidense de *El capital en el siglo XXI* —un estudio de más de mil páginas que el otoño anterior se había publicado en francés—, se elevó a Thomas Piketty de la categoría de especialista a la de intelectual global. El grueso volumen técnico se convirtió en un *bestseller* a cuyas tesis le dedicaron un amplio espacio tanto *The New Yorker* y *The New York Times* como el resto de las publicaciones periódicas importantes en lengua inglesa; los medios alemanes hicieron lo mismo. Nunca se había podido atestiguar un encumbramiento semejante de forma tan notoria y en tiempo real. Se trata del comienzo de algo nuevo.

Al igual que los políticos en el poder, la figura de los intelectuales funciona como un sello fechador: con sus nombres se asocian vidas enteras, imágenes, textos, concepciones del mundo quizá ya históricas. En París hay carteles que anuncian el programa de una artista de cabaret con la leyenda: “Nacida bajo Giscard”. Aun cuando casi nadie conoce gran cosa de la vida política de este hombre, su nombre sin duda sirve como referencia histórico-cultural y para evocar instantáneamente una época (autos de peso completo, hombres de largas patillas y afectos a la cacería).

NOSTALGIA POR LOS VIEJOS TIEMPOS

No es distinto lo que sucede con los grandes nombres del mundo intelectual; también éstos dejan huella incluso en contemporáneos que no han leído sus libros. En tiempos pasados, a veces unos y otros terminaban por encontrarse tarde o temprano. Giscard logró llegar al lecho mortuario de Jean-Paul Sartre; permaneció ahí sentado por un buen rato.

Aquéllos eran intelectuales que aún explicaban el mundo desde lo profundo de la conciencia, desprovistos por completo de conocimientos matemáticos, investigaciones de campo o una cátedra. Les bastaban un papel en blanco, una pluma, nociones de Husserl y de Descartes: si se lanza una mirada lo suficientemente radical, ¿puede entonces identificarse el fundamento de la existencia? Y he aquí que el intelectual encontraba tal fundamento en sí mismo: a partir del sentido que le otorguemos, el mundo adquiere un significado; somos libres.

En mayo de 1968 esto se puso a prueba en los hechos: la libertad individual, reivindicada y después experimentada, fue una derivación directa del existencialismo. La familia debía ser el germen del Estado, y si se quería un Estado diferente en lugar de esa mafia neogaullista, se podría comenzar pues por fundar una nueva familia, o bien, por vivirla de otro modo. Lo que vino después es ya bien conocido; las cosas por desgracia se tornaron complicadas. Pero la nostalgia por esos viejos tiempos se mantiene inalterada. Sartre y Simone de Beauvoir ocupan la tumba

número uno del cementerio de Montparnasse; ésta se encuentra repleta de mensajes, flores y cartas.

UN AUTÉNTICO CAMBIO DE MAREA

Después de Sartre comenzó en Francia el apogeo de los intelectuales cultivados en la academia. El genio, diría el gran historiador de la Antigüedad Paul Veyne, se propagó entonces como una epidemia. Era la época de Bourdieu y Foucault, Deleuze y Guattari, Derrida y Barthes: un brote extraordinario. Ellos desarticularon el pensamiento, los conceptos y los sistemas a través de los que se había revelado el mundo hasta entonces, y reflexionaron acerca de su propio campo, las ciencias.

Y en algún momento, afirma Veyne, la época de los genios tocó su fin, de forma repentina, tal como había comenzado. Esto, sin embargo, lo habían causado ellos mismos: la ciencia se volvió mejor, más fiel, pero no sin pagar el precio de tener que proceder de forma más especializada y con una pretensión de validez más restringida.

Fue así como el intelectual se convirtió en experto. Sólo unos cuantos especímenes que quedaron de la época de las grandes figuras vastas y versátiles —los llamados *allrounders*— pueblan el hábitat de los medios, escriben columnas o alzan la voz en los estudios de televisión. Y casi ninguno de ellos goza de un reconocimiento científico autónomo.

Ahora, mucho tiempo después, alguien reemprende el camino en el sentido contrario: de economista

conocido entre las izquierdas parisinas a intérprete de nuestro tiempo. Este libro supone un verdadero cambio de marea, escribió con alborozo Paul Krugman en *The New York Times*: la economía está por cambiar y con ella el mundo entero.

PERO ¿QUÉ SE CREEN ESTAS PERSONAS?

Quien se pone en camino para encontrarse con Piketty, no obstante lo anterior, podría creer que se trata de un malentendido o una broma. Uno debe dirigirse a la periferia del barrio universitario parisino, el Barrio Latino, que luce como la periferia de la civilización: calles completamente vacías, un taller de autos derruido, una maleta negra con ruedas que alguien abandonó largo tiempo atrás. En la entrada de la dirección indicada se encuentra una tosca caseta de madera como salida de un mercado de materiales para construcción o de un insolente proyecto artístico. Un letrero colgado en ella la identifica como la entrada a la *École d'Économie de Paris*, aquella compleja organización central compuesta de varios profesorado que Thomas Piketty trajo a la vida hace algunos años por encargo del entonces primer ministro De Villepin.

Por más que Francia honre a sus intelectuales aún mucho tiempo después de su muerte, en la cotidianidad académica los pensadores al servicio del Estado, de acuerdo con una anticuada “pedagogía negra”, son reducidos a un nivel ínfimo. No hay secretaria ni letrero que indique el camino. Uno lo encuentra preguntando y ello suscita comentarios del tipo “¡Vaya, ya pronto tendremos que colocar un indicador para orientar a todos los periodistas que quieran ver a Thomas!”

Piketty ocupa una minúscula oficina que apenas cumpliría con los requisitos para albergar un mamífero de tamaño mediano. Si se mete una segunda silla, la puerta ya no se puede cerrar. Él cuenta, todavía sobresaltado, acerca de una oferta inmoral: los organizadores de un evento en Hong Kong lo invitaron a una conferencia y le habían ofrecido cien mil dólares como honorarios. Sin poder calmarse continúa: “Pero, ¿qué se creen estas personas? ¿Cómo se les ocurre ofrecer tanto dinero, y precisamente a mí? ¿Acaso no han leído lo que escribo? ¿Cuál es el sentido económico de semejantes honorarios, tomando en cuenta que la oferta viene de personas que quizá les pagan a sus empleados domésticos diez mil dólares al año?”

LA IMAGEN DE UNA AVALANCHA

El tema de Piketty es la desigualdad. Desde hace años recopila datos sobre el dinero en el mundo, en particular el de los ricos. No es tarea sencilla, pues cuanto más omnipresente y poderoso se vuelve el capital, tanto menos se lo estudia. Desde hace años trabaja con sus colegas en una base de datos que retrate la situación financiera de los ricos. Piketty ha llevado a cabo esta indagación también a lo largo de distintas épocas, de modo que en su libro puede proponer una anatomía histórica del capital, con extensas y cuasi filosóficas reflexiones acerca de temas como pensiones o impuestos, entre muchos otros.

A diferencia de sus colegas, él entiende las ciencias económicas no como un fino arte emparentado con las matemáticas superiores, sino como una ciencia social que debería aspirar a debatir e incluso a resolver problemas reales a partir de datos reales. “Siempre me importó más la opinión de los colegas de las ciencias históricas o la sociología que la de los economistas, quienes aun cuando ignoran al resto de las ciencias —o precisamente debido a ello— no entienden nada de nada.”

Lo que descubrió es fácil de entender, pero difícil de demostrar, y de un alcance inestimable, pues refuta la doctrina neoliberal que domina desde hace ya varios siglos. Es como la imagen de una avalancha: el alud del capital, una vez desencadenado, se incrementa y avanza más rápido de lo que puede correr el trabajador. Si el Estado o la historia no intervienen con regulaciones, el capital crece con mayor velocidad que todo lo demás y, en particular, que el rendimiento del trabajo. De esta manera la meritocracia burguesa se invalida, como ya ocurre en los países del sur de Europa o en Rusia. No importa si los hijos asisten a una buena escuela, si ponen todo su empeño para obtener un buen empleo: si los padres no son acaudalados, el ascenso social es un asunto complicado y por demás improbable.

EL ADVENIMIENTO DE VIEJAS CIRCUNSTANCIAS

En nuestro tiempo eso significa que, para conservar nuestro nivel de vida como nación civilizada y Estado benefactor, las cargas que deben soportarse habrán de aplastar a futuros trabajadores. La influencia de aquellos que simplemente heredaron su riqueza o la acrecentaron con métodos inmorales —por no decir ilegales—, como los oligarcas y los defraudadores fiscales, es más poderosa que la deslucida representación de las extenuadas clases medias. Si a menudo usted se encuentra hastiado y exhausto, trabaja largas jornadas y aun así la cuenta se le sobregira con frecuencia, entonces es recomendable leer *El capital en el siglo XXI* para comprender que, con el mero equilibrio individual trabajo-vida privada, con el *coaching* o las velas perfumadas en la tina de baño, esto no va a cambiar.

El hecho de que el desarrollo actual y la ampliación de la brecha entre pobres y ricos se consideren un retroceso se puede atribuir a que las últimas décadas han sido una excepción histórica. La mitigación de la tensión social, el incremento de las clases medias y la contención de las acomodadas se debe no sólo al sabio manejo de grandes hombres, sino a la contingencia histórica. Para decirlo rápido: fueron la segunda Guerra Mundial y sus consecuencias las que condujeron a una situación histórica excepcional en la cual el capital no creció más aceleradamente que, por ejemplo, el producto del trabajo.

Antes bien, se vislumbran otra vez aquellas viejas circunstancias de las novelas del siglo XIX de Balzac y Jane Austen que Piketty cita con frecuencia. Sólo que esta dinámica tiene un efecto mucho más potente a principios de nuestro siglo, puesto que se desarrolla a escala global.

ARMONIZACIÓN MUNDIAL

Resulta particularmente rigurosa la opinión de Piketty sobre las relaciones en los Estados Unidos, donde desde hace mucho la clase política —en lo que respecta a la situación económica— se mueve de manera irrevocable dentro de una esfera social y económica por completo distinta de la de aquellos a quienes debería representar. El autor comprueba que la antigua tierra de los pioneros tan sólo recompensa a los rentistas, y teme que pueda convertirse en el viejo continente estancado del nuevo orden mundial; uno en el que dinastías como las Bush o Clinton gobiernen alternadamente y, en el mejor de los casos, moderen las grandes tendencias.

El verdadero compromiso de Piketty, sin embargo, está dirigido hacia Europa: uno de los sitios más ricos del planeta, según demuestra él en sus trabajos. El hecho de que las arcas públicas se encuentren vacías, la capacidad de acción política sea limitada y la cooperación supranacional, caprichosa, es tan sólo el resultado de la política de los gobiernos actuales que comparten el interés de hacer lucir a Europa más débil de lo que es.

Además, desde el punto de vista fiscal —subraya— nuestra porción del continente constituye un verdadero tamiz: Luxemburgo, Mónaco, Suiza, las islas británicas del Canal: quien desea disminuir su carga fiscal, no necesita mudarse a algún Estado oligárquico, sino que puede hacerlo en medio de Europa y disfrutar de las ventajas de la civilización, sin aportar por ello una cuota razonable. Para Piketty esto es un mero robo.

Desde luego el autor no se guarda las críticas hacia el manejo estatal de los fondos que recauda. Las exigencias de modernización y la transparencia en el quehacer político todavía no están presentes en este momento en la conciencia de muchos representantes de la izquierda, lamenta Piketty. Él no se contenta con simplificaciones y se empeña de forma realmente obsesiva en plantear formulaciones con pragmatismo y apego al sentido común. No obstante, al final del libro se permite sugerir una utopía: un impuesto progresivo sobre el capital, recaudado de manera armónica en todo el mundo. Técnica y jurídicamente esto podría hacerse sin problema, pero desde luego no así políticamente.

EN UN MUNDO PROPIO, CERRADO

Uno podría ponerse sombrío: ¿la gran utopía de nuestra generación es un nuevo impuesto? Veámoslo de esta forma: la distribución uniforme de las cargas fiscales garantiza un modelo de civilización que ha costado mucho conquistar y que inevitablemente se desgasta por sí mismo. La tarea consistiría en perpe-

tuar la visión histórica, que duró 40 años, más allá de su fecha de caducidad, de tal suerte que el Estado de derecho democrático, social y cultural no caiga de nuevo en las manos de los oligarcas, los señores de las drogas y los reyes de las materias primas, ni de esos jóvenes con camionetas negras todoterreno. Y Piketty recuerda en su libro que siempre hubo cuestiones fiscales que marcaron el inicio de revoluciones.

Los diagnósticos y propuestas de Piketty, en los que se reconoce el espíritu de una generación, tienen un ánimo explorador que cautiva; escritos por entero sobre un consenso logrado a partir de la comunicación, no buscan provocar confrontaciones. Mi escepticismo tiene que ver con el destinatario, el otro lado del binomio entre intelectuales y gobernantes: no creo que la canciller alemana piense en cosas que han de hacerse y pasos que han de darse; ella debe su éxito a la inacción, al silencio y a la política dilatoria, a la postergación; a ella le gustaría permanecer en el cargo, y lo mejor para lograrlo es hacer lo menos posible. Desafortunadamente esta impresión corresponde también a la que Piketty tiene del presidente francés.

Piketty, que se encuentra cerca de los socialistas, describe a Hollande como un “maestro de la pirueta verbal, que entiende cómo situarse bien en el momento a través de la retórica, pero que ya no está en condiciones de reconocer ni por asomo diferencia alguna entre las palabras y las cosas. Treinta años atrás Hollande se instaló por primera vez en una oficina en el palacio del Elíseo. Hoy está de regreso; aunque con otro cargo. Él vive y argumenta en un mundo propio, cerrado”.

SÓLO HAY QUE SACARLE PROVECHO

Piketty plantea firmes proyectos que ambos mandatarios podrían poner en práctica, por ejemplo el de una cámara europea de presupuesto, en la cual los diputados del comité presupuestario pertenecientes al Parlamento de los países del euro legislen en torno a cuestiones presupuestarias y fiscales.

Piketty está convencido de que Europa se está haciendo débil artificialmente: débil en lo político, pero también débil en lo económico, pese a que constituye uno de los territorios más adinerados del planeta, con una población bien educada y relativamente pacífica. Con un gobierno armónico y, hasta cierto punto, sensato, podría nacer ahí una verdadera potencia de la democracia, del Estado social y de la cultura pública. Pero actuar diferente representaría un cierto esfuerzo y generaría intranquilidad, y en la actualidad se trata al electorado como a un enfermo con depresión severa: que no alce la voz, que no tenga grandes expectativas.

Al mismo tiempo, el libro de Piketty también demuestra que nos hemos rezagado en lo que respecta al intercambio cultural entre Alemania y Francia. Hans Hütt, quien escribe ocasionalmente para el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, advierte el hecho de que la obra de Piketty no fue acogida en Alemania sino por vía indirecta a través de los Estados Unidos; la edición original pasó inadvertida. Y la edición alemana parece aún muy lejana, su editorial en este país, C. H. Beck, no tiene la intención de publicar la traducción al alemán de esta obra tan importante sino en algún momento de 2015: así no se puede llegar a un debate europeo.

Piketty está cansado; la fama que le sobrevino de repente ha atraído asimismo fantasmas al proyecto. De pronto tiene que defenderse —con su meditada antropología socialdemócrata-popperiana del capital— de las acusaciones de ser un peligroso izquierdista radical; su página de Wikipedia es un paraíso para los trolls. Él saca ánimos de un potente café exprés que bebe de un vaso de plástico color marrón. Antes de despedirnos, manifiesta un último deseo: “¿Podría por favor dejar claro que escribí un libro optimista? Aquí en Europa tenemos todo lo que necesitamos, sólo hay que sacarle provecho”. ◀

Traducción de Melina Guerrero.

Nils Minkmar, alemán con ascendencia francesa, es redactor en jefe del Feuilleton, el suplemento cultural del FAZ.

© Frankfurter Allgemeine Zeitung. Todos los derechos reservados. Proporcionado por el Frankfurter Allgemeine Archiv. Publicado originalmente el 25 de mayo de 2014.

CAPITEL



Refrendar el adjetivo

A finales de 2013, cuando el Fondo contrató los derechos de traducción al español, era imposible imaginar la dimensión planetaria que alcanzaría *El capital en el siglo XXI*. Se sabía que en Francia había tenido un despegue veloz, con unos 40 mil ejemplares vendidos en un par de meses, pero la lectura del libro no era suficiente para imaginar que Thomas Piketty nutriría debates por doquier y que llegaría incluso a ser descrito, con no poca frivolidad, como un *rock star* de la economía. A la originalidad de sus métodos, a lo contundente de sus conclusiones y a lo polémico de su diagnóstico para paliar el síndrome de la desigualdad en el ingreso y la riqueza, hay que agregar como explicación de su éxito el “espíritu de la época” —Dani Rodrik lo pone en esos términos en el artículo incluido en este número de *La Gaceta*—, sobre todo en esa estruendosa caja de resonancia que es la opinión pública estadounidense: sin el clima político y social que se respira al norte del río Bravo, el monzón Piketty habría quedado en mero aguacero.

Algo semejante, aunque a menor escala, puede decirse desde las entrañas del Fondo de Cultura Económica. Este libro se sumará a nuestro catálogo como parte de un esfuerzo por honrar uno de los muchos mensajes visionarios de quienes, hace casi 80 años, fundaron esta casa. Contra lo que algunos lectores un tanto despistados aún creen, el único adjetivo del nombre de la editorial no subraya los bajos precios que procuramos asignar a nuestros libros sino un deseo por esparcir, dentro y fuera de los ambientes académicos, una verdadera “cultura económica”, es decir un conocimiento teórico y práctico, útil tanto para el especialista como para el lego, de esa compleja ciencia social que trata de entender las elecciones individuales y colectivas en un contexto de escasez. El libro de Piketty viene a ser, entonces, como el premio mayor en una lotería de la que veníamos comprando cada vez más boletos.

Publicados en los últimos meses del año pasado y los primeros de éste, circulan ya dos libros que tratan de liberar a la economía de algunos de sus peores vicios: el fundamentalismo técnico, de raigambre matemática, y la presunta asepsia ética, según la cual los juicios y las recomendaciones de esa ciencia no involucran consideraciones morales. *Más allá de la mano invisible. Fundamentos para una nueva economía*, de Kaushik Basu, es un sólido alegato por reconocer los límites de los modelos con que suele explicarse el funcionamiento económico de las sociedades, con la intención de encauzar la intervención pública y privada no hacia la optimalidad —un concepto tan esquivo como el propio vocablo que lo describe— sino hacia la justicia. Con pinceladas literarias y un claro dominio de la doctrina, el libro no está escrito por un heterodoxo sino por el hoy primer economista del Banco Mundial, a quien veremos en México a finales de este mes. Por otra parte, hace apenas unas semanas pusimos en circulación *Economía del bien y del mal. La búsqueda del significado económico desde Gilgamesh hasta Wall Street*, del checo Tomáš Sedláček, un recorrido por la historia en busca de claves sobre cómo se han ido concibiendo los problemas

NOVEDADES

DE JULIO DE 2014



ECONOMÍA DEL BIEN Y DEL MAL
La búsqueda del significado económico desde Gilgamesh hasta Wall Street

TOMÁŠ SEDLÁČEK

Con una postura francamente crítica hacia su disciplina —a la que acusa de ignorar los asuntos del bien y del mal, de haberse autoinfligido “una ceguera hacia las fuerzas motrices más importantes de las acciones humanas”— Sedláček aventura un fascinante ensayo en el que desborda las fronteras de la ciencia económica y la explora en sus raíces y sus rasgos esenciales. Para ello reniega del desdén “científico” hacia el discurso humanístico y se sirve de una revisión del desarrollo de la disciplina en la tradición occidental a la luz de la historia, la psicología, la filosofía y la literatura. El arco que describe su recorrido parte de los mitos antiguos —Gilgamesh, la Biblia, los griegos— y, luego de visitar parajes tan cruciales como el pensamiento de Adam Smith, llega a Wall Street y alcanza mitos contemporáneos del estilo de *The Matrix*... Se trata de un texto inusitado, sin duda, producto de la mente de un economista no convencional: a los 24 años Sedláček ya era asesor en temas de macroeconomía del entonces presidente checo Havel y sostenía airadas discusiones con los miembros del gabinete; su texto fue merecedor, en 2012, del premio que otorgan la Feria del Libro de Fráncfort, el diario *Handelsblatt* y Goldman Sachs a la mejor obra de economía. A veces innovar, demuestra este libro, lejos de buscar a ultranza lo novedoso, significa antes bien volver al ori-

gen: las reflexiones que se articulan en el ensayo —igualmente estimulantes para especialistas que para no iniciados—, liberadas de prejuicios y presupuestos, se remontan a lo primario, ¿cuál es, a fin de cuentas, el sentido de la economía?: “Las personas hoy, al igual que siempre, quieren saber de los economistas, principalmente, qué es bueno y qué es malo”.

ECONOMÍA
Traducción de Adolfo García de la Sienra
1ª ed., 2104; 473 pp.
978 607 16 1776 7
\$ 375



ARQUITECTURA: PENSAMIENTO Y CREACIÓN

FERNANDO GONZÁLEZ GORTÁZAR

“Manuel [Larrosa] ha combatido la idea de que una imagen dice más que mil palabras; ésa es una verdad a medias: hay ocasiones en las que una palabra dice más que mil imágenes. Me sumo al combate de Manuel: quisiera que esta cátedra fuese la reivindicación de las palabras y de las ideas, ambas tan desdénadas por infinidad de arquitectos [...] En el terreno de la arquitectura, pienso que esta casi aniquilación de las ideas por parte de las imágenes está resultando extremadamente pernicioso, nos está dejando desprovistos de armas para enfrentar a nuestra profesión y sus mil preguntas.” De esta manera, en la sesión inaugural, el arquitecto González Gortázar presentaba la serie de diez lecciones magistrales que dictó en la Facultad de Arquitectura de la UNAM en el año 2000. Y es que se

impuso entonces una curiosa restricción, mayúscula para una disciplina tan intrínsecamente ligada a lo visual: no usaría una sola imagen para ilustrar los conceptos sobre los que versaría. El libro que ahora presentamos recoge los contenidos de esas memorables sesiones para así ponerlos al alcance de los muchos que no tuvieron el privilegio de presenciarlas. Se trata, en el conjunto, de una verdadera teoría personal de la arquitectura, deliciosamente escrita y plena en reflexiones lúcidas sobre el arte de diseñar espacios habitables, y que en muchos casos se extrapolan a su arte hermana, la escultura —pues su “arcilla” la conforman asimismo la forma y el espacio—, que González Gortázar ha cultivado de modo paralelo a su ejercicio profesional. *Arquitectura: pensamiento y creación* es, pues, una oportunidad para escudriñar el laboratorio mental de uno de los creadores de mayor relevancia en el México contemporáneo.

TEZONTLE
1ª ed., 2014; 275 pp.
978 607 16 2030 9
\$190



MARFIL, SEDA Y ORO
Una antología general

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Dentro de la celebrada serie Viajes al Siglo XIX, en la que concurren las fuerzas del Fondo con las de la Universidad Nacional y la Fundación para las Letras Mexicanas, y que se ha constituido ya como una de las partes fundamentales de nuestra Biblioteca Americana, sale

a la luz un nuevo y esperado título, el que corresponde a una de las figuras cruciales de ese siglo complejo y prolífico, por muchas décadas marginado de los estudios literarios. Manuel Gutiérrez Nájera, forjado en la inmediatez del periodismo y bajo una veintena de seudónimos en los que se expresaba su sobresaliente amplitud de registros, cultivó en todos los géneros literarios una escritura acendrada y siempre plena de asombros y agudezas. Además de compendiar muestras de sus incursiones en la literatura, la crónica, la correspondencia, la ensayística y la crítica social, el volumen prelude la exploración con un estudio de la antóloga, Claudia Canales, y cierra con una cronología y ensayos críticos de José María Martínez y Gustavo Jiménez que se refieren respectivamente a la prosa y la poesía del *Duque Job* —el más conocido de sus seudónimos—, a la vez que proporcionan claves para atisbar el contexto en el que se desarrolló. Los textos complementarios, por otra parte, ofrecen una valiosa guía para orientarse en las entreveradas rutas de tinta que dejó a su paso este escritor omnívoro y propician una visión de conjunto que deja entender de qué manera su producción literaria, plenamente acorde con las proclamas del modernismo temprano, modeló el paisaje decimonónico en México al grado de que el estudio y el disfrute de las letras de ese siglo son hoy en día inconcebibles sin su presencia.

BIBLIOTECA AMERICANA
Estudio preliminar de Claudia Canales;
ensayos críticos de Gustavo Jiménez
y José María Martínez
1ª ed. FCE/UNAM/FLM, 2014; 514 pp.
978 607 16 1771 2
\$ 290



CIENCIA EN TEATRO

Cuatro obras

CARL DJERASSI

“¿Por qué tan pocas obras de teatro abordan el mundo de la ciencia? —se pregunta el austriaco Carl Djerassi al inicio de su breve colección de piezas teatrales—, y ¿acaso tiene esto alguna importancia?” Quien en otros tiempos fuera un connotado investigador químico —desarrolló en México, junto con Miramontes y Ronsenkraatz, el primer anticonceptivo oral— descrea de las artificiosas fronteras que median entre las artes y las ciencias, y se ha dado a la labor de crear obras de “ciencia en ficción” en las que usa como materia los temas que a él mismo lo apasionaron a lo largo de su vida. Retrata

así, por ejemplo, la conducta y las motivaciones de personajes científicos —en particular de los químicos, casi por completo ausentes de la literatura dramática—, lo mismo que sus peripecias en el mundillo académico, o bien las repercusiones sociales de temas punzantes como la reproducción asistida, en un tiempo en que la separación entre sexo y reproducción ha alcanzado consecuencias insospechadas. Djerassi parte del convencimiento —pese a que muchos dramaturgos se opongan a esta idea— de que un componente didáctico es connatural al arte escénico, pues conduce al conocimiento y a la reflexión, y se propone así en sus obras cumplir el cometido de “pasar de contrabando asuntos científicos hacia las mentes de públicos desinteresados, o incluso antagónicos, a través de la forma de literatura más dialógica, el teatro”. Responde de esta manera, no en el discurso sino “en los actos”, a su cuestionamiento inicial: la ciencia desde luego reviste gran importancia para el arte, y viceversa.

COLECCIÓN POPULAR, 718
Traducción de Jorge F. Hernández
y Agata Baizán
1ª ed. 2014; 355 pp.
978 607 16 1969 3
\$ 175



VARIACIONES DE VOZ Y CUERPO

MARTÍ SOLER

Al margen de las varias décadas entregado al oficio de editor, Martí Soler presta además su inteligencia y su sensibilidad a la ensayística y a la creación literaria, como lo saben quienes han podido leer sus poemas o sus estudios sobre poesía catalana en diversas publicaciones periódicas. Paradójicamente, este hacedor de libros de otros —en el FCE y en Siglo XXI los ha hecho ininterrumpidamente desde 1959—, no había preparado un libro propio desde su juventud, cuando publicó un par de poemarios. Este mes de junio, casi en coincidencia exacta con la celebración de sus 80 años de vida (y por cierto también los del Fondo) salen a la luz sus *Variaciones de voz y cuerpo*. A manera de anticipo, abre las páginas de este número de *La Gaceta* una muestra de este volumen que viene a enriquecer nuestra colección Poesía. A propósito de los contenidos y de la génesis del poemario, el propio Martí nos da su testimonio: “Es curioso cómo en este libro de poemas (de variaciones que surgen de la voz y la palabra) entrelacé el amor de la mujer con el amor de la naturaleza, donde todo responde al tránsito de un

camino quizá visto, quizá intuido, quizá trillado, pero abierto a todas las posibilidades del poema en su andadura, hasta convertir lo cotidiano, lo ‘transitado’, en posibles evoluciones de la palabra escrita, pensada, encaminada, por ejemplo, a convertir el horizonte en un *close-up* o el contacto personal en un panorama abarcador. En estos poemas hay, pues, dos centros: Ana y la oceloxóchitl o flor del tigre (o para citar a Góngora y al cancionero mexicano, la flor de un día)”.

POESÍA
1ª ed., 2014; 124 pp.
978 607 16 1955 6
\$135



EL DÍA QUE LOS CRAYONES RENUNCIARON

DREW DAYWALT
Y OLIVER JEFFERS

Un día, al llegar a la escuela, Duncan se topa con una extraña situación: ¡sus crayones renunciaron! En lugar de hallarlos dentro de su caja, como siempre, descubre un montón de cartas en las que sus indignados amigos se quejan de cómo los usa: el crayón rojo trabaja demasiado duro pintando manzanas y camiones de bomberos; el crayón negro se siente literalmente hecho a un lado y, en vez de sólo delinear, quisiera iluminar pelotas y animales; el amarillo y el naranja ya de plano ni se hablan, según el crayón verde porque ambos se disputan ser “el verdadero color del sol”.

En su debut como autor de álbum ilustrado, Drew Daywalt —más conocido como guionista de cine de terror— dibuja el perfil del protagonista a través de una sucesión de cartas en las que se reproducen con fidelidad los trazos de la caligrafía infantil; a cada una la acompaña una imagen que retrata las cuitas de los curiosos personajes. En las monocromáticas ilustraciones del laureado autor y artista gráfico Oliver Jeffers —la mayor parte de su obra ya publicada por el FCE— se reproduce con gran naturalidad e ingenio el característico estilo de los dibujos infantiles, lleno de frescura y desparpajo. Esta obra, que el año pasado fue *bestseller* de *The New York Times*, transformará la visión de los niños sobre la riqueza de los colores, además de invitarlos a salir de sus propios hábitos y a “pensar fuera de la caja”, que aquí quiere decir explorar con libertad plena las posibilidades que encierra una cajita de crayones; al leerlo sin duda les entrarán unas ganas locas de ponerse a dibujar, ¡a todo color!

LOS ESPECIALES DE A LA ORILLA DEL VIENTO
Ilustraciones de Oliver Jeffers;
Traducción de Susana Figueroa
1ª ed., 2014; 40 pp.
978 607 16 1812 2
\$ 135

económicos. Brillantemente escrito, con una sorna más explícita y muy agradecible, este libro pretende asimismo alborotar la disciplina desde adentro, pues, como Basu, Sedláček dista de ser un agitador sin preparación o un académico que cómodamente despótica desde la torre de marfil. Su paso por el gobierno de Václav Havel, su formación universal más que meramente universitaria, su desparpajo para poner casi en una misma frase imágenes de *The Matrix* y fragmentos del Génesis, le permiten audaces llamados a revisar el basamento ético de la política económica.

Otras dos obras recientes, opuestas en su propósito, son *Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo*, un extenso e irritante reportaje de Nicholas Shaxson sobre los mecanismos de que se valen los grandes poseedores de capital —el bien pero sobre todo el mal habido—, y *Economía de las asociaciones público-privadas. Una guía básica*, libro pionero sobre esta modalidad de inversión en infraestructura preparado por los chilenos Eduardo Engel, Ronald Fischer y Alexander Galetovic.

Tenemos en preparación otras dos obras que difícilmente alcanzarán el impacto pikettiano pero que ayudarán a profundizar en los debates en torno a la inequidad. Uno es *El gran escape. Salud, riqueza y el origen de la desigualdad*, del escocés Angus Deaton, un estudio de cómo los avances tecnológicos en la medicina han permitido que buena parte de la humanidad “escape” de la privación, la enfermedad y la muerte temprana, pero a la vez de cómo cierto tipo de ayuda de los países desarrollados a los más pobres ha impedido atenuar las desigualdades sociales. Algo desencantado pero aún optimista, Deaton revisa abundante información demográfica y alerta sobre los riesgos de la inversión pública mal encauzada. El otro es *Escasez. Por qué tener muy poco significa tanto*, de Sendhil Mullainathan y Eldar Shafir, un refrescante análisis del modo en que la percepción personal de escasez —sea de dinero, de tiempo, de espacio— influye en la racionalidad de nuestras decisiones económicas. En la frontera entre la psicología y la economía, cargada de ejemplos graciosos y reveladores, esta obra es un desmentido empírico a las teorías de la elección racional y a la vez un llamado de atención para el lector común sobre el modo en que, bajo presión, uno entra en una especie de “túnel de atención” que permite incrementar la concentración pero a la vez impide ver afuera.

Concluye este retrato de las obras que acompañan a Thomas Piketty con el paquete destinado a Breviarios, la colección que relanzaremos en los próximos meses como parte de los festejos por nuestro ochenta aniversario. (Valga entre paréntesis un aviso para nuestros lectores más atentos: el énfasis en la economía es tal que hemos asignado un color, verde oscuro, a las obras de esta materia, que se suma a las otras tonalidades que distinguen a los libros de, por ejemplo, filosofía o historia, que son magenta y verde claro respectivamente.) En esta serie de libros breves, casi siempre de carácter introductorio, aparecerán *Diseño de mercados*, de Alvin E. Roth, Gary E. Bolton y Paul Klemperer; *El estudio científico de la felicidad*, del mexicano Mariano Rojas; *Teoría de juegos. Una introducción matemática a la toma de decisiones*, de los argentinos Pablo Amster y Juan Pablo Pinasco; *¿Qué es el comercio internacional?*, de Elhanan Helpman, y *John Maynard Keynes, un capitalista revolucionario*, de Roger E. Backhouse y Bradley W. Bateman.

Confiamos en que este conjunto de obras, abanderadas por la de Piketty, refrenden el compromiso del Fondo con la cultura económica.

TOMÁS GRANADOS SALINAS

SALVAR EL CAPITALISMO DE LOS CAPITALISTAS AL GRAVAR LA RIQUEZA

A fines de mayo Piketty publicó este artículo en The Financial Times, diario que a la sazón fue el que albergó a las voces más críticas y que incluso llegaron a descalificar por completo sus investigaciones. Ahí, el francés vuelve a arremeter con argumentos afilados y a poner el dedo en la llaga: si el propio sistema quiere sobrevivir, deberá salvarse del fuego amigo que representan sus principales beneficiarios

THOMAS PIKETTY



La distribución del ingreso y la riqueza es uno de los temas más polémicos de la actualidad. La historia nos dice que hay poderosas fuerzas económicas que ejercen presión en todas direcciones: hacia una mayor igualdad a la vez que hacia su reducción. Saber cuál de ellas prevalecerá depende de las políticas que elijamos.

Los Estados Unidos son un ejemplo de ello. Es éste un país que fue concebido como la antítesis de las sociedades patrimoniales de la vieja Europa. Alexis de Tocqueville, el historiador del siglo XIX, vio a los Estados Unidos como el lugar donde la tierra era tan abundante que estaba al alcance de todo el mundo y donde podría florecer una democracia de ciudadanos iguales. Hasta antes de la primera Guerra Mundial, la concentración de la riqueza en manos de los ricos era mucho menos extrema en los Estados Unidos que en Europa. Sin embargo, en el siglo XX la situación se invirtió.

Entre 1914 y 1945, la desigualdad de la riqueza europea fue azotada por la guerra, la inflación, la nacionalización y la fiscalidad. Después de eso, los países europeos crearon instituciones que —debido a todas sus fallas— son estructuralmente más igualitarias e inclusivas que las de los Estados Unidos.

De forma irónica, muchas de estas instituciones se inspiraron en los Estados Unidos. Desde la década de 1930 hasta principios de los años ochenta, por ejemplo, la Gran Bretaña mantuvo una distribución equilibrada de los ingresos al golpear aquello que consideraba ingresos indeciblemente altos con tasas impositivas también muy altas. Sin embargo, los impuestos confiscatorios al ingreso eran, de hecho, una invención estadounidense, que se utilizó por primera vez en los años de entreguerras en un momento en que el país estaba decidido a evitar las deformantes desigualdades de la Europa clasista. Este experimento estadounidense no afectó el crecimiento, que durante ese tiempo fue mayor de lo que ha sido desde 1980. Ésta es una idea que merece ser reactivada, especialmente en el país que la vio nacer.

Los Estados Unidos también fue el primer país en desarrollar la escolarización masiva, con una alfabetización casi universal —entre los hombres blancos, en todo caso— a principios del siglo XIX, un logro que a Europa le tomó casi 100 años más. Pero, de nuevo, es Europa la que ahora es más incluyente. Es cierto, los Estados Unidos han producido muchas de las universidades más sobresalientes del mundo; sin embargo, Europa lo ha hecho mejor al producir otras del más sólido rango medio. Según la clasificación de Shanghái, 53 de las 100 mejores universidades del mundo se encuentran en los Estados Unidos, y 31 en Europa. Miremos ahora la lista con las 500 mejores universidades y el orden se invierte: 202 en Europa contra 150 en los Estados Unidos.

La gente suele hablar de las virtudes de sus meritocracias nacionales; sin embargo, ya sea en Francia, los Estados Unidos o en otros lugares, tal retórica rara vez corresponde con los hechos: a menudo el propósito es justificar las desigualdades existentes. El ingreso a las universidades estadounidenses —alguna vez de las más abiertas del mundo— es muy desigual. La construcción de sistemas de educación superior que combinen eficiencia e igualdad de oportunidades es un gran desafío para todos los países.

La educación masiva es importante, pero no garantiza una distribución justa de los ingresos y la riqueza. La desigualdad de ingresos en los Estados Unidos se ha agudizado desde la década de 1980, debido principalmente a los enormes ingresos de las personas en el estrato superior. ¿Por qué? ¿Acaso las habilidades de

los cuadros gerenciales son más avanzadas que las de todos los demás? En una organización grande, es difícil saber cuánto vale el trabajo de cada persona; sin embargo, la evidencia apoya más otra hipótesis: que los altos directivos tienen el poder de fijar sus propias remuneraciones.

Incluso si la desigualdad salarial pudiera ser controlada, la historia nos habla de otra fuerza maligna que tiende a amplificar las modestas desigualdades en la riqueza hasta que llegan a niveles extremos. Esto tiende a ocurrir cuando los rendimientos se acumulan a favor de los dueños del capital más rápido de lo que crece la economía, poniendo en manos de los capitalistas una parte cada vez mayor del botín, por supuesto a expensas de las clases media y baja. Fue precisamente porque el rendimiento del capital excedió el crecimiento económico que la desigualdad se agravó en el siglo XIX, y es probable que estas condiciones se repitan en el siglo XXI. Las clasificaciones hechas por Forbes de los multimillonarios mundiales muestran que la riqueza de los más ricos ha crecido más de tres veces más rápido que el tamaño de la economía mundial entre 1987 y 2013.

La desigualdad de los Estados Unidos podría ser ahora tan aguda —y el proceso político capturado a tal grado por las personas mejor pagadas— que las reformas necesarias no tendrán lugar, al igual que en Europa antes de la primera Guerra Mundial; sin embargo, eso no debe impedirnos aspirar a ser mejores. La solución ideal sería un impuesto progresivo global sobre el patrimonio neto individual. Así, quienes apenas comienzan pagarían poco, mientras que los que tienen miles de millones pagarían mucho. Esto mantendría la desigualdad bajo control y permitiría que subir la escalera fuera más fácil; además, pondría la dinámica de la riqueza bajo el escrutinio público a escala mundial. La falta de transparencia financiera y de estadísticas confiables sobre la riqueza es uno de los principales retos de las democracias modernas.

Por supuesto, existen alternativas. China y Rusia, también, deben hacer frente a las oligarquías adineradas, y hacerlo con sus propias herramientas: controles de capital y cárceles cuyas paredes sombrías puedan confinar a los oligarcas más ambiciosos. Para los países que prefieren el Estado de derecho y un orden económico internacional, un impuesto global sobre el patrimonio es una mejor apuesta. Tal vez China lo instaure antes que nosotros.

La inflación es otra solución posible. En el pasado ha ayudado a aligerar la carga de la deuda pública, y sin embargo, también erosiona los ahorros de los menos favorecidos. Un impuesto sobre las grandes fortunas se antoja preferible.

El gravamen mundial del patrimonio requeriría de cooperación internacional; aunque difícil, ello es factible. Los Estados Unidos y la Unión Europea representan cada uno un cuarto de la producción mundial. Si pudieran hablar con una sola voz, un registro global de los activos financieros estaría al alcance. Además, podrían imponerse sanciones a los paraísos fiscales que se negaran a cooperar.

A falta de eso, muchos pueden volverse en contra de la globalización. Si un día hallaran una voz común, ésta pronunciaría los olvidados mantras del nacionalismo y el aislamiento económico. ◀

Thomas Piketty, por si el lector no se había dado cuenta, es el autor de El capital en el siglo XXI, de próxima aparición en el FCE.

Traducción de Dennis Peña.

Algunas obras relacionadas en nuestro catálogo



LA DISMINUCIÓN DE LA DESIGUALDAD EN LA AMÉRICA LATINA
¿Un decenio de progreso?

LUIS F. LÓPEZ-CALVA,
Y NORA LUSTIG (COMPS.)

LECTURAS DE *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*
1ª ed., 2011; 339 pp.
978 607 16 0800 0
\$170



EL DESAFÍO DE LA AUSTRERIDAD
Pobreza y desigualdad en la América Latina

NORA LUSTIG (COMP.)

LECTURAS DE *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*
Traducción de Eduardo L. Suárez
1ª ed., 1997; 491 pp.
968 16 5163 4
\$216



EL CAPITAL
Crítica de la economía política, tomo 1, Libro 1. El proceso de producción del capital

CARLOS MARX

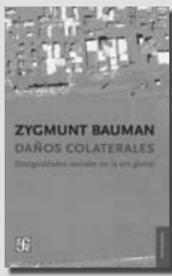
ECONOMÍA
Nueva versión de Wenceslao Roces; introducción de Ignacio Perrotini; prólogo de Ricardo Campa
4ª ed., 2014; 1016 pp.
978 968 16 5760 4
\$450



LA DESIGUALDAD ECONÓMICA
Edición ampliada con un anexo fundamental de James E. Foster y Amartya Sen

AMARTYA KUMAR SEN

ECONOMÍA
Traducción de Eduardo L. Suárez Galindo
1ª ed., 2001; 290 pp.
968 16 6277 6
\$213



DAÑOS COLATERALES
Desigualdades sociales en la era global

ZYGMUNT BAUMAN

ECONOMÍA
Traducción de Lilia Mosconi
1ª ed., 2011; 233 pp.
978 607 16 0815 4
\$ 220



EL CAPITAL DE MARX
BEN FINE Y ALFREDO SAAD-FILHO

ECONOMÍA
Traducción de Ignacio Perrotini
1ª ed. en español, 2013; 215 pp.
978 607 16 1232 8
\$175

¡La Gaceta en tu iPad!

la GACETA

Además de los contenidos de la versión impresa, en la *app* podrás encontrar imágenes adicionales, documentos sonoros y enlaces a notas complementarias que enriquecerán tu experiencia de lectura



la GACETA